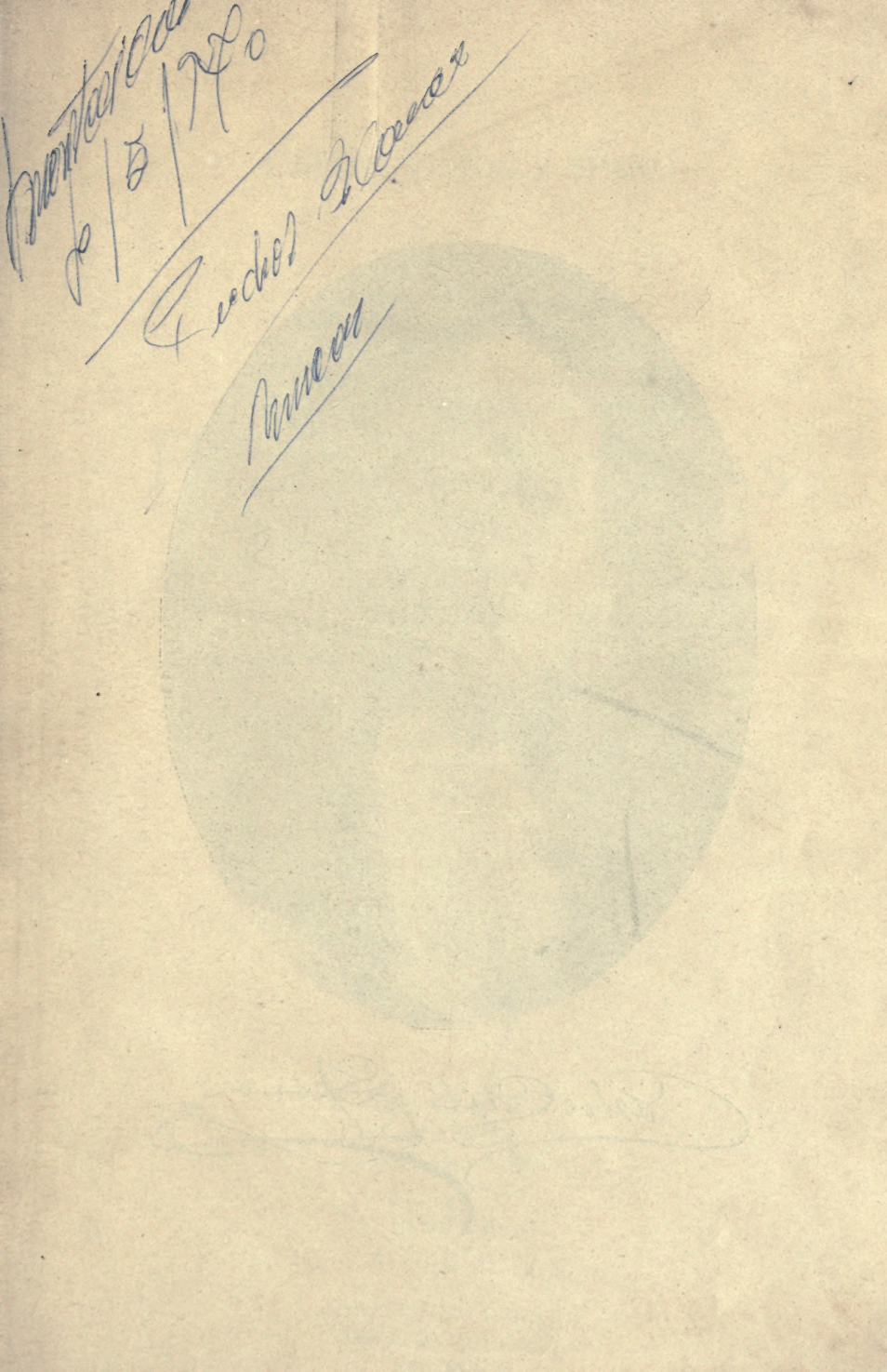
3 1761 05309041 1

Carlos Guido y Spano . . .

POESIAS COMPLETAS

MAUCCI HERMANOS
EDITORES :: BUENOS AIRES



Adolfo Guido y Spano

CARLOS GUIDO Y SPANO

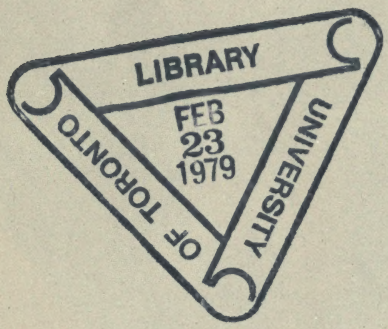
POESÍAS COMPLETAS

NUEVA EDICION

MAUCCI HNOS
EDITORES
BUENOS AIRES

1911

LIBRERIA
LA FACULTAD
— DE —
MAXIMINO GARCIA
132-ITUZAINGÓ-132
MONTEVIDEO



PQ
7797
G7A17
1911

Hojas al Viento

CARLOS GUIDO Y SPANO

LA HORA DEL TRIUNFO

(Del interesante libro "IDEALES Y CARACTERES", publicado en 1903 por el Dr. D. Joaquín V. Gonzalez)

Acercábase para el viejo bardo argentino el momento de la apoteosis. Sus compatriotas sentían la necesidad de tributarle homenajes, cada vez que ocurría un suceso en que el nombre de Guido y Spano se mezcla, y estos movimientos del corazón de todos recuerdan esas ráfagas precursoras que suelen conmover y agitar las selvas, anunciándoles el torbellino. Es que sentimos todos la necesidad de una glorificación; nuestro país no ha consagrado aún su poeta nacional, y era justo á realizarlo en las sienes del anciano cantor de "Nenia", de "En los guindos", de "Al pasar" y de tantos otros poemas de luz. Antes se pensó en su coronación: ahora se piensa siempre en él, y se echa de menos la palma gloriosa que ha de rodear sus sienes venerables y enredarse entre su clásica cabellera de plata reluciente.

Hijo de ilustre progenie, pero ilustre á su vez por su numen clarísimo, nuestro poeta reune las dos únicas realezas que caben en nuestras instituciones: la del patriotismo y la del talento.

La República puede proclamar sin desdoro príncipes, cuando lo son del genio, y cuando las coronas

que decreta son del laurel inmortal. Las naciones no pueden vivir mucho tiempo sin héroes y sin poetas, y cuando no los tienen los forjan en una leyenda fantástica, ó materializan y dan cuerpo á las aptitudes poéticas ó musicales de la raza. Tenemos nuestros héroes consagrados por la gratitud nacional, y buscamos á aquel de nuestros bardos que ha de sintetizar nuestros anhelos y nuestros caracteres ideales. Llámese un plebiscito en toda la extensión de la República, y pregúntese quién ha de subir al pedestal aún desocupado, y en todas partes se escuchará el nombre del anciano y querido poeta, cuyas tiernas canciones han deleitado por tanto tiempo nuestras almas.

Hay en su persona una doble virtud que le llama al supremo galardón: una vida consagrada entera á las musas amadas de la patria, y una honrada y pura ancianidad semejante á las encinas por lo vigorosas y floridas. Es que lo alentó una gran salud de cuerpo y espíritu; por eso no hay debilidad en su canto, ni sombra en su ideal. Toda su obra respira los dos sentimientos que son dos fundamentales virtudes: el amor del suelo nativo, con sus tradiciones, sus pompas y desnudeces, sus alegrías y dolores, sus sueños de gloria y sus tristezas, y el amor santo y fecundo del hogar, que el poeta ha divinizado en estrofas de eternal perfume y mística unción.

Guido es la personificación de la poesía, para todos los corazones de la generación que hoy sostiene el peso de la vida nacional. Hemos aprendido á leer en sus estrofas, hemos cantado en la infancia, en la juventud, en las ciudades y en los campos, entre los llanos y las montañas, las dulces y melancólicas lamentaciones de la joven paraguaya, quedada después de la guerra como las tristes muchachas de Sión, junto á la fuente llorosa y casi exhausta, ó recordándonos

esas flores espontáneas que suelen brotar de los cementerios ó de los campos de batalla. Un suave y tenue aroma de cuento fantástico se desprende de aquella poesía, sentida por toda la América, y ya nos figuramos oirla brotar de entre los pétalos de la flor solitaria nacida sobre las cenizas de los combatientes.

Ella fué el sagrado tributo, el ósculo de amor y de paz enviado en las horas del dolor por el pueblo victorioso al heroico vencido, diciéndole en lenguaje de armonías: — "Hijos somos del mismo suelo y de la misma raza, el mismo sol nos alumbra y nos conforta: amémonos siempre; y sea el lamento de esa Nenia el lamento común de nuestras almas". Nunca el espíritu del bardo se levantó más arriba en la concepción de los destinos de nuestras nacionalidades, que en aquellas sencillísimas estrofas en que canta el alma de América.

Y luego ¡con qué iracunda y profética indignación irguióse blandiendo el acero centellante cuando un pueblo extraviado, más allá de la cordillera, osó amenazar la efigie de nuestra patria!

Vibraron entonces sus apóstrofes, no ya solo como versos de cantor nacional que siente la ofensa colectiva, sino como versículos de profeta, semejantes á rayos, fulminando á los que pretendían violar el santuario de Jehová y las tumbas de los mayores. Su lira es la lira del pueblo que gritó la libertad en 1810 y la selló en Ayacucho tras de cien victorias; y es la del corazón amante y sentimental del hijo de la tierra que bañan los grandes ríos tributarios del Plata, y las selvas seculares que visten sus islas y sus estuarios de eterna verdura, de campos infinitos y de opulentos y magníficos ropajes.

Ahí quedaron estampadas entre sus "Hojas al viento", que tal nombre quiso el autor dar á su labor poética reunida, sus obras maestras, revelando las huellas se-

guidas por su espíritu en ascensión incesante, durante la cual no se ve alterada un sólo momento la olímpica serenidad de su vuelo. "Marmórea" es un retrato que despierta una romántica pasión; "La Aurora" es un himno de opulentas imágenes y sones riquísimos, en que el poeta quiso jugar con los colores y las músicas de la naturaleza; "Myrta en el baño" nos transporta á las selvas luminosas de Arcadia, donde vemos á las diosas blancas como el mármol jugando entre las aguas de los torrentes, confundiéndose con sus espumas, y grabando para siempre en su memoria la imagen de la virgen desnuda; y ese recuerdo fué para el alma

"Ardiente beso
De la inmortalidad, que de poesía
Inundóla, y de luz y de armonía!"

Y luego ¿quién no ha sentido temblar el corazón recordando las horas felices de la adolescencia, del despertamiento de la vida, con la lectura de ese poema que es un bocado de miel silvestre, "En los guindos"? Eterno será en nuestra literatura ese diálogo final en que palpita toda la savia de la tierra:

" Aquella guinda alcanza, me decía,
Que está en la copa; agárrate á las ramas,
No vayas á caër". — " Y tú, si me amas,
Qué me darás?" — Bermeja cual las pomas
Que madura el estío en las laderas,
Contestó apercibiendo dos palomas
Blancas, ebrias de amor; — " Lo que tú quieras!"

No es necesario decirlo para que el lector recuerde ese otro poema de dulzura y melancolía infinita, "Al pasar", que todos conservamos en la memoria como un arrullo predilecto del alma, como música preferida. Se lee con una lágrima y una sonrisa, y la solitaria visión de Blanca se aparece bañada en luz meridional, juntando flores en el jardín paterno, para el poeta errante, y luego abandonada y vista por última vez

al través del follaje, al partir. Después "A mi madre", "A mi hija María del Pilar", son elegías de exquisita ternura, que demuestran cuánta delicadeza y unción hay en esos sentimientos del bardo querido, que hacen del hogar un templo de oración, de virtud y de patriotismo, porque se tributa á Dios, se cultiva la honradez y se recuerdan los manes heróicos de los abuelos, los que destrozaron los hierros de la patria.

"At home", se titula esa poesía que debiera ser lectura cuotidiana de todo hogar argentino, hasta que los niños la supiesen de memoria, y la grabasen sobre el corazón y la conciencia.

La Grecia, la fecunda Grecia de los mármoles luminosos y del Amor soberano de los hombres, fué por Guido trasplantada á nuestra naciente poesía lírica, en estrofas palpitantes de esa emoción intensa que las bellezas desnudas, amantes y ardorosas, despiertan aún á través de los versos de sus poetas. El nos ha hecho desfilar, cada una en su actitud sensual ó divina de estatua ó de bajo relieve, á la blanca Berenice, la rosada Praxila, la liviana Hermione, la marmórea Irenium, la decaida Prodisea, la rubia Arsinoe, la perfumada Isías, y las voluptuosas beldades que cantaba Meleagro, y nos ha hecho sentir el fuego de algunas odas de Safo y otros ardientes cantores del amor. La musa helénica nos ha visitado, conducida con mano finísima y suave por nuestro poeta, que ha aprendido á manejar con serenidad y pulcritud de escultor ateniense el cincel con que se labra el Paros ó el Pentélico. Su estilo, ya burile versos, ya vierta su límpida prosa, es siempre un hijo preclaro de la augusta y serena región que inmortalizaron Homero, Píndaro y Safo.

El tesoro literario que ha legado á su país Guido y Spano, es también rico en obras en prosa, en la cual su numen siempre juvenil se dilata como en

ancho espacio. Dos volúmenes de escritos de crítica literaria, política é histórica, dan cuenta y razón de la labor de su espíritu aplicada á problemas positivos de la sociedad, y en ese conjunto destácase como un monumento imperecedero de gracia y de frescura, la carta que sirve de prefacio á las "Ráfagas."

. . . . . .

. . . . . .

Si entre nosotros, como en los tiempos medievales, recorriesen los castillos y las ciudades los heraldos del rey, convocando á las damas y á los caballeros, á los trovadores y á los guerreros, á proclamar en fiesta solemne al bardo sobre cuya sien hubiese de sentarse la corona de los inmortales, y se eligiera para conducirlo á los pies del trono á la joven más bella y más graciosa del concurso, la veríamos dirigirse sin vacilar, pero trémula de emoción, hácia el viejo cantor de gran cabellera blanca, de ojos chispeantes y erguida frente, que ha atravesado ya sesenta y ocho años de vida fecunda para nuestras letras, ejemplar para nuestras virtudes y de orgullo para nuestra patria. Hijo de padre ilustre, es de esos escasos modelos de hombres que, poseedores de un apellido célebre, supieron honrarlo, dignificarlo y perpetuarlo. Las grandes famas son una gloria para los herederos, pero también son una carga abrumadora, cuando el vigor moral se agotó con el original, ó cuando el sucesor, incapaz ó indiferente, no pudo ó no supo comprender la magnitud ó la esplendidez del legado. Guido y Spano, nuestro poeta siempre juvenil, cuya lira de oro ha expresado todas nuestras grandezas, nuestras ternuras y nuestros infortunios en su errante peregrinación de más de medio siglo, es ya una gloria viviente, un culto en el corazón de sus compatriotas, un inmortal en nuestras lides intelectuales, y el único que haya conquistado el amor de todos sus contemporáneos, hasta

el punto de que, desvanecidas todas esas brumas que el presente amontona ante las glorias del porvenir, en torno de su venerable cabeza se cierne ya un lampo de inmortalidad, y un ramo de mirto imperecedero empieza á brotar á la puerta de su vivienda.

Un día le visitamos en su nueva morada, más sombría, más pobre, más estrecha que la anterior, pero según sus gentiles palabras: "hay leones que viven como soberanos en cuevas más angostas y obscuras". Encantados estuvimos, mientras esperábamos su salida, recorriendo con la vista los viejos y respetables enseres de la sala, sillones, cómodas, mesas, retratos, armarios antiguos y deslustrados, pero firmes y elegantes como aquellas gentes de la edad pasada, cuya salud material iba siempre unida á la salud del espíritu, y vivían un siglo, y veían al desaparecer, como el tronco del olivo centenario, levantarse en torno suyo un bosque de retoños vigorosos. Orgulloso estaba el poeta de sus sesenta y ocho años, robusta su voz, ágiles sus movimientos y actitudes oratorias con las cuales dá vida y relieve á su plática tan fresca y sabrosa como su alma y su poesía; y estaba también orgulloso de la pobreza á que le han conducido desgraciados errores ajenos; y en esto es sincero y humano, porque una de las sensualidades del hombre superior, es saberse más pobre y desheredado de bienes temporales que todos sus contemporáneos.

¿Y qué? ¿No es más hermosa y deslumbrante la fiesta de la vida, la comedia humana, vista desde un retiro elevado y solitario, del cual se divisan todos sus aspectos y minuciosidades? El sol al ponerse tras de los montes, ilumina con su luz de oro los más lejanos paisajes, y los más pequeños accidentes de la tierra. Así nuestro bardo nacional, nuestro ágil y chispeante prosista de las "Ráfagas", al acercarse tranquilo al término de la vida, como un varón de

Plutarco, recorre con mirada luminosa, con recuerdo vivaz, todo el pasado, sin que la dulce placidez de su espíritu se turbe ó se agite por una memoria ingrata, ni por un remordimiento.

Veíase aquel día su casa cual un árbol dominante del valle nativo, donde van, como las aves congregadas por el amor ó los encantos de la naturaleza, los mensajes de cariño de todos sus amigos, de los que solo saben de poesía y de su nombre, de las familias argentinas que lo cuentan entre las glorias vivientes y legítimas de la patria, de los jóvenes que se admiran y siguen sus huellas y sus lecciones, de todos los que aman esta tierra, y por lo tanto, sus mejores hijos y sus frutos más lozanos.

Todos ellos, le enviarán un saludo, un voto y un ramo de laurel, y pedirán al que rige los tiempos, que conserve por muchos años todavía esa vida tan digna de admiración. .....

.....

Muchas veces, en este invisible torbellino de la vida periodística, he tenido ocasión de hablar de Guido y Spano, y ha sido mi mayor placer llenarme las manos de flores para arrojárselas al paso.

Desde muy joven, las imágenes ideales, vaporosas, fugitivas, del bardo creador, resplandecían en mi imaginación, sonreían en mi memoria y revoloteaban incesantemente en mis sueños. Vírgenes y mármoles griegos, muchachas argentinas más graciosas y bellas que las de la Biblia, idilios pastoriles, cantos de libertad y de trabajo, himnos patrióticos, afectos íntimos, dulce religión del hogar: todo esto confundido, colocado en dispersión caprichosa en una gran tela de luz de nuestro cielo, se anima entonces y bulle todavía con la misma agitación y los mismos rumores.

Y arriba de todo ese enjambre y de ese mundo, como envolviendo la vida y la obra del poeta, oigo

aún dulcísima, doliente y etérea su Nenia, cantada por la "joven paraguaya". que sobre el campo sembrado de cadáveres de una guerra sangrienta, levantaba desde el fondo del bosque americano, saturada de sus perfumes cálidos como incienso, la sublime endecha del nido común, la armonía imperecedera que funde en una llama de amor y de ideal al vencedor y al vencido.

JOAQÙÍN V. GONZALEZ

INTRODUCCIÓN

De la II edición

Este empeño (el de la reimpresión de las poesías de Guido) es un buen síntoma literario, pues manifiesta desembozadamente, que los versos de nuestro compatriota han sido solicitados y leídos, en un país en que raras veces se agota la primera edición de un libro nacional.

Sobrado merecimiento tienen esos cantos para ser objeto de tan cordial acogida; pero no por ello ha de desdeñarse el hecho enunciado, desde que, para parecernos en todo á los demás hombres, también sabemos desconocer á los predilectos de la naturaleza.

Un amigo, Héctor F. Varela, puso la mano en el arca del poeta, y le arrebató el tesoro de sus febriles vigilias.

El libro de don Carlos Guido y Spano apareció sostenido por una crítica justiciera y amable al mismo tiempo, que dedicó observaciones atinadas al autor y á la obra.

"*Guido, decía José M. Estrada en la* Revista Argentina, *pertenece á aquella raza exótica en la tierra, anómala en nuestro siglo, de los que se sienten caídos en el seno de las realidades en que todos vivimos. Sus inspiraciones son como las reminiscencias platónicas. Aspiran á su región nativa y viven en el transporte místico. Sueñan desde su oriente hasta su ocaso, y cruzan el mundo desdeñando lo que á todos los hombres apasiona, con la mirada absorta por lo que divisan á través de lo real, en la transparencia de su fantasía, y conversando familiarmente con el genio que crea sus visiones y formula sus estrofas. Como el vate antiguo, no sufre intermitencias en su contemplación ideal, ni veleidades de su numen. Guido es poeta por naturaleza, por fatalidad: ha vivido cantando y morirá soñando*".

Otro juicio más detenido vió después la luz pública.

Diseñado el poeta en el precedente, conozcamos ahora la índole de sus versos, en las páginas de éste, atildadamente escritas por el Doctor don Pedro F. Goyena.

"*La musa del señor Guido, enseñaba, se mantiene con noble actitud en una región serena, desde la cual se descubren hermosas perspectivas, y donde la pasión, perdiendo su intemperancia, llega á transformarse en dulce y apacible sentimiento. La musa del señor Guido no se deleita en placeres groseros, ni se abisma en dolores profundos; no ríe, ni se desespera. Una lágrima pura y brillante se desliza á*

veces por su mejilla, apenas colorida, pero se convierte luego en sonrisa; y sus labios perfumados modulan siempre una plácida, encantadora armonía. El señor Guido es clásico por la corrección de la forma y por la simpatía que profesa á la belleza artística; pero su inspiración vuela, en algunas poesías, á mayor altura que la inspiración pagana; y el sentimiento que se alberga en sus estrofas, es más noble y más tierno que el sentimiento expresado en los versos de los poetas antiguos".

Aceptado el libro del señor Guido por sus compatriotas pasó los Andes, llegó á Chile, y despertó un interés justísimo, que le atrajo el honor de que informan las líneas inmediatas, tomadas de una carta de don Eduardo de la Barra, Secretario de la Academia de Bellas Letras de Santiago de Chile.

"La Academia de Bellas Letras", dice, "ha elegido á Vd. por unanimidad miembro honorario, en calidad de correspondiente extranjero, á propuesta de su Director don José Victorino Lastarria y del que suscribe. Cábeme la satisfacción de comunicárselo, dándole al mismo tiempo mis parabienes por la simpática acogida que encontró la proposición, entre los hombres de letras más notables de este país, á quienes Vd. fué presentado como modelo de la poesía americana".

Las "Hojas al viento", después de haber recorrido la América, impulsadas por próspera fortuna, atravesaron felizmente el océano, y cayeron bajo los ojos de uno de los mayores poetas del siglo, Victor Hugo.

"He recibido, escribía él al autor, vuestro libro magnífico. He leído con emoción los bellos y nobles versos á que habeis unido mi nombre. Sois un generoso espíritu. Queréis la verdad por la luz, la libertad por la justicia, la paz por la fraternidad. El filósofo iguala en vos al poeta. Os felicito. Yo digo como vos: ¡Adelante! Os estrecho la mano".

De esta manera asociábanse nobles voces de la patria, á otros nobles acentos de América y Europa, para coronar al poeta Don Carlos Guido y Spano.

El libro que comenzó la jornada con tanto lucimiento, rodeado de tan favorables circunstancias, no podía quedar sumergido en la indiferencia ó el olvido, que es la tumba de las producciones de la inteligencia.

Agotada la primera edición, esta segunda correrá la misma suerte, en más breve tiempo, porque el gusto literario se desarrolla aquí en las proporciones de esos árboles de Australia, de los cuales se ha dicho, para encomiar su fecundidad, que se les ve crecer.

En una época, que no es la edad de oro de que hablaba el maravilloso Cervantes, pero en la cual predomina el culto del preciado metal; época positiva en que el Mercurio de los paganos tiene un altar en cada calle, y en que las realidades de la vida están por encima de las aspiraciones del corazón y de los sueños de la fantasía, el amor por las letras es de buen augurio para las naciones jóvenes y ricas que atraen á su seno, con el aliciente de la especulación

á los hombres de todas partes, que aspiran al abandonar la tierra fatigada por la siembra, á encontrar en la tierra de las cosechas fecundas, una cómoda existencia.

Sentimiento tan levantado debe servir de morigerador al espíritu puramente práctico, llamado, sin él, á sofocar la afición estética, que ha formado uno de los rasgos distintivos de nuestra raza.

Don Carlos Guido y Spano, súbdito de la ley del trabajo diario, que obliga al hombre á comer el pan amasado con el sudor de su frente, pobre de fortuna y rico de imaginación, reune en su persona los elementos constitutivos del poeta, y conoce todas las fases amargas y consoladoras de la vida, formadas por la lucha y la esperanza.

Hojear este libro es una tarea simpática, interesante, consoladora, que da á conocer una existencia probada por los azares, sostenida por los tiernos afectos, embellecida por el cultivo de la más bella de las artes, confortada por la ilusión de sobreponer el ideal á la realidad, forjándose un medio mejor que aquel que nos formaran las peculiaridades de la vida de cada hombre, ó que nos impusiera el carácter particular del tiempo en que nacimos.

El poeta argentino ha reflejado en esas páginas todos los períodos de su existencia: la sinceridad de la infancia, el arrebato de la juventud, la fortaleza de la virilidad, la severidad del raciocinio, el afecto de la familia, el cariño de la patria, el deliquio del amor, la dicha del padre, el acento rudo del jorna-

lero, que saludando á Dios cada mañana, empuña el hacha, é invita á su prole á derribar el árbol, para fundar el hogar del hombre y del ciudadano.

Hijo de América, llevando en sus venas sangre de próceres, ama la independencia, y sin embargo, se le ve sumiso, abatido, inclinar la frente, esclavo de un dolor que le oprime como un yugo, que él no puede ni quiere sacudir.

Ha perdido á su padre, y la primera página de sus versos es una ofrenda á memoria tan cara. Canta á su madre, y las estancias que le consagra parecen los gemidos desoladores de una existencia acalorada en su regazo, de improviso asaltada por un presentimiento que hiela el corazón como el cierzo que trasmina las piedras del sepulcro...

El sentimiento doméstico predomina en este libro, que ya presenta reminiscencias del diálogo familiar, y formula recuerdos de dulces horas, que ora deja escapar el acento marcial, ora exhibe un paisaje, un cuadro ó una estatua labrada con cincel griego en mármol italiano.

Sobre sus páginas, presididas por una sombra venerable, puede espaciar la mirada la tierna doncella, como sobre un libro de memorias ó un museo de familia, porque un velo pudoroso envuelve el pensamiento, al tocar la realidad de ciertas imágenes, cual ese vapor que hace impalpables los contornos de los ángeles y las hadas de los pintores púdicos.

El poeta argentino ha cultivado la pureza de la lengua y la pureza de la expresión, desdeñando, por

una repulsión instintiva de su naturaleza, la forma incorrecta y desenvuelta, tan usual en nuestros días, y por ello inclinada al realismo desvergonzado.

Si en una colección como la presente el crítico ve brillar el relámpago de la inspiración, percibe las emanaciones del sentimiento, descubre la firmeza del cincel del lapidario, fáltale la decisión necesaria para desmenuzar las hijas hermosas de la fantasía, que agrupadas en simpático coro, endulzan con sus cantares la existencia apenada de los demás hombres.

Cuando una cita ó la casualidad reune sensitivas y hermosas mujeres, apenas es permitido admirar sus atractivos.

Juzgadas por otros con detenimiento las composiciones del poeta Don Carlos Guido y Spano, permítasenos solamente saludar su "Aurora", engolfarnos en las sombras de su "Noche", inclinarnos en presencia de la bella y tierna "Amira", derramar una lágrima al leer su "Nenia", sonreír ante la angélica "María del Pilar", y "Al Pasar", responder como eco, con un suspiro, al tierno lamento de Blanca.

Quede ahí esa lira melodiosa, suspendida del laurel inmarcesible, exhalando los aromas de las resinas orientales, modulando los arpegios de las cuerdas alemanas, ya herida por el plectro griego, ya vibrante al hálito de las almas soñadoras!

S. ESTRADA.

Buenos Aires, 19 de Marzo de 1879.

Ultimo retrato del Brigadier General
DON TOMÁS GUIDO.

PATRI CARISSIMO

Proteja tu recuerdo el flébil canto
Que exhalo en estas rimas suspiradas;
Pálidas hojas de flexible acanto
A una rota columna entrelazadas.

Hoy que el silencio en mi efusión quebranto,
Del edén á las cumbres sonrosadas,
Filial ofrenda que sublima el llanto,
Lleven mi voz las auras perfumadas.

¡Alúmbreme un destello de tu gloria,
Optimo padre! y desde el cielo riega
Mi huerto, por que dé frutos mejores.

Mas ¡ay! que sumergido en tu memoria,
Mi vida ya en su otoño se repliega
Como rústica tienda de pastores!

Allá van! son hojas sueltas
De un árbol escaso en fruto;
Humildísimo tributo
Que da al mundo un corazón.
Allá van, secas, revueltas
En confuso torbellino,
Sin aroma, sin destino,
A merced del aquilón.

Esas hojas los ensueños
De la vida simbolizan,
Cuando puros divinizan,
La ventura ó el afán;
Son emblema de risueños
Devaneos que en su aurora
La ilusión virgen colora,
Y que nunca ¡ay! volverán!

¡Hojas mustias y sombrías!
Ya las ramas que adornaron
Tristemente se doblaron;
El pampero sopló allí.
Las agrestes armonías
Que otro tiempo al aire dieron,
De la tarde se perdieron
En la bruma carmesí.

Allá van, sí, desprendidas
Por las ráfagas de otoño,
Sin que dejen ni un retoño
En su tránsito fugaz;
¡Pobres hojas esparcidas,
Por el viento arrebatadas,
De las vegas encantadas
A que dieron sombra y paz!

A MANUEL C. GOUVEA (*)

Nova Friburgo (Brasil)

Tú que en mis selvas penetras
Y en mis valles apartados,
Por mis versos extraviados
Me preguntas en tus letras.

¿Al crepúsculo no oiste,
Del oloroso *arazá*
En la hojarasca al *sabiá*
Gorjear ya alegre, ya triste?

Aislado, así mis cantares
Dí al viento en estas montañas,
Al susurro de las cañas,
Al rumor de los palmares.

(*) Refiérese esta composición á un cuaderno donde se hallaban manuscritas las primeras poesías del autor, de que no conservó copia, y que se extraviara al remitirlo al amigo á quién dirige sus versos.

Eran suspiros de amor,
Tiernos recuerdos de niño,
Vibraciones de cariño
En el harpa del dolor.

Raudal que se precipita
De las cimas victoriosas;
Simple guirnalda de rosas
Puesta en la cruz de una ermita.

Del fuego interno centellas,
Que en el templo de la fama
La ambición de gloria inflama,
Ora chispas, ora estrellas.

Eran todo y no eran nada:
Arranques del corazón,
Sueños, delirio, ilusión;
Niebla y luz de la alborada!

***

¡Oh mis versos amados! se han perdido,
Como de un ave las ligeras plumas
Cuando por vez primera entre las brumas
Del bosque deja, al aclarar, el nido.

¡No importa! Revestida en nuevas galas,
Vigorizada en límpidos raudales,
A mayores alturas idëales
Desplegará mi inspiración sus alas.

La juventud, amigo, que columbra
Quizás en mi destino un sol futuro,
De mi estrecha prisión derriba el muro,
Y con palmas de luz mi frente alumbra.

Mira! ya en alto mi pendón tremola,
En tanto que una voz sublime, extraña,
"Canta" me dice — "y trepa la montaña,
Audaz plantando allí tu tienda sola".

Acaso un eco de la musa antigua
Es esa voz; algún suspiro acaso
De los sagrados bosques del Parnaso
Que el viento de los siglos no amortigua.

Do quier escucho en torno aquel acento
Que resuena en mi espíritu y me arroba.
De noche llega hasta mi pobre alcoba,
Algunas veces himno, otras lamento.

Retumba en el fragor de los torrentes,
Vibra en los juncos con que se orna el río;
En las peñas que azota el mar bravío
Resurte, y en los prados florecientes.

Estalla en el turbión, ruge en el trueno,
En la orgía, en el templo se desliza;
A todo cuanto hay bello se harmoniza
Y á agitar viene mi anhelante seno....

Ya no resisto; el arte, el estro, el hado,
Me arrastran. ¡Oh embriaguez noble, celeste!
¡A mí la lira! y que tu mano apreste
Para ornarla un laurel recién cortado.

Mis versos, de la vida en las bermejas
Auroras, volarán raudos, vibrantes,
Cual en busca de cármenes fragantes
Del Hybla las melíficas abejas.

Y ora trovando en la fortuna erguido,
Ora en la tierra mísero trovando,
Avanzaré cayendo y levantando,
Como un león en el desierto herido.

Yo lucharé; diviso en lontananza
De la inmortalidad las arduas cumbres.
A ellas me guían vívidos vislumbres
De gloria, que iluminan mi esperanza.

Con todo, si desmayo en el camino,
Conozco bien tu hogar; mi fe ya muerta,
Iré confiado á golpëar tu puerta,
Contigo á compartir el pan y el vino.

LA ESPERANZA

¡La Esperanza! sublime, íntimo anhelo;
Aspiración ideal, indefinida,
Que eleva al hombre de la tierra al cielo
En alas de la férvida ilusión;
Llama vivaz que lenta nos consume
Al par que alumbra el campo de la vida,
Y que en vapor disuelve y en perfume
La savia del ardiente corazón.

Espíritu gentil en la mirada
De la púdica virgen resplandece;
En la frente del héroe laurëada,
Del labrador en el humilde hogar.
La estrella enciende del proscripto errante
Que de la patria lejos desfallece,
Y al náufrago en su barca zozobrante
Sostiene y guía en el rugiente mar.

¡Flor inmortal regada con el llanto
De que es el alma inagotable mina;
Secreto numen, misterioso encanto,
Lámpara asida á la sagrada cruz!
¿Qué corazón tu influjo no ha sentido?
¿Tu claridad qué sombras no ilumina,
Si hasta en la densa noche del olvido
Dulce penetra tu bendita luz?

Soñando el porvenir que les predices
Te acarician los pálidos mortales,
Y en su cárcel sintiéndose infelices,
De tu huella anhelantes van en pos.
— "¡Más allá!" les repites, el vacío
Les cerca, y con tus velos virginales
Benigna ocultas su sepulcro frío,
Y alzas de allí su espíritu hasta Dios!....

Cuando todo perezca, cuando el mundo
Desquiciado retiemble en el espacio
Y se hunda del caos en lo profundo,
Tú aun vivirás ungida por la fe,
Como una joven reina destronada
Contemplando en rüinas su palacio,
O te alzarás al cielo inmaculada
Cual la blanca paloma de Noé!

LA INOCENCIA

¡Cuanto á su vista el corazón se ensancha!
Simple y modesta y pura,
Del recental sin mancha
Tiene la mansedumbre y la blancura:
Amiga de los niños,
Está llena de gracia y de cariños.
Há poco la soñé — fué un sueño vago;
Pasó como la sombra
De un albo cisne sobre el terso lago.
Cuando ella me aparece
Reflejada en las risas de la infancia,
Una suave fragancia
Me anuncia que mi vida reverdece.
Sí, yo la ví ¡qué digo! aun la contemplo
De frescas y albas rosas coronada,
Rubia vestal que en busca va del templo
Al fulgor de la aurora sonrosada.
Adórnala flotante un blanco velo;
En anchas ondas, leve,

La cubre el seno virginal de nieve
Que jamás palpitar hizo el recelo.
Al mirarla imagino
Cuando en mi mente pasa
Al dulce rayo que su vista enciende,
Que una nube de gasa
A arrebatarla vino
Y en el aire azulado la suspende.
Su faz bañada en resplandor divino
Nunca sintió el calor de los sonrojos,
Pues ella ignora hasta su ideal belleza
Que acaso un numen consagró de hinojos.
En sus celestes ojos
Solo tremente brilla
La llama azul que irradia en su pureza
Su alma ingenua y sencilla,
Donde duermen sus vagas impresiones,
Sus castos pensamientos,
Cual graciosos alciones
En su nido aguardando en la ribera,
Para cruzar el mar y hender los vientos,
A que el naciente sol luzca en la esfera.
Así bella, serena, harmonïosa,
La virgen noble avanza;
Tiene al andar el aire de una diosa
Y la dulce atracción de la esperanza.
¡Oh espíritus! ¡oh genios tutelares!
Llevadla inmaculada á sus altares!

Mas ¡ay! súbitamente
La salen al camino
Amor audaz, y el Tiempo diligente,

Que lleva como marca de su síno
El dolor de los siglos en la frente:
Amor vivo y risueño
Que por cada ventura apaga un sueño;
Y el Tiempo, infatigable peregrino
Que en marcha al infinito halló á la Vida,
A quien después de agasajar enluta,
Mezclando al néctar la mortal cicuta
En el festín eterno á que convida.

Y la Inocencia, confïada, á ellos
Fuese, y en brazos del infante alado,
Del césped en la alfombra de esmeralda,
Se aduerme al rayo de la blanca luna;
En tanto que á su espalda
Que en lluvia de oro inundan sus cabellos,
El viejo segador de rostro airado,
Con temblorosa mano una tras una
Las rosas le arrancó de su guirnalda!

MARMÓREA

Marmórea, triste, enferma!... Desmayada
Como el sauce llorón que en la laguna
Mira su verde faz desconsolada,
En neblina se viste, en luz de luna.

Ya apenas se sonríe, ya su ojos
Irradian solo un vago y tierno anhelo,
Y cual si orase ante el altar de hinojos,
Dulces los vuelve sin querer, al cielo.

En éxtasis quizás escucha un canto
Divino, melancólica plegaria,
Himno tal vez de amor ó eco de llanto
De alguna alma doliente y solitaria.

Acaso envuelta en armoniosas brumas,
Del aire los espíritus alados,
Con tenues abanicos de albas plumas
La orean los cabellos perfumados.

¡Languidez de torcaz! ¡Qué alabastrina
Blancura! ¡Qué fulgor de la mirada
Soñando el idëal! Cuando camina
Parece por los céfiros llevada.

Replegando sus alas como un ave,
En ella el sentimiento se ha dormido;
Solo aspira á la paz, serena y grave,
A la paz de la ausencia y del olvido.

¡La vierais, candidísima camelia,
Con su vestido blanco de amplia falda,
Semejante á Desdémona, ó á Ofelia
Deshojando en las ondas su guirnalda!

Si toca el piano el instrumento gime;
Si canta, es murmurando una elegía
Con expresión patética, sublime:
Mas ella siempre indiferente y fría!

¿Cómo extinguióse la celeste llama
Que alimentó su seno? ¿Qué honda pena
En su angélico espíritu derrama
El opio que la calma y la envenena?.....

¡Enferma, casi exánime!..... Traidora
La fiebre lentamente la consume,
Y á su ardor su existencia se evapora
Cual de alba rosa mística el perfume.

. . . . . .

¡ Brisas del mar, del campo auras vitales,
Efluvios de la selva y del torrente,
Vivas exhalaciones matinales,
Raudas venid y refrescad su frente!

De su hermosura el esplendor rosado
Volvedla, y la salud que en ella expira,
Porque torne á latir su pecho helado
Y á vibrar de su ser la interna lira.

Está en la edad en que el amor florece,
Protéjala el amor. Su blanca estrella
En sus divinos ojos resplandece.
¡ Jamás se apague al reflejarse en ella!

Al fin te alzaste! Tus gloriosas manos
Empuñaron al fin la antigua espada,
Que en tus propias cadenas afilada
Ora amenaza herir á tus tiranos.

¡Ea, Italia! en los montes, en los llanos,
Embiste al opresor; allí vengada
Deja tu larga afrenta, y cimentada
La herencia de tus grandes ciudadanos.

Tuyo el triunfo será, mi fe lo jura
Por las sombras impávidas y austeras
De Bruto y de Catón. ¡Corre al combate!

Ya la Europa ha vestido su armadura,
Y asiste, desplegando sus banderas,
Noble cautiva á tu inmortal rescate!

CHANT D'AMOUR

(LAMARTINE)

Naples, 1822.

Si tu pouvais jamais égaler, ô ma lyre!
Le doux frémissement des ailes du zéphire
A travers les rameaux,
Où l'onde qui murmure en caressant ces rives,
Où le roucoulement des colombes plaintives
Jouant aux bords des eaux;

Si, comme ce roseau qu'un souffle heureux anime,
Tes cordes exhalaient ce langage sublime,
Divin secret des cieux,
Que, dans le pur séjour où l'esprit seul s'envole,
Les anges amoureux se parlent sans parole,
Comme les yeux aux yeux;

Si de ta douce voix la flexible harmonie,
Caressant doucement une ame épanouie
Au souffle de l'amour,

CANTO DE AMOR (*)

(LAMARTINE)

Nápoles, 1822.

Si tú imitar pudieras ¡oh lira! el tremulante
Susurro que alza el aura, de la arboleda, errante
Vagando so el dosel;
Del lago en estas playas el plácido murmullo,
O cuando juega á orillas del agua, el tierno arrullo
De la paloma fiel;

Si cual la frágil caña que el viento ebrio de aroma
Columpia, repitieses aquel sublime idioma,
Secreto divinal,
Que al modo que los ojos, los ángeles amantes
Se hablan sin palabras, del éter fulgurantes
En la región ideal;

Si la armonía fácil con que tu voz exhalas,
Acariciando una alma que desplegó sus alas
Al soplo del amor,

(*) Véanse las notas numeradas al final del volumen.

La berçait mollement sur de vagues images,
Comme le vent du ciel qui berce les nuages
Dans la pourpre du jour :

Tandis que sur les fleurs mon amante sommeille,
Ma voix murmurerait tout bas à son oreille
Des soupirs, des accords,
Aussi purs que l'extase où son regard me plonge,
Aussi doux que le son que nous apporte un songe,
Des ineffables bords.

Ouvre les yeux, dirais-je, ô ma seule lumière !
Laisse-moi, laisse-moi lire dans ta paupière
Ma vie et ton amour ;
Ton regard languissant est plus cher à mon âme
Que le premier rayon de la céleste flamme
Aux yeux privés du jour.

***

Un de ses bras fléchit sous son cou qui le presse,
L'autre sur son beau front retombe avec mollesse
Et le couvre à demi :
Telle, pour sommeiller, la blanche tourterelle
Courbe son cou d'albâtre et ramène son aile
Sur son œil endormi.

Le doux gémissement de son sein qui respire
Se mêle au bruit plaintif de l'onde qui soupire
A flots harmonieux ;

Meciérala entre imágenes flotantes, indecisas,
Cual á las blancas nubes las celestiales brisas
En el purpúreo albor:

En tanto que mi amante dormita entre las flores,
Velando mis suspiros, mis cántigas mejores
La diera en grato afán;
Tan puras como el éxtasis que al verla me domina
Tan suaves como en sueños la música divina
Que las esferas dan.

Diría, abre los ojos mi luz, déjame en ellos,
Oh! deja, sí, contemple feliz, mi vida, y bellos
Revélenme tu amor;
Tu lánguida mirada más dicha en mí destella,
Que al que en tinieblas yace, la fúlgida centella
Del astro vencedor.

***

Descansa sobre un brazo la juvenil cabeza;
Con morbidez el otro velando su belleza
La encubre media faz.
Así ante los ojos, si al sueño desfallece,
Desdobla el ala, inclínase, y dulce se adormece
Bajo ella la torcaz.

Del seno el suave anhélito que exhala tenue y vago,
Se mezcla á las oleadas armónicas del lago
Que arrulla gemidor;

Et l'ombre de ses cils, que le zéphir soulève,
Flotte légèrement comme l'ombre d'un rêve
Qui passe sur ses yeux.

***

Que ton sommeil est doux, ô vierge, ô ma colombe!
Comme d'un cours égal ton sein monte et retombe
Avec un long soupir!
Deux vagues que blanchit le rayon de la lune,
D'un mouvement moins doux viennent l'une après l'une
Murmurer ou mourir!

***

Laisse-moi respirer sur ces lèvres vermeilles
Ce souffle parfumé... Qu'ai-je fait? tu t'éveilles.
L'azur voilé des cieux
Vient chercher doucement ta timide paupière;
Mais toi... ton doux regard, en voyant la lumière,
N'a cherché que mes yeux.

***

Ah! que nos longs regards se suivent, se prolongent,
Comme deux purs rayons l'un dans l'autre se plongent,
Et portent tour á tour
Dans le cœur l'un de l'autre une tremblante flamme,
Ce jour intérieur que donne seul à l'ame
Le regad de l'amour!

De sus pestañas negras la sombra temblorosa,
Semeja en su semblante la imagen vaporosa
De un sueño volador.

***

Cuán dulcemente duermes ¡oh lirio de inocencia!
¡Con que igualdad tu pecho se agita! ¡Qué cadencia!
Qué fácil respirar!
Dos olas argentadas por la luciente luna,
Más blandas en la playa no vienen una á una
Besándola á expirar!

***

¡Oh, deja de tus labios de rosa el perfumado
Y fresco aliento aspire... ¡Qué hice! has despertado!
El cielo azul turquí
Tus ojos adormidos procura dulcemente;
Mas tú al abrirlos suaves al día refulgente,
Los fijas solo en mí.

***

Ah! de ambos la mirada vivaz, larga, profunda,
Cual dos rayos divinos, en una se confunda,
Llevando con ardor
A nuestros corazones la llama temblorosa,
Aquel interno fuego que á la alma fervorosa
Tan solo da el amor!

Jusqu'à ce qu'une larme aux bords de ta paupière,
De son nuage errant te cachant la lumière,
Vienne baigner tes yeux,
Comme on voit au réveil d'une charmante aurore
Les larmes du matín qu'elle attire et colore,
L'ombrager dans les cieux.

***

Parle-moi, que ta voix me touche!
Chaque parole sur ta bouche
Est un écho mélodieux.
Quand ta voix meurt dans mon oreille,
Mon âme résonne et s'éveille,
Comme un temple à la voix des dieux.

Un souffle, un mot, puis un silence,
C'est assez: mon àme devance
Le sens interrompu des mots,
Et comprend ta voix fugitive,
Comme le gazon de la rive
Comprend le murmure des flots.

Un son qui sur ta bouche expire,
Une plainte, un demi-sourire,
Mon cœur entend tout sans effort:
Tel, en passant par une lyre,
Le souffle même du zéphire
Devient un ravisant accord!

Hasta que alguna lágrima furtiva, nube errante,
De tu pupila al borde, anúblete el semblante
Con sombras de pesar,
Como al nacer la aurora, de la mañana el llanto.
Que pinta y que recogen las orlas de su manto,
Su luz viene á empañar.

***

Háblame ¡cuánto me encanta
Tu voz melodiosa! canta
Aun si callas en mi ser,
Y cual un templo al acento
De los númenes, me siento
Reanimar y estremecer.

Una palabra, un suspiro,
Luego el silencio: te miro
Y basta; sé adivinar
Tu idea que en mi alma brilla,
Como el musgo de la orilla
Comprende el rumor del mar.

De tu boca un blando acento,
Una sonrisa, un lamento,
Sé sin esfuerzo sentir;
Tal al rozar una lira
El aura que en torno gira
La hace armoniosa gemir.

¿Pourquoi sous tes cheveux me cacher ton visage?
Laisse mes doigts jaloux écarter ce nuage:
¿Rougis-tu d'être belle, ô charme de mes yeux?
L'aurore, ainsi que toi, de ses roses s'ombrage.
Pudeur, honte céleste, instinct mystérieux;
Ce qui brille le plus se voile davantage;
Comme si la beauté, cette divine image,
N'était faite que pour les cieux!

Tes yeux sont deux sources vives
Où vient se peindre un ciel pur,
Quand les rameaux de leurs rives
Leur découvrent son azur.
Dans ce miroir retracées,
Chacune de tes pensées'
Jette en pasant son èclair;
Comme on voit sur l'eau limpide
Flotter l'image rapide
Des cygnes qui fendent l'air.

Ton front, que ton voile ombrage
Et découvre tour à tour,
Est une nuit sans nuage
Prête à recevoir le jour;
Ta bouche , qui va sourire,
Est l'onde qui se retire
Au souffle errant du zéphir,
Et sur ces bords qu'elle quitte
Laisse au regard qu'elle invite,
Compter les perles d'Ophir.

¿Porqué el rostro me ocultas con tus cabellos? Deja
Que de él celosa aparte mi mano esa madeja.
¿Te ruboriza acaso, mi encanto, tu hermosura?
También la aurora en rosas su candidez purpura.
¡Pudor, sonrojo santo! ¡Oh instinto misterioso,
Que dá más sombra á aquello que brilla más radioso,
Como si la belleza, del cielo luz divina,
Debiese habitar solo su esfera cristalina!

Tus ojos vivos raudales
Son que el cielo azul procura,
Mirándose en sus cristales
A través de la espesura.
Tus pensamientos flamantes
En ellos rayos brillantes
Reflejan; así al hender
Los cisnes el aire manso,
Vése en el limpio remanso
Veloz su sombra correr.

Tu sien ora en tul velada,
Descubierta y libre ora,
Es una noche azulada
Que está á espera de la aurora;
Y tu boca sonrïente
La ola pura y decreciente
Que las brisas hacen huir,
Y del borde á que se aleja
A los ojos que atrae deja
Contar las perlas de Ofir.

Tes deux mains sont deux corbeilles
Qui laissent passer le jour;
Tes doigts de roses vermeilles
En couronnent le contour.
Sur le gazon qui l'embrasse
Ton pied se pose, et la grace,
Comme un divin instrument,
Aux sons égaux d'une lyre
Semble accorder et conduire
Ton plus léger mouvement.

*
* *

¿Porquoi de tes regards percer ainsi mon âme?
Baisse, oh! baisse tes yeux pleins d'une chaste flamme:
Baisse-les, ou je meurs.
Viens plutôt, lève-toi! Mets ta main dans la mienne;
Que mon bras arrondi t'entoure et te soutienne
Sur ces tapis de fleurs.

*
* *

Aux bords d'un lac d'azur il est une colline
Dont le front verdoyant légèrement s'incline
Pour contempler les eaux;
Le regard du soleil tout le jour la caresse,
Et l'haleine de l'onde y fait flotter sans cesse
Les ombres des rameaux.

Entourant de ses plis deux chênes qu'elle embrasse,
Une vigne sauvage à leurs rameaux s'enlace,
Et, couronnant leurs fronts,

Son tus manos soberanas
Dos transparentes cestillas;
Sus dedos de rosas granas
Les festonan las orillas.
Besa el césped tu ligera
Leve planta, y hechicera
La gracia como un laúd
Celeste, tus pasos guía,
Y su ritmo y armonía
Te impregnan en su virtud.

***

¿Porqué castos y ardientes el alma me trapasan
Tus ojos? Ah! mitiga el fuego en que me abrasan,
Le aparta ó moriré!
Mas nó, vén, vén, levántate, y en amoroso lazo
Sobre el florido césped ciñéndote mi brazo
Tu talle sostendré.

***

De un lago azul al margen se yergue una colina
Cuya verdeante cumbre con suavidad se inclina
La linfa á contemplar;
El sol durante el día refléjase en el onda,
Y al céfiro marino las sombras de la fronda
Fluctúan sin cesar.

De dos viejas encinas asidos al ramaje,
Se enredan los sarmientos de fresca vid salvaje,
Y orlando en grata unión

De sa pâle verdure éclaircit leur feuillage,
Puis sur des champs coupés de lumière et d'ombrage
Court en riants festons.

Là, dans les flancs creusés d'un rocher qui surplombe,
S'ouvre une grotte obscure, un nid où la colombe
Aime à gémir d'amour;
La vigne, le figuier, la voilent, la tapissent;
Et les rayons du ciel, qui lentement s'y glissent,
Y mesurent le jour.

La nuit et la fraîcheur de ces ombres discrètes
Conservent plus long-temps aux pâles violettes
Leurs timides couleurs;
Une source plaintive en habite la voûte
Et semble sur vos fronts distiller goutte à goutte
Des accords et des pleurs.

Le regard, à travers ce rideau de verdure,
Ne voit rien que le ciel et l'onde qu'il azure;
E sur le sein des eaux
Les voiles du pêcheur, qui, couvrant sa nacelle
Fendent ce ciel liquide, et battent comme l'aile
Des rapides oiseaux.

L'oreille n'entend rien qu'une vague plaintive
Qui, comme un long baiser, murmure sur sa rive,
Où la voix des zéphirs,
Où les sons cadencés que gémit Philomèle,
Où l'echo du rocher dont un soupir se mêle
A nos propres soupirs.

Sus copas, las realzan los pámpanos sagrados,
Que se entran por los valles lucientes ó sombreados,
En vívido festón.

Allí en el flanco hendido de un risco, una caverna
Se encuentra, verde gruta do la paloma tierna
De amores va á gemir;
La vid, la higuera fértil, la ocultan, la entapizan,
Y en ella el día miden los rayos que deslizan
De un cielo de zafir.

La noche y la frescura de sombras tan discretas,
Conservan de las húmedas y pálidas violetas
El tímido color;
Un manantial sonoro de entre la piedra brota,
Y canta ó se lamenta filtrando gota á gota
Su virginal licor.

Por entre esa cortina de rústica verdura,
Se ve tan solo el éter, el agua en que fulgura,
Y en su cerúlea faz,
Del pescador la vela, que al encubrir hinchada
Su barca, aquel espejo del cielo hiende alada
Cual pájaro fugaz.

Tan solo se oye en torno la ola plañidera
Que como un largo beso murmura en la ribera,
Del aura el vago son,
De Filomena el canto cadencioso y flébil,
O unidos de nuestra alma con el supiro débil,
Los ecos del peñón.

***

Viens, cherchons cette ombre propice
Jusqu'à l'heure où de ce séjour
Les fleurs fermeront leur calice
Aux regards languissans du jour.
Voilà ton ciel, ¡oh mon étoile!
Soulève, oh! soulève ce voile,
Eclaire la nuit de ces lieux;
Parle, chante, rêve, soupire,
Pourvu que mon regard attire
Un regard errant de tes yeux.

Laisse-moi parsemer de roses
La tendre mousse où tu t'assieds,
Et près du lit où tu reposes,
Laisse-moi m'asseoir à tes pieds.
Heureux le gazon que tu foules,
Et le bouton dont tu déroules
Sous tes doigts les fraîches couleurs!
Heureuses ces coupes vermeilles
Que pressent tes lèvres, pareilles
A l'abeille, amante des fleurs!

Si l'onde des lis qu'elle cueille
Roule les calices flètris;
Des tiges que sa bouche effeuille
Si le vent m'apporte un débris;
Si la boucle qui se dénoue

***

Vén, aquel sitio apartado
Procuremos, hasta ver
Se hayan sus flores cerrado
Del sol al rayo postrer.
Ese, mi estrella, es tu cielo;
Levanta, levanta el velo,
Tu esplendor difunde allí;
Habla, canta, sueña, llora,
Mas detén encantadora
Tu mirada errante en mí.

Deja siembre el musgo en rosas
Donde tú en descanso estés,
Y del lecho en que reposas
Deja me siente á tus piés.
Feliz la grama que huellas,
El botón que abren tus bellas
Manos, de rico frescor,
Y esas corolas bermejas,
Que libas cual las abejas
Amantes de toda flor.

Si el lirio mustio que arroja
Flota en la linfa de añil,
O del tallo que deshoja
Gozo la esencia sutil;
Si su cabello ondëante

Vient, en ondulant sur ma joue,
De ma lèvre effleurer le bord:
Si son souffle léger résonne,
Je sens sur mon front qui frissonne
Passer les ailes de la mort.

Souviens-toi de l'heure bénie
Où les dieux, d'une tendre main,
Te répandirent sur ma vie
Comme l'ombre sur le chemin.
Depuis cette heure fortunée,
Ma vie à ta vie enchainée,
Qui s'écoule comme un seul jour,
Est une coupe toujours pleine,
Où mes lèvres à longue haleine,
Puisent l'innocence et l'amour.

***

Un jour le temps jaloux, d'une haleine glacée,
Fanera tes couleurs comme une fleur passée
Sur ces lits de gazon;
Et sa main flétrira sur tes charmantes lèvres
Ces rapides baisers, hélas! dont tu me sèvres
Dans leur fraîche saison.

Mais quand tes yeux, voilés d'un nuage de larmes,
De ces jours écoulés qui t'ont ravi tes charmes
Pleureront la rigueur:
Quand, dans ton souvenir, dans l'onde du rivage
Tu chercheras en vain ta ravissante image,
Regarde dans mon cœur.

Por mi rostro, al labio amante
Perfumado llega, ó bien
Si alcanzo á sentir su aliento,
De la muerte el ala siento
Rozar mi agitada sien.

Recuerda el dichoso instante
En que un numen inmortal
Te esparció en mi vida errante,
Grata sombra en campo erial.
Desde entonces fortunada
Nuestra existencia hermanada
Dando un solo resplandor,
Es un cáliz siempre lleno
En que apura ávido el seno
La inocencia y el amor.

***

De tí envidioso un día el tiempo helado, aleve
Tu fausta primavera marchitará, flor breve
Que pasa en el verjel,
Y agostará en tu boca graciosa y purpurina
¡Aymé! los raudos besos de que eres tan mezquina
En su estación de miel.

Mas cuando el llanto anuble tu frente, que los años
Fugaces, desluciendo tus gracias, desengaños
Te brinden y dolor,
Que en vano en tu memoria procures y en la calma
Del lago azul tu imagen — contémplala en mi alma
Risueña en su esplendor.

Là ta beauté fleurit pour des siècles sans nombre;
Là ton doux souvenir veille à jamais à l'ombre
De ma fidélité,
Comme une lampe d'or dont une vierge sainte
Protège avec la main, en traversant l'enceinte,
La tremblante clarté.

Et quand la mort viendra, d'un autre amour suivie,
Eteindre en souriant de notre double vie
L'un et l'autre flambeau,
Qu'elle étende ma couche à côté de la tienne,
Et que ta main fidèle embrasse encor la mienne
Dans le lit du tombeau.

Ou plutôt puissions nous passer sur cette terre,
Comme on voit en automne un couple solitaire
De cygnes amoureux
Partir, en s'embrassant, du nid qui les rassemble,
Et vers les doux climats qu'ils vont chercher emsemble
S'envoler deux à deux!

Allí tu beldad siempre florece, y siempre amado
Y eterno tu recuerdo palpita, resguardado
Por mi fidelidad,
Como de una áurea lámpara, la virgen consagrada
Cruzando el templo, encubre con mano delicada
La ardiente claridad.

Y cuando blanda llegue de un otro amor seguida
La muerte, y que la antorcha de nuestra doble vida
Fatal venga á extinguir,—
Al lado de tu lecho también extienda el mío,
Y asidas nuestras manos, ni aún el sepulcro frío
Nos pueda desunir.

Mas antes este mundo de tránsito crucemos
Como esos tiernos cisnes que en el otoño vemos
Del uno el otro en pos,
Partir, acariciándose, de sus calientes nidos,
Y hácia los dulces climas que van buscando unidos
Volar de dos en dos!

FLOR DE LA VIDA

Esta noble sentencia
Que tengo en blanco mármol ya esculpida,
Me dijo un sabio de ática elocuencia
Que recuerda á Platón: "La inteligencia
Es la flor de la vida".

LA AURORA

Huyen las sombras; ya á su antro acorre
Siniestro el crimen, y el buho ya
La grieta oscura de antigua torre
Con sesgo vuelo buscando va.

Parte Romeo. Dulce Julieta
Toda tremante cierra el balcón.
De torpe orgía vuelve Violeta (*)
Rasgado el traje y el corazón.

Fausto sus libros cierra, el misterio
Buscando en vano del ser; — oíd!
Son las campanas del monasterio;
A orar, nos dicen, fieles, venid!....

Despunta el alba. Pálidas, bellas,
Cual los recuerdos del bien que huyó,
Brillan algunas dulces estrellas
Con que la noche su frente ornó.

(*) *Violeta:* célebre *hetaría* griega, y principal figura en la bella ópera de Verdi, «La Traviata».

Vacilan, tiemblan, se apagan; luego
Del horizonte vénse al confín
Ráfagas tenues, franjas de fuego,
Limpios celajes de oro y carmín.

¡Salve, es la aurora! raudal de vida,
Sonrisa alegre del cielo; es
La blanca ninfa del sol querida,
Fresca surgiendo de entre áurea mies.

Dulce reflejo de la mirada
De Dios, contento del esplendor
De su obra magna que á los mortales
Inspiró el salmo: Gloria al Creador!

Fué á esta hora que á Eva divina
Por vez primera contempló Adán;
Que en los desiertos de Palestina
Jacob errante llegó al Jordán.

Al alba pura, ¡oh almas sinceras!
Labán, sus hijas Lía y Raquel
Tierno bendijo so las palmeras:
Agar se aleja con Ismaél.

Y el pastor árabe, no bien rayaba
Sobre las tiendas la claridad,
Agiles cabras apacentaba
En las colinas de Galaád.

¡Soberbio! al paso que el día avanza
Brotan torrentes de luz, y bien
Como en delirio, la vista alcanza
Las maravillas de un nuevo edén.

¡Región excelsa de ensueños vagos!
Palacios, templos, islas, allí
Se ven, rüinas, volcanes, lagos
Con amplias olas de carmesí.

¡Fiesta magnífica del grande cielo!
¿Quién describirla jamás podrá?
¿Qué fantasía su osado vuelo
Al claro olimpo remontará?

Monstruos, quimeras, grifos, dragones
Con ígneas alas, cruzan, y en mil
Bellas y extrañas transformaciones
Pueblan el aire puro y sutil.

Del hondo averno sombras austeras,
Parece, surgen á conquistar
El rojo oriente, que sus banderas
Victoriosas hace flamear.

Cúbrese el éter de iris fulgentes,
De esmaltes ricos en fondo azul,
Y leves, finas, resplandecientes,
Las nubes tienden su róseo tul.

La luz en ellas con mil cambiantes
Se quiebra, y forma vivo arrebol,
Mientras las borda con sus diamantes
Trémulo el rayo del almo sol.

¡El sol! monarca del alto coro
De estrellas, magno, sacro, inmortal;
Guerrero inmenso del casco de oro,
Padre del día bello y triunfal!

No bien del monte brilla en la cumbre,
Cantan las aves, y en el verjel
Que anima y baña su regia lumbre,
La flor rebosa de incienso y miel.

Y así que el disco soberbio asoma,
Su lujo ostenta la creación;
Levanta el vuelo la fiel paloma,
Fiero, de gozo, ruge el león.

Del infinito vasto santuario,
Alzanle un himno la tierra, el mar;
Es cada árbol un incensario,
Cada montaña sublime altar.

¡Hosanna! el día que luce expande
Sedienta el alma de luz y amor;
¡Hosanna! ¡Hosanna! Dios solo es grande,
¡Gloria en los siglos, gloria al Creador!

MYRTA EN EL BAÑO

Fresca es el onda, azul y cristalina,
En que baña su cuerpo de alabastro
La rubia Myrta, al resplandor del astro
Que pálido las sombras ilumina.
La juventud divina
Ennoblece sus mágicos hechizos,
Mezclando en un conjunto soberano
La grana tiria y el marfil indiano.
Al desflocar gentil sus blondos rizos
Por el agua escarchados, semejaba
Del río una alba y vaporosa ondina,
Que de las grutas de coral se alzaba
Jugando en sus cristales movedizos.

Oculto en la vecina
Margen, entre el nepentes y el acanto,
Detrás de una florida y verde acacia,
Sentí mis ojos anegarse en llanto
Al ver tanta belleza y tanta gracia!

Ella creíase sola,
Pues dejara sin velo
Los encantos que á amor reservó el cielo:
Vinieron á besarla ola tras ola.
Una dulce aurëola
De castidad en su contorno brilla,
Y Cíntia al contemplarla sin mancilla
En sus plateadas blondas envolviola.

Yo todo embebecido,
En vano quise retirarme, en vano;
Un genio ¡oh dulce arcano!
El tierno genio á mi existencia unido,
Me embargaba el deseo, el movimiento,
Y en insinuante acento,
Y expresivo lenguaje,
Así me habló invisible entre el follaje:
— "Mortal cuya alma perturbó la duda,
La sien inclina á la beldad desnuda,
Que en su armonioso y divinal conjunto,
De los cielos trasunto,
El sello del Eterno augusta lleva,
Púdica Venus ó inocente Eva".

Sintiendo de mi culpa los sonrojos,
En la húmeda grama
Entonces la adoré puesto de hinojos,
Pidiéndola un destello de su llama;
La adoré hasta el momento
En que salió del río esplendorosa,
Inmaculada y pura,
Como la blanca diosa

Que surgiendo del líquido elemento,
Fué reina del amor y la hermosura.

Luego al modo del ciervo fugitivo
Que huye el arco de Diana cazadora
De la apiñada fronda en los doseles;
Tembloroso, furtivo,
Me deslicé á esperar la nueva aurora
A un boscaje de mirtos y laureles.

Siempre quedole impreso
Aquel recuerdo al alma, — ardiente beso
De la inmortalidad, que de poesía
Inundóla, y de luz y de harmonía!

¡QUINCE AÑOS!

¡Quince años! ¡dulce edad
En que el alma de las vírgenes
Como una flor se abre al soplo
De las brisas juveniles!
Verde el árbol de la vida
Con esplendor se reviste
De frutos de oro, que encierran
De amor el supremo elíxir.
Edad en que traspasado
De la infancia el fresco límite,
La mujer llevando el sello
De su celestial origen,
Entra ufana de la vida
Por los senderos difíciles,
Semejante á aquellas aves
Que del golfo entre las sirtes,
Aunque tumultuoso el viento
Su blanco plumaje rice,

Con manso vuelo se ciernen
Sobre las olas terribles.
Edad de la rubia Eva
Cuando á la aurora sublime
Apareció, fiel trasunto
De soñados serafines.
Bella edad cuyo horizonte
Irisan ricos matices;
Aurëola luminosa
Que Dios enciende y bendice;
Cálido oasis que invita
A soñadora molicie
Entre la rosa fragante
Y las violetas humildes,
Cuando al rumor de las palmas
Y al susurro de los mimbres,
Cruzan en lagos de plata
Grupos de pálidas *Willis*. (2)
Todo en ella es harmonía,
Todo canta, todo vive,
La ilusión y la esperanza
Cual dos hermanas sonríen.
Entonces ¡cuántas venturas
La imaginación no finge,
Condensadas en recuerdos
Luego y en lágrimas tristes!
Lágrimas ¡ay! que derrama
La juventud al partirse,
Como la nube fugaz
Que de oro y gualda se viste
Esparce su fresco llanto
Sobre los campos felices,
Antes que el viento de otoño

En el éter la disipe.
Es en esa edad dichosa
(¿Quién hay que al vivo la pinte?)
En la cual ostenta Julia
La pompa de sus abriles.
Y bien, á fe, puede hacerlo
Con su blancura de cisne,
La de los negros cabellos
Que en largos rulos divide,
Cayéndola en leves ondas
Sobre el cuello de alelíes.
La del habla melodiosa
Cuyo simpático timbre
Despierta en el alma un eco
De ruiseñor invisible.
La de los brillantes ojos
Que húmedos rayos despiden,
Mientras risueñas las Gracias
Con su guirnalda la ciñen.
La virgen del albo seno,
Que bajo el tul se percibe,
Blanca nieve entre cristales
De toda impureza virgen,
O cual dos blancas palomas
Que presas entre jazmines,
Soñando amores del cielo
Palpitan por verse libres.
La de elegante esbelteza,
Dejando ver cuando ríe
Unos dientes!... finas perlas
Engarzadas en rubíes.
La de las manos ebúrneas,
Pie menudo, raudo, libre,

Hermosa como el amor,
Aérea cual leve sílfide,
Lirio en la casta pureza,
En lo alegre y viva un iris.
¡Oh! jamás el cierzo helado
Tan divina flor marchite!
¡Que los pesares jamás
Su sien inocente inclinen;
Plácidas auras la arrullen,
Tiernos halagos la mimen,
Y de su amable virtud
Limpio el sol y eterno brille!

LAS HORAS

Queriendo coronar la más hermosa
En torno al sol las horas se juntaron,
Y allí en ronda genial se armonizaron
Del primer día al sonrosado albor.
Mal envueltas en gasas transparentes
En el éter azul, todas son bellas;
Mas fué reina elegida al fin por ellas,
La hora inefable del primer amor.

Desde entonces el alma está á su imperio
Con misteriosos vínculos unida;
Se confunde á la esencia de la vida,
Rica en tiernas promesas al pasar,
Y deja en pos dulcísimas memorias
Al perderse en el tiempo en raudo vuelo,
Como brillan los astros en el cielo
Cuando en la tarde el sol se hunde en el mar.

SIMIL

La selva dijo á un ave:
¿Cuando levantas
Tu voz en la espesura,
Lloras ó cantas?
Fué su respuesta:
— Se confunden mis himnos
Con mis querellas.

A una harpa eoliana
Preguntó el viento:
¿Porque, dí, cuando paso
Das un lamento?
Y habló así el harpa:
— En mis cuerdas suspiran
De amor las hadas.

Al río dijo un sauce:
¡Triste murmuras,
Y entre zarzales corren
Tus aguas puras!
Sollozó el río:
— ¡Ay, sauce, tú no sabes,
Corro al abismo!

Dijo el campo á la lluvia
¿De donde mana
La fuente de tu llanto
Que me engalana?
— Brota en tu seno,
Contestóle, me nutre
Tu dulce aliento.

Como el ave y el harpa
Y el claro río,
Sentidos son los ecos
Del canto mío;
Como la lluvia
Con que riega las flores
La nube oscura.

EN LOS GUINDOS

Tenía yo dieciocho años, y ella
Apenas dieciseis; rubia, rosada,
No es por cierto más fresca la alborada
Ni más viva una fúlgida centella.
Un día Adriana bella
Conmigo fué al verjel buscando fruta,
Y así como emprendimos nuestra ruta,
Absorto me fijé por vez primera
Cuan atractiva y cuan hermosa era!
Llevaba un sombrerillo
De paja, festoneado, con adornos
De flores de canela y de tomillo;
Y realzando sus mórbidos contornos,
Un corpiño ajustado,
Saya corta, abultada, de distintas
Labores, hácia el uno y otro lado
Recogida con lazos de albas cintas.
Como nuestro paseo se alargaba,
La ofrecí el brazo. ¡Me arrobé al sentirla

Que en él languidamente se apoyaba!
Confuso y sin saber el qué decirla,
Me desasí... Trepeme á un alto guindo,
Desde cuyo ramaje de esmeralda
El bello fruto ya en sazón la brindo,
Que ella con gracia recogió en la falda.
¡Oh delicioso instante!
¡Oh secretos de amor! ¿Cuál mi ventura
Podré pintar, mi sangre llamëante,
Al ver desde la altura
Su seno palpitante,
Su voluptuosa y cándida hermosura?
¿Acaso Adriana adivinó en mis ojos
El fuego interno que en mi alma ardía?
¿Esa la causa fué de sus sonrojos?
— "Aquella guinda alcanza", me decía,
"Que está en la copa; agárrate á las ramas,
No vayas á caër". — "¿Y tú, si me amas,
Qué me darás?" — Bermeja cual las pomas
Que madura el estío en las laderas,
Contestó apercibiendo dos palomas
Blancas, ebrias de amor: — "¡Lo que tú quieras!"

SOÑABA

Jamás me dijo que me amaba. Un día
Que bajo un tilo en su jardín dormía,
Mi nombre entre suspiros murmuró.
Yo la besé los labios rojos, y ella
Sin despertarse, como nunca bella,
De súbito mortal palideció!

MELANCÓLICA

Tu dulce y virginal melancolía,
Reälzando las gracias deslumbrantes,
La vívida harmonía
Que dió á tu rica juventud el cielo,
Es cual fúnebre velo
Cubriendo una diadema de brillantes!

¡MUERTA!

La ví dormida para siempre ¡oh cielos!
¡Con tanta juventud! ¡tanta belleza!
Fúnebre gasa de mortal tristeza
Cubre la blanca estrella del amor.
¿Qué resta de esa vida sonrosada,
Llena de luz, de encanto y poesía?
Un reflejo en el alma, una harmonía,
El leve aroma de marchita flor!....

INMORTALITAS

En un lúgubre desierto,
Severa, tétrica, inerte,
Al pie de un sepulcro abierto,
Está la pálida Muerte.

¡Terrible sombra! ¿Qué abismos
De su seno la abortaron?
¿En que extraños cataclismos
Las orbes se le plegaron?

Del espíritu que crea
Hosca rival se levanta;
Derriba su altar que humea;
Toda fuerza, ultriz, quebranta.

¡Prodigio! de las ruïnas
Con que su imperio circuye,
Renacen obras divinas
Que de nuevo aja y destruye.

En su inmenso reluchar
Con la creación renovada,
Semeja un fúnebre mar
Que uniese el ser con la nada.

Sublime horror la circunda;
Todo en ella es misterioso:
Su mudez triste y profunda,
Su eterno y frío reposo.

Un día, ¡día de llanto!
La Vida hácia ella vino,'
Hecho jirones el manto
En las zarzas del camino.

Su belleza era esplendente;
La luz de la inteligencia
Dios mismo imprime en su frente
Con un rayo de su esencia.

En sus arcanos profundos
Domina el orbe, le anima,
Gran principio de los mundos
Que embellece, orna y sublima.

El raudal surge espumoso
A su influjo, el viento zumba,
Rebrama el mar proceloso,
El ronco trueno retumba —

Brillan los astros del cielo
Con hermosa y dulce lumbre;
Cae en cascadas el hielo
Derretido en la alta cumbre —

La savia ardiente fermenta
De la tierra en las entrañas;
El volcán ígneo revienta
Sacudiendo las montañas —

Canta el ave sus amores
En las selvas, y la aurora
De aljófar, de gayas flores,
El prado viste y colora.

Y á fin de que aun más asombre,
De su virtud fruto acerbo,
Infunde su aliento al hombre;
Fulgurante estalla el verbo!

Los sueños en su palacio
Arrullarla á veces suelen,
Sombra que cruza el espacio
Y que los vientos impelen;

Impelen, sí, al oceano
Del infinito á que aspira,
Cantando el destino humano
En su prodigiosa lira.

Fué á la margen de aquel mar
De vastas y eternas olas,
Que á la Muerte vino á hallar,
Encontrándose allí solas.

Perdió el recuerdo al instante
De las cosas, y deshecha
En lágrimas, penetrante
Sintió del dolor la flecha.

Ambas á dos ignoraban
Su origen: al verse juntas,
De hito en hito se miraban,
E hiciéronse estas preguntas:

— "¿Quién eres tú?"—"Soy la Muerte"
"¿Y tú?" — "La Vida, elemento
Fecundo, harmónico, fuerte,
Luz y amor y movimiento...."

Iba á seguir ¡ay! no pudo.
Miró hácia atrás. ¡Agostado
El camino, áspero y rudo!
¡Noche y tiniebla el pasado!

Entonces sintió una angustia
Crüel, un terror cobarde;
Vacila, cae — triste, mustia,
Quiere volverse — era tarde!

Agobiada, en su fatiga
Sin fuerza, perdido el brío,
En la Muerte vió una amiga;
Recibió su ósculo frío.

Y ésta la dijo: — "En mi lecho,
Hermana, descansarás,
Y de la nada á despecho
Fresca y joven te alzarás!"

Abrazáronse las dos
Grandes sombras; de allí á poco
Una alma llegaba á Dios,
De lo creado inmenso foco.

Y en la fuente de verdad
Sumergida, el universo
A su excelsa majestad
Fué espejo límpido y terso.

¡Oh misterio! de esta suerte
En lazo místico unida,
Con la vida está la muerte,
La muerte engendra la vida!

REPROCHE (3)

¡Digna ofrenda, pardiez, á la hermosura
Que con sensual instinto te enamora,
Decirla el frenesí que te devora,
El lúbrico furor que en tí se apura!

Muerde, sí, la manzana agria ó madura
Hambriento del deleite que atesora,
Sin cuidarte si oculta roëdora
Bajo el fresco matiz la larva impura.

Y pues el fuego de tu sangre atizas,
No ultrajes la virtud, entre las sombras
La lujuria en tus carnes clave el diente.

¿De tanto incendio que obtendrás? Cenizas!
Ni nombres al amor, pues si le nombras
Velará en su pudor la casta frente.

SENSUALISMO

¿Será un crimen rasgar la tenue gasa
Con que oculta el amor gracias terrenas,
O en la pomposa viña las ajenas
Uvas gustar y el bien que raudo pasa?

Cuando el amor el alma nos abrasa,
Que Venus arde en las henchidas venas,
Desciende el cielo mismo á las amenas
Igneas regiones del placer sin tasa.

Júpiter sumo el trono esplendoroso
Dejó, y á Leda en cisne transformado
Sedujo, y á la tiria Europa en toro;

Y en la prisión entrando voluptuoso
De la blanca Danáe, derramado
Sobre ella se deshizo en lluvia de oro!

CORINA

¡Corina! ¡oh Corina! del templo de Vesta
La flor más modesta; no tiembles; tu huida
De nadie sabida será; tú conoces
Mi fe pura:" — " ¡Oh dioses!"

— "¡Cuán bella! del bosque las pálidas ninfas,
Del lago en las linfas la dulce Napea,
No dan una idea de tí, panal fino
Del Hybla:" — "¡Destino!"

"¡Vén, cándido lirio del verde Erymanto;
Orillas del Xanto las sombras fieles
De frescos laureles nos brindan su abrigo;
Vén pronto:" — "Te sigo."

"¿Acaso estás triste que inclinas al suelo
La sien? Alza el velo, levanta esos ojos!
¿Te causa sonrojos la dicha que imploro?
¿No me amas?" — "Te adoro!"

"¡Delicia inefable! ¡Soñada ventura!
Aquí en la espesura frondosa y umbría
Al fín serás mía: lo pido, lo quiero
Corina:" — "¡Me muero!"

— "Las nupcias secretas en himnos süaves
Nos cantan las aves... ¡Desmayas!... La diosa
Tal vez envidiosa.... ¡Qué pálida!.... Yerta!....
¡Oh Diana, está muerta!!...."

———

EN EL MONTE

Morena, desgreñada, con los ojos
Como ascuas ardientes, y la boca
De cinabrio, su aspecto me provoca
De la sangre á los férvidos arrojos.

Azorada me huye entre el boscaje.....
La alcanzo.... Desde entonces, si es de ira
O por amor, lo ignoro, — ella me mira
Sombría, melancólica y salvaje!

LA FLOR DE LA ESPERANZA

¡Oh bella! entre las flores
Que forman tu guirnalda,
Prefiero á las más puras
La flor de la esperanza,
En cuyo tierno cáliz,
En cuyas hojas blancas,
Arrullan dulcemente
Los sueños de tu alma.

Que un día realizados
Se vean, que renazcan
Más bellos cada aurora
Que alumbre tu jornada,
Y que feliz y hermosa
Como esa estrella pálida,
Conserves siempre fresca
La flor de la esperanza.

Á UNA JOVEN RUSA

En mi huerto hay pocas flores,
Niña rubia,
Mas de inocentes olores;
No han ajado sus colores
Sol ni lluvia.

Simples flores campesinas,
Orëadas
Por las auras vespertinas,
De mi vida en las ruinas
Abrigadas.

Al cabello de áureas ondas
Prende alguna,
Por si danzas en las rondas
De las leves *Wilas* blondas
A la luna....

Un mi amigo me ha mostrado
Tu semblanza;
El amigo afortunado
De quien has acariciado
La esperanza.

¡Oh, que linda! Coronada
De esplendores
De la juventud rosada,
Semejas la reina amada
De las flores.

¡Fuente sellada, manante
De consuelos;
Espejo limpio y flamante
Que irradia el azul brillante
De los cielos!

Tu boca al amor convida,
Deliciosa
Fresca granada partida;
En tí desborda la vida
Harmoniosa.

Pero aunque el sentido adules,
Tu alma bella
Brilla en tus ojos azules,
Como entre diáfanos tules
Nívea estrella.

Con ese blanco vestido
Y el rosario
Del cinturón suspendido,
Pareces haber salido
Del santuario.

Quizás (perdón si lo pienso)
Palpitante,
Allí impregnada de incienso,
Implorabas al Inmenso
Por tu amante.

El te recuerda y derrama
Tierno llanto,
Diciéndome: "la reclama
Mi corazón, ¡oh, mi dama!
¡La amo tanto!"

Y agrega —"muero en su ausencia:
Sin su amor,
¿Qué me importa la existencia?
Es un ángel de inocencia,
Luz y flor;

"La deidad de la harmonía,
Soñadora,
Que en sus himnos se extasía,
Y en dulce melancolía
Canta ó llora."

Tu prestigio así he sentido
Desde lejos,
Como el lago adormecido
De algún astro ya escondido
Los reflejos.

¡Y que no te conociera
Flor discreta!
Mas sin verse en primavera
Se adivina en la pradera
La violeta.

¡Casta flor de la alba veste,
Solitaria;
Que cual un perfume agreste
Suba hasta el trono celeste
Tu plegaria!

Dios tu sueño de ventura
Rëalice;
Que tu vida fresca y pura
Como el agua en la espesura
Se deslice!

CELADA

De flores delicadas tu mano blanca y bella
Tejió una red ¡oh Laura! para prender en ella
Al numen que en secreto me acuerda su favor;
Por fin cayó en el lazo, pero cayó dormido;
No extrañes, si despierta, que al verse sorprendido
Para vengarse pida sus dardos al amor.

El canto, me lo has dicho, tu espíritu enajena.
¿Del lago, dí, no temes la pérfida sirena
Que atrae á los viajeros al término fatal?
¿No sabes que en la lira del trovador errante,
Si canta las angustias del corazón amante,
Se aguza de los celos sombríos el puñal?

¿Las Gracias no te han dado su más gentil corona?
¿Ignoras que las rosas marchítanse en la zona
Que inflama audaz el genio con ráfagas de luz?

¿Porqué dar á las musas tan religioso culto,
Si está el dolor á veces entre su pompa oculto,
Como en el prado verde la solitaria cruz?

Sigue antes de la vida las márgenes risueñas,
Salvando los escollos y las abruptas peñas
Que á tu bajel impidan el tránsito veloz:
Si quieres deliciosas, celestes harmonías,
No pidas del poeta las tiernas elegías:
Pulsando tu guitarra, levanta allí tu voz!

EN EL LAGO

¿Ves ese cisne que atraviesa el lago?
Serena así deslícese tu vida
Del mutuo amor al deleitoso halago
¡Oh mi blanca Arsinóe! ¡Oh mi querida!

CELOS

Yonís es bella y orgullosa; há tiempo
Que por celos rompimos nuestros lazos.
Ayer la ví en el circo, — era una reina!
Yo estaba con Alvina,
La egregia cantatriz de ebúrneos brazos,
Blonda romana de expresión divina,
De irresistible hechizo:
Yonís sonriente y desdeñosa, hizo
Su abanico de nácar mil pedazos.

RUEGO

El joyante cabello ensortijado
Desprende ¡oh bella! y el cendal de lino
Vele apenas el seno alabastrino
A inefables caricias reservado.

¿Quién más feliz que yo? Del regalado
Aroma, del cordial y dulce vino
De tu amor, en un éxtasis divino
Todo en blandos delíquios embriagado!

¡Oh mi virgen hebrea, urna olorosa
De mirra y de cinamo, ven ¿qué tardas?
Ven, pues ya en vano mi pasión reprimo;

Y en mi fiebre de amor, púdica, hermosa,
De la viña balsámica que guardas
Templa mi sed con el mejor racimo!

¡LE AMABAS!

Á **

Feliz quien sin amargura
Llega al puerto de salud,
En la dulce plenitud
De una vida fresca y pura!

Aquel del cielo es amado
Que muere joven; triunfal
Rasgando el velo mortal
Sube á su olimpo soñado.

¡Almas nítidas! se alejan
Como una música santa
Que en nuestro espíritu canta
Los recuerdos que nos dejan!....

Tu amigo al alba partió,
Mas roto el vaso de arcilla,
Tu corazón sin mancilla
En su esencia se impregnó.

¡Oh, le amabas! virginal
Lo revela tu alma y llora;
Lágrimas ¡ay! de la aurora
Sobre un marchito rosal!

Reclinada y triste al verte,
En su tumba tan querida,
Se comprende que la vida
Pueda envidiar á la muerte.

Mas no es morir el dejar
Tras el destino precario,
En tu pecho un santüario,
En tu memoria un altar!

———

RECONCILIACIÓN

Ayer en el sarao ¡nunca lo hiciera!
La declaré mi amor; se mostró huraña,
Y pareció con su actitud severa
Alzar entre los dos una montaña.
¡Cómo explicar la sensación extraña
Que sacudió mi ser! — "Perdón", la dije,
El pecho en ira y en dolor bullente,
"Digno es asaz de hallaros indulgente
"Quien conoce su falta y la corrige.
"No veros más prometo; iré rendido
"A ocultar mi derrota en el olvido".

Prometer no es cumplir ¡Fuerza del hado!
¡Tanto la amara yo, tan bella era!...
Quise aun verla una vez, la vez postrera.
Confuso, atribulado,
Sin saber cómo, me encontré á su lado,

Miróme intensamente; los sonrojos
La animaban el rostro de sultana
Y un divino fulgor sus dulces ojos.

— "¿Me guardais aun rencor?" me dijo ufana,
Exhalando su boca deliciosa
Un olor de manzana.
Y luego con el aire de una diosa:
—"Soñé anoche con vos!" ¡Oh amor, presumes
Cual no fué mi impresión! — "Y qué soñabais?"
— "Que rendido á mis plantas me ofertabais
Una copa humëante de perfumes!"

¡NUNCA!

Fría como la aurora se refleja
En mi alma tu cándida hermosura,
Y emana suave un esplendor sereno
De mi esperanza efímera en la tumba.

Sobre ella pasas sin saberlo acaso,
Pues un dulce misterio la circunda,
Cuando, de gracia plena, te diriges
Bella y triunfante al templo de las musas.

No te detengas, nó, si al sauce triste
Ves allí suspendida una harpa muda,
Si del aura el espíritu flotante
Tu dulce nombre en derredor pronuncia.

Cual una virgen druida que se interna
De la sagrada selva en la espesura,
Así te ví pasar en mis ensueños
Al rayo azul de la argentada luna.

A tu presencia una ilusión celeste
La lobreguez de mi destino alumbra:
Enajenado derramé á tus plantas
De ámbar y nardo mis colmadas urnas.

En el cielo fijaste la mirada
Sublime — y tierna y pálida y confusa,
Extendiendo hácia mí la nívea mano,
Con voz sentida me dijiste: — Nunca!....

¡Nunca!.... la noche oscureció mi alma,
La noche del dolor y de la culpa,
Y el harmonioso genio de mi vida
Se perdió sollozando entre la bruma.

En las espinas del camino agreste
En girones dejó la blanca túnica;
Al viento deshojóse la guirnalda
Con que al verte ciñó su frente augusta.

Hosca la suerte en mi existencia estéril
Esparció afán: un cántico es la tuya
Que las flores brillantes del olimpo
Con esencias suavísimas perfuman.

Límpida mana y virginal la fuente
De tus días azules: allí arrullan
Los cándidos amores, y en sus aguas
Bañan risueños las nevadas plumas.

Sigue, pues, esquivándote á mi afecto,
Soñadora vestal tu fácil ruta,
Y que el pesar á cuya sombra vivo
Las rosas de tu sien no agoste *nunca*!

A NYDIA

Todo acabó; extinguida
La antigua llama siento;
No exhale ni un lamento
Mi altivo corazón.
Que el más profundo olvido,
Rasgada ya la venda,
Sobre mi amor extienda
Su fúnebre crespón.

¡Oh, cuánto te adoraba!
¿Porqué no confesarlo?
Cautivo sin pensarlo
Me vi de tu beldad;
Y hoy mismo que me ofendes,
Si he roto mis cadenas,
A costa de hartas penas
Compré mi libertad.

¡Soy libre! Hinche mi vela
El huracán ¡oh Nydia!
Quizá tengas envidia
De la perdida fé.
Yo al menos no he enturbiado
La fuente refrescante
En que rendido amante
Tu imagen adoré.

¿Porqué tiernos recuerdos
Me asaltan de otros días,
Flotantes harmonías
De un canto que expiró?
Aun cuando el sol se esconda
Tras las nevadas cumbres,
Revelan sus vislumbres
Que fúlgido pasó.

Pasó; densa neblina
Me cerca y noche triste;
Tú en el festín rompiste
La copa al desbordar.
Me han dicho que aun te acuerdas
De nuestro amor intenso,
¡Qué mucho! del incienso
Imprégnase el altar!

Si fuera vengativo
¡Que más dulce venganza,
Dejar de mi esperanza

Las huellas en tu edén,
Y que tu adusto dueño
A quien su dicha asombra,
Pasar viese mi sombra
Por tu anublada sién!

Mas, nó, nada perturbe
Tu misteriosa calma.
¿A qué agitar la palma
Que cobijó mi amor?
Olvídame, y que el cielo
Dé paz á tu existencia;
Yo guardaré la esencia
De la marchita flor.

CONTESTACIÓN

Á UN AMIGO HELENISTA

¡No conoce el amor mi casta musa!
¡Ay! y al viento flotando el manto griego,
Sube al Olimpo, de su sed el fuego
A apagar en la fuente de Aretusa! (*)

¡No conoce el amor! y el harpa usa
Tierna y vibrante al amoroso ruego,
En tanto que ya náufrago navego
Corriendo en pos de mi esperanza ilusa!

(*) *Aretusa:* ninfa de Élida, bañándose un día en el Alfeo, inspiró amor al Dios del río. Para escapar á su persecución imploró el socorro de Diana, que la transformó en una fuente.

Tú que cantando surcas del Iliso (*)
Las ondas de cristal, llega sin susto
Al puerto en que soñaste un paraíso.

Y allí mientras invoco al Dios de Klaros, (**)
Feliz, á Venus alza un templo augusto
De mármol fino de la blanca Paros.

(*) *Iliso:* arroyo que nace en el Himeto y va á expirar cerca de Atenas en el golfo de Egina.

(**) *Klaros:* ciudad de Lidia en la desembocadura del Aleso, cerca de Colophón. Célebre en la más remota antigüedad por su templo de Apolo.

CONSTANCIA

Aunque ingrata me olvidas, te reserva
Un recuerdo mi pecho infiel Gulnara,
Pues de constancia en su dolor presume.
Así la urna de cristal conserva
De las ricas pastillas que guardara
Con llave de oro, el oriental perfume.

Luisa, la vida se va, muy lejos
Nos encontramos de nuestro edén;
Mas tú aun conservas suaves reflejos
De la hermosura que en tí adoré.

Yo.... ¿No te asombra que cambio? Mira,
Blanco el cabello, mustia la faz;
Flamea apenas la antigua pira
Que ardió en las aras de tu beldad.

¿Te acuerdas? ¡Blanda, tierna memoria!
Mucho te quise, mucho; veraz
En tí cifraba mi fe, mi gloria,
De frescas flores orné tu altar.

Después.... Absuelto por tu sonrisa
Callo; soy reo de amor, lo sé —
Pero en el fondo del alma, Luisa,
Créeme, lo juro, te he sido fiel.

Hoy mismo absorto cuando te veo
Mi pecho amante palpita aún;
Tras tus encantos vuela el deseo,
Lloro perdida la juventud!

¡Ay! ya sus días de oro pasaron,
Raudos pasaron, no volverán!
Uno tras otro se desgranaron....
Como las perlas de tu collar.

En el descenso de la colina,
Cuando en la tarde se oculta el sol,
En esta hora dulce y divina,
¡Cómo recuerda mi corazón!

Con tu mantilla negra en el templo
Puesta de hinojos, pura, idëal,
Tus nobles gracias mudo contemplo:
Todo embozado te sigo audaz.

Oigo los ecos de tus *romanzas*,
Siento en mi seno vibrar tu voz,
Con que halagabas mis esperanzas
Cantando al piano trovas de amor.

Aun creo verte pálida, esbelta,
En las plateadas noches de Abril,
La cabellera de ébano suelta,
Venir furtiva por tu jardín.

Veo las ondas de tu ropaje
Flotante y leve, de blanco tul,
Cuando cruzabas entre el ramaje,
Como una sombra, como un querub!

Yo te esperaba, y á tu presencia
Caía amante, mudo, á tus pies.
Solo escudada por tu inocencia,
Ante ella humilde me prosterné.

Luego.... tú sabes... fué aquello un sueño...
Vino la ausencia, vino el afán;
Soltando el lino, mi frágil leño
Lancé á las olas bravas del mar.

Muchas han sido mis aventuras:
Náufrago, errante, triste ó feliz,
En mis desdichas, en mis venturas,
Visión celeste cruzar te ví.

Tú coronaste mi primavera,
La musa fuiste de mi laúd,
De mi desierto verde palmera,
De mi tiniebla cándida luz.

Bálsamo han sido de mis heridas
Las dulces lágrimas de tu amistad;
Mis ilusiones descoloridas
Por un instante refrescarán.

Hoy que de paso te encuentro bella
Como un ensueño, perdonamé
Si te importuno con mi querella:
Piensa que es esta la última vez!

Sigo mi viaje penoso y largo;
Bien pronto acaso llegaré al fín:
Que no se mezcle nada de amargo
En los recuerdos que hagas de mí.

Cual de una estrella, del mar en calma
Brilla hasta el fondo vivo el fulgor,
Tu casta imagen llevo en el alma —
¡Oh! no me olvides ¡adiós! ¡adiós!

(*) EPIGRAMAS Y COMPOSICIONES DIVERSAS

(TRADUCCIÓN)

Á MIGUEL NAVARRO VIOLA

Estos humildes versos
Acepta, caro amigo:
Son fruto de una noche
De insomnio y de martirio.

Doliente, llamé al genio
De Atenas en mi auxilio,
Y el genio harmonioso
A mi reclamo vino.

(*) *Epigrama*, cuya acepción etimológica es *inscripción*, llamaban los griegos á un género de composición poética que como el madrigal de la poesía castellana "encierra un pensamiento fino, delicado, tierno ó galante, expresado con gracioso ingenio y concisión". Refiérese la dedicatoria á los diez primeros epigramas que la siguen, publicados en el número 6o de la "Revista de Buenos Aires", de que el afamado jurisconsulto y literato doctor D. Miguel Navarro Viola fué desde su fundación uno de sus distinguidos directores.

Cultor tú de lo bello
Y amante de lo antiguo,
Comprenderás sintiera
Con su presencia alivio.

Fué así; dióme el consuelo
De sus celestes himnos;
Del quebrantado cuerpo
Triunfó numen olímpico,

Y al visitarme, flores
De su sagrado tirso
Me regaló, cogidas
Al margen del Cefiso. (*)

No ignoro que en mis manos
Su pompa han deslucido:
Jamás tiene el reflejo
Del rayo el puro brillo.

Pero si acaso en ellas
Hallases un vestigio
De su pristina gracia,
De su frescor nativo —

(*) *El Cefiso:* río de la antigua Grecia que corría á las inmediaciones de Atenas.

No habré soñado en vano
La patria que amó Píndaro,
Y en que la dulce Erina (*)
Se coronó de mirto.

(*) *Erina:* famosa poetisa de Atenas, amiga y discípula de Safo.

(PABLO EL SILENCIARIO) (4)

¡Cuán dulce es la sonrisa,
Amigos, de mi amada, y cuán süaves
Las lágrimas que vierte sin enojos
De sus rasgados y brillantes ojos!
Ayer no más, sin ocasión precisa,
Sin el menor motivo, la alba frente
Reclinada en mi hombro, entre sonrojos
La sentí que lloraba tiernamente.
Díla un beso. Cual lluvia matutina
Su purísimo llanto deslizaba
En dulces perlas por su faz divina.
¿Porqué, la dije, lloras? ¿Qué te hice
Para que así te quejes
Mi blanca Berenice?
— "Porque temo, repuso, que te alejes,
Pues vosotros volubles como el viento,
Raras veces guardais un juramento".

(RUFINO)

Tus encantos la edad no ha desflorado
Bella Praxila. Aun guardas las señales
De la esplendente juventud. Tus gracias
No desmayan. Las rosas de tu seno
Conservan su frescura, su perfume.
¡Ah, cuántos corazones no abrasaron
Tus ojos, animados en un tiempo
De interna llama y de fulgor celeste!

(POSIDIPO)

¡ h ánfora de Cécrops! (*)
Tu báquico rocío
Derrama, y que á torrentes
Corra el licor de *Chios*. (**)
Yo por los convidados
Lleno de gozo brindo.
¡Silencio, Zenón, (***) cisne
Del Pórtico! — Más vino!
Y tú, musa de Cleanto, (****)
También silencio, digo.
A Amor hacemos solo
Nosotros sacrificios;
Amor, infante alado,
Tan cruel como divino.

(*) *Cécrops:* fundador de Atenas.

(**) *Chio* ó *Chios* (léase Quio) isla del archipiélago griego.

(***) *Zenón:* filósofo fundador del estoicismo, daba sus lecciones en el Pecilo llamado después el Pórtico de Atenas.

(****) *Cleanto:* discípulo y sucesor de Zenón.

(ASCLEPIADES)

Jugaba un día yo con Hermïone
La fácil hermosura, en el recinto
De un bosque de granados. Como Venus
Llevaba en flores recamado el cinto,
En que leí, siguiendo á la que adoro,
Esta inscripción en caracteres de oro:
Consérvame tu amor, sin que te espante
El verme acaso en brazos de otro amante.

———

(POSIDIPO)

Para admirar de Irenium la hermosura,
Los rosados, alígeros amores,
Dejaron aspirando á tal ventura
De Cípris la morada de esplendores.
¡Qué ramillete de preciosas flores
De la cabeza al pie! Perfiles raros
En perfección, en púdica harmonía,
Delineaban sus formas idëales.
Del exquisito mármol que dá Paros
Una estatua eminente parecía
Llena de dulces gracias virginales,
Impregnadas de noble poesía.
En esparcir su llama nunca parcos,
Al verla los amores arrojaran
De la purpúrea cuerda de sus arcos,
Y al corazón derechas,
Una lluvia mortal de agudas flechas.

(RUFINO)

¿ no te lo decía, Prodicea:
"Vamos á la vejez? ¿No te he advertido
Que sea como sea,
Cuando aparece la primera arruga,
Viene el momento nunca asaz temido,
En que el voluble amor se pone en fuga?
Llegaron ya la marchitez, las canas;
Ya la boca divina
No compite en frescor con las manzanas;
Los encantos de ayer están en ruina.
¿Quién á la altiva hermosa en su descenso
Se acerca aún sumiso á tributarla
Nubes de rico incienso?
¿Quién va á sus pies rendido á suplicarla?
¡Oh! Prodicea! el templo se derrumba
A tu beldad un día consagrado.
Hoy pasamos tranquilos á tu lado
Como ante el frío mármol de una tumba.

(MELEAGRO)

Bien sé que has traicionado
Mi fe, lo están diciendo
Tu traje mal prendido,
Tus húmedos cabellos.
En tu mirada opaca
Por el insomnio, veo
La sombra del delito
Sobre tu frente impreso.
Esa guirnalda mustia,
Ese rasgado velo,
Que vienes de la orgía
¿No venden el secreto?
Tus despeinados bucles
Revelan desde lejos
Que enamoradas manos
Recreáranse con ellos.
Vacilas, se doblegan
Con languidez tus miembros;
Impuras libaciones
Turbárante el cerebro.
Mujer liviana, vete.
¿No escuchas el estruendo
De alegres castañuelas,

De risas y de besos?
¡Sí, vete, que lascivo
El crótalo de nuevo
Te llama, y nunca vuelvas,
Pues verte más no quiero.

(ANTIPATER)

Pobre manzano, al borde del camino
Plantado, los rapaces me apedrean,
Blanco de sus pueriles travesuras.
Mis verdes ramas con tesón dañino
Van siendo quebrantadas;
Aquellas sobre todo que se arquean
Al peso de las pomas ya maduras
De que con lujo y pompa están cargadas.
¡Qué presta el ver un árbol peregrino,
Con pingües atributos,
Fecundidad, verdor, frescura y gracia,
Si la causa fatal de su desgracia
Es la misma excelencia de sus frutos!

(MELEAGRO)

De alhelí blanco, de azafrán süave,
De purpúreos y cándidos jacintos,
Con violetas silvestres matizados,
Y caléndulas y húmedos narcisos,
A que junté solícito las rosas
Tan gratas al amor, y el verde mirto;
Una fresca guirnalda rocïada
Del matutino aljófar he tejido,
Por que esmalte en la frente de Arsinóe
El oro perfumado de sus rizos.

(AGÁTHIAS)

¡Oh mi novia! te traigo aquí esta cinta
Bordada con primor en fondo de oro;
Con ella adorna tu cabeza airosa,
Y porque aun aparezcas más hermosa,
Cubra tu ebúrnea espalda esa mantilla,
Que con gracia sencilla
Replegarás, velando el níveo seno
De castidad y de ternura lleno.
Al modo de las vírgenes la lleva.
Mas oye mi deseo
Ya que á decirlo con rubor me atreva:
Que pueda el himeneo,
Pues todo se concilia
Al calor celestial de tus cariños,
Rodëarte feliz de hermosos niños,
Que son flores de estío en la familia.
Y entonces en mi anhelo,
Te ofreceré un sutil y blanco velo,
Y una banda argentada
De riquísimas piedras recamada.

(FILODEMO)

"Sé amar á quien me ama,
Mi bella; pero entiende
Que sé del mismo modo
Morder á quien me muerde.
No más me apesadumbres
En mi pasión ardiente,
Ni excites de las musas
Resentimientos crueles".
Siempre esto te decía;
Mas tú sorda á mis preces
Como la mar de Jonia,
Me contrariabas siempre.
Al fin te llegó el turno;
Llorar, quejarte puedes:
Yo en brazos de Naías
Me embriago en el deleite!

(MARCUS ARGENTARIUS)

Aunque dormida exhalas los perfumes
Más ricos de la Arabia ¡oh bella Isías!
Despierta á recibir esta corona
Para tí por mi mano entretejida.
Sus flores recién abren; mas apenas
Despunte el alba las verás marchitas:
Emblema de los rápidos placeres
De la humana existencia fugitiva.

(MELEAGRO)

¡ h! de Tymo qué bellos
Son los crespos y fúlgidos cabellos!
¡Qué ricas las sandalias de Heliodora!
De Demarión gentil ¡cuán perfumado
El pórtico labrado!
¡Y cuán encantadora
La plácida sonrisa de Anticlea
La de los grandes ojos! ¡Qué frescura
Tienen de la preciosa Dorotea
Las coronas! No, amor, tú carcax de oro
No guarda dardos ya, dardos que adoro,
Pues clavaste travieso y delirante
Tus flechas todas en mi pecho amante.

(PABLO EL SILENCIARIO)

No ha menester coronas
La rosa, ni tú velos
Bordados, ni escofietas
Con piedras, ni aderezos.
Las perlas menos blancas
Son que tu tez; tus crespos
Al oro fino vencen
En desaliño espléndido.
El índico jacinto
Destella oscuros fuegos,
Mas no tan vivos brillan
Como tus ojos negros.
Tu boca, tu divino
Talle harmonioso, esbelto,
En sí el poder encierran
Del ceñidor de Venus.
Tan cándida belleza,
Hechizos tan perfectos,
Me traen anonadado
Y absorto en mi embeleso.
Tus ojos solo pueden
Dar á mi vida aliento,
Pues dulce la esperanza
Se ha refugiado en ellos.

(MELEAGRO)

Sí, mi boca lo jura
Por la rizada Tymo, la hermosura
De bucles amorosos, y de Demo
Por el marmóreo cuerpo perfumado,
Cuyo aroma celeste
Con delicia los sueños ha encantado;
Y hasta jurar no temo
De la graciosa Alceste
Por los juegos amables, y por este
Velón, que cada noche vigilante
Oscila al son de mi canción amante;
Que en los labios tan solo un leve aliento
Me has dejado ¡oh amor! Mas si lo quieres,
Habla, y aun ese soplo, en tus placeres
Lo exhalaré gustoso en el momento!

(MELEAGRO)

De gozo ha sonreido
La copa que libara el elocuente
Labio de la hechicera Zenofila.
¡Cúanto envidio el placer que le ha cabido!
¡Oh, si su boca que la miel destila,
Aplicando á la mía febriciente
Quisiese, del amor sublime palma,
En una aspiración beberme el alma!

(ANTIPATER DE TESALIA)

A la sagrada sombra de tus selvas
Nueve mujeres ¡oh Helicón! nacieron,
Que homenajes y ofrendas merecieron
De los mortales y los dioses. Ellas
Sus liras inspiradas,
A los combates consagraron bellas;
Al amor, á la gloria,
De las dichas pasadas
A la blanda y ternísima memoria.
Es el astro de Lesbos, Safo ardiente,
Brillante faro de poesía: Erina
De hermosura esplendente,
Y Myro peregrina:
Telesila, que célebre entre todas
Cantó la patria en entusiastas odas:
Myrtis la del acento melodioso:
Rival de Homero, Anyta:
Nósis que al alma imprime
Con ternura infinita,
El sentimiento dulce y amoroso
Que la sumerge en languidez sublime.
Y la viva Praxila. Hermosa y fiera
Corina la guerrera,

Que la égida de Palas con que el seno
De virgen se cubriera en la batalla,
Cantó con estro ameno
En que su genio audaz brilla y estalla.
Todas ellas dulcísimas mujeres,
Artífices supremas de placeres
Eternos, de deleites celestiales,
Y de harmoniosos himnos inmortales.

(DAMÓCARIS)

DIRIGIÉNDOSE AL RETRATO DE SAFO

¡Cuán bella es! ¡Qué llama vivaz brilla
De fantástico ingenio en su mirada!
¡Qué exactas proporciones
Y expresivas facciones!
¡Qué índole en bondad tan extremada!
Tanto fuego y dulzura confundidos
Por la naturaleza, del artista
Modelo, pensar hacen á su vista
Que la ninfa de Lesbos gentil sea
A la vez una musa y Citerea.

ODA DE SAFO Á VENUS

Mi pecho ¡oh Reina del amor voluble!
No atormentes con bárbaros suplicios.
¡Diosa inmortal, de Jove augusta hija,
No tu rigor me aflija!
Perdóname! tus crueles artificios
Me han contristado tanto,
Que el raudal desataran de mi llanto.

Tú sabes los pesares punzadores
Tan intensos y largos,
Los disgustos amargos,
Los atroces dolores
Que el corazón me traen despedazado
En tus voraces llamas abrasado.
En otro tiempo me escuchabas! Antes
Atenta á mis desvelos,
Acogías mis votos suplicantes,
Y propicia dejabas por instantes
El atrio esplendoroso de los cielos.
Tu celeste bondad me preguntaba
Quién era el cruel á mi pasión tan caro,

Largo en desdenes y en ternura avaro,
Que mi deseo juvenil burlaba!
¡Ah, cuánto me agradaba
Oír tu dulce acento,
Cuando me prometía
Que de mi inmenso amor me olvidaría!

Me decías: — "Él huye, y tu lamento
"Le irrita más que á compasión le empeña;
"El lloro enjuga; ha de volver hambriento
"De los ardientes besos que hoy desdeña.
"Por solo una mirada de tus ojos,
"Una sonrisa tuya, de tu lira
"Por una dulce endecha,
"Le verás cual suspira.
"Entonces sin curar de sus enojos,
"Sorda á sus preces su pasión desecha.
"Arrogante, insensible, dura, altiva,
"Ya le has de ver sumiso, prosternado.
"Desdéñale á tu vez, Safo....que es esa
"La caprichosa ley que Amor profesa."

— ¡Ah! torna, torna al ruego compasiva,
Y en mi pecho que llora su mudanza
Derrama la esperanza.
Por mí que aun hagas más mi fe pretende:
Reanuda de mi amor los lazos rotos,
Devuélveme al ingrato que en mí enciende
Tu llama ¡oh Venus! al mortal amado
De mí desamorado,
Y á quien reclaman mis ardientes votos!

ODA DE SAFO Á UNA MUJER AMADA [5]

Rival es de los dioses el mancebo
Que de tí en frente tu beldad contempla,
Y escucha de tu voz embelesado
Resonar la harmonía.

Sonríes, y mi pecho se conturba,
El corazón me late, desfallezco;
Si te miro, mis labios al instante
Convulsos enmudecen.

Se pega al paladar mi lengua; cunde
Súbita llama por mis venas; fija
La mirada, la vista se me anubla;
Zúmbanme los oídos.

Frío sudor mi sien que palidece
Cubre, y mis miembros trémulos, crispados;
Lívida, sin aliento, anonadada,
Me desmayo, me muero!

(SAFO)

Salve, cándida estrella, de los astros
El más rico en destellos divinales!
Tú das todo á los pálidos mortales,
Benigna en tu esplendor: —
La paz al hombre vuelves, al aprisco
La oveja, á su cabaña la pastora,
Y del deleite la inefable hora,
¡Salve, oh fanal de amor!

(CAMELEÓN DE HERACLEA)

ANACREONTE

El niño Eros en el aire vano
Sobre la sien del vate está pendiente:
Juguete de oro y púrpura, liviano
El globo aéreo que lanzó su mano
A caer viniera en mi laureada frente!

"¡Vén, Anacreonte, vén! Quiero que vayas
Conmigo á ver á Safo que te espera
A tí solo de Lesbos en las playas."
Seguí al infante por la azul esfera.

¡Ay! de Lesbos la hija,
Sobre el cabello un día renegrido
Que inexorable el tiempo ha emblanquecido,
Una mirada de desprecio fija.

— "¿Anciano, qué me quieres? Mi sonrisa,
De la lira los goces infinitos,
Los guardo, del amor sacerdotisa,
Para más rozagantes favoritos."

(ANYTES)

INSCRIPCIÓN GRABADA Á LA ENTRADA DE UNA GRUTA

Pasajero! tus miembros fatigados
Extiende aquí. Murmullos harmoniosos
Agitan el follaje: un raudal puro
Templa el bochorno del ardiente día.
Tu sed apaga en él ¡oh peregrino!
Y en esta gruta plácido descansa
Hasta ocultarse el sol tras la colina.

FIN DE LAS POESÍAS GRIEGAS

Sra. PILAR SPANO DE GUIDO

A MI MADRE

Buenos Aires, 1863

Una voz interior, un himno grave,
Vibra en mi seno ¡oh madre! sin cesar,
Ora navegue en lago azul mi nave,
Ora con furia la quebrante el mar.

Inefable poema que no alcanza
Lengua mortal ninguna á traducir,
En que se alza pura tu alabanza,
Mirra celeste en urna de zafir.

Tu nombre en sus concentos repetido
Se confunde á la esencia de mi ser,
Que de tu amor en la onda sumergido,
Su savia siente y su vigor crecer.

¡Cuánto te debe mi cariño! ¡oh cuánto!
De mi cándida fe fuiste el crisol;
Mi desnudez cubriste con tu manto,
Floreció nuestra viña al mismo sol.

Ajenjo luego me ofreció el destino,
Más rico de tu afecto maternal,
Por escarpadas breñas cristalino
De mi existencia correrá el raudal.

Tú le alimentas; viva, centellante,
Miras en él tu imagen resurgir.
Si lloras, se estremece sollozante;
Desborda alegre al vèrte sonreír.

En tanto, mi labor se esteriliza
En la marchita mies; la tempestad
El fruto de oro convirtió en ceniza,
La sombra amiga en densa oscuridad.

Pero mientras á tientas ando en ella,
Entre celajes, firme ante tu cruz,
Tú me apareces apacible estrella,
Y conforme es mi noche así es tu luz.

En tal sazón, un viento harmonïoso
Tráeme un suave frescor de la niñez;
Dame bríos tu aliento generoso,
Tu piedad, tu ternura, tu altivez.

¡Digna altivez! Jamás el desconsuelo
Te abatió, ni la faz del opresor;
La noble sangre de mi heroico abuelo (6)
Acrisola en tus venas su fervor.

En delicado cuerpo alma romana,
¿Quién te vió nunca el cuello doblegar
Á la fortuna cruel, cuando inhumana
Vino á sentarse en el desierto hogar?

Tu voz nos animaba en lontananza;
En la derrota, en el pesar, tu voz:
"Tened, hijos, decías, confianza
En la virtud, la libertad y Dios".

Madre! he salvado aunque caïdo entera
La fe inspirada en tan supremo bien;
Ciñan otros al fin de la carrera
Con la corona olímpica su sien.

Yo buscaré refugio en el santuario
De tu inviolable afecto maternal;
Como el humo de místico incensario
Remontará mi alma al ideal!.....

Con mi esposa y mis hijas bajo el techo
Paterno me asilé: náufrago, en tí
Mi mente se fijó, y en tal estrecho
Confortado á tu sombra me sentí.

Prolífico del tronco el jugo parte
Que da á la fronda su verdor; vivaz
En la yema, en el fruto se reparte,
Y aquel se ostenta espléndido y feraz.

Así tú nos animas, y lozanas
Crecen tus nietas, vívido festón
Que esmalta la diadema de tus canas,
Cuya nieve no alcanza al corazón.

Díganlo, sí, la viuda, la plegaria
Del niño — el pobre, el forastero en fín,
A quien sentaste un día hospitalaria
De la familia al gárrulo festín.

¡Cuántas veces amparo el fugitivo
Halló en tu casa, en medio al huracán
De la guerra, y con pecho compasivo
Le diste á un tiempo lágrimas y pan!

Bella en la juventud, otra belleza
Más augusta adquiriste con la edad:
La aurëola de ingénita grandeza,
De la virtud la excelsa majestad.

¡Oh, mil veces feliz de haber nacido
De tal madre! ¿Qué importa que el turbión
Derrocando á los fuertes haya hundido
Mi esperanza en el polvo y mi ambición?

Salvando el alma el círculo pequeño
De la vida, mi abismo sé medir;
Sé despreciar la vanidad del sueño
Que me pintó brillante el porvenir.

La fortuna no elige sus privados;
Disputarla á menudo es vano afán
A la turba rüin de los menguados,
Que á su carro en tropel uncidos van.

Jamás quemé mi incienso en sus altares,
Ni á ídolos viles trémulo adoré.
Tuya es la miel que dan mis colmenares
Para tí, dulce madre, la guardé.

¡Cosecha escasa á mi afanar! Empero
Recogida con limpio corazón,
Que á manera de un címbalo de acero
Produce al golpe el repentino son.

La llama de tu ingenio en mí oscilante
Me alumbra; mi agostada juventud
Aspira en sus rüinas humeante
El aroma vital de tu virtud.

Allí tienes tu altar; modestas flores
Le adornan, que á la aurora recogí;
En sus gradas, del tiempo á los rigores,
Con nobles pensamientos me adormí.

En tí se encierra mi fruición, mi gloria;
Tu aplauso y nada más ardiente ansié;
El templo de mi fama es tu memoria,
Mi prez la flor que doblegó tu pié.

Corra humilde mi vida, oscura, exigua,
¿Qué dá? Brillo, poder, vana ilusión!
Guarde yo de tu amor la llama antigua,
Alce la mente á la inmortal región —

Y aquel himno inefable que no alcanza
Voz ninguna en la tierra á traducir,
Le sentiré cantar con mi esperanza,
Y hasta en la fría tumba le he de oír.

———

Pues un recuerdo pides,
Un acorde á la lira,
Oye este simple cuento y no le olvides,
Que es solo para tí graciosa Elvira.
Y si tienes empeño
En conocer el cómo le he aprendido,
Te diré que una vez adormecido,
En una fresca gruta, al halagüeño
Murmullo de un raudal cuya agua rica
La palmera abanica,
Me le contó al oído
Un silfo volador durante un sueño.

En un valle risueño
Donde del sauce á la movible sombra
Se guarecen las tímidas violetas,
Desparramados por su verde alfombra
En uniones secretas,
El tomillo, la salvia y el cantueso;
Bañada toda en ámbar y ambrosía,

Una rosa se erguía
De la aurora naciente al primer beso.
El aura en grato arrullo
Columpia y acaricia su capullo,
Y en sus rápidos giros,
Al cruzar por el prado
Recogiendo su aliento embalsamado,
La lleva de otras flores los suspiros.
Pero esquiva la bella
No atiende su dulcísima querella;
Ni abrió el virgíneo cáliz sino cuando
Un destello de sol, trémulo y blando,
Bajó furtivo á reflejarse en ella.
Jamás rayo tan fino
A través de la atmósfera azulada,
Penetró de una rosa enamorada
El seno coralino;
Ni es fácil, dijo el silfo, que se halle
Más tierna flor en el frondoso valle.
Del reflejo divino
Fué tal en ella la fecunda influencia,
Que desplegó sus gracias peregrinas,
Dióla el rubor y refinó la esencia:
Aun dicen que perdiera las espinas.

De sus brillantes galas
Alarde haciendo, al verla, voluptuosas,
Dejando en ella el polvo de sus alas,
La besan al pasar las mariposas;
Y en sus hojas bermejas,
Que la aurora purpura
En la estación amena,

Liban miel perfumada las abejas
Para el rico panal de su colmena.

Mas ¡ay! cuán poco dura
De las flores la efímera hermosura!
Pues vino á ser que luego
¡Misterios de la suerte!
El mismo casto fuego
Que su calor vital la transmitía,
Con su aroma su espíritu absorbía,
Dándola oculta en el placer la muerte.
Así el fúlgido rayo
Que su ser fecundara la consume;
Débil se inclina y en mortal desmayo
La breve flor con que se adorna Mayo,
De fresca ya ni de gentil presume.
Su más rico perfume
Dió al expirar; en la campiña agreste
Le esparcieron las auras; y las flores
Temerosas quizá de igual fortuna,
En secreto se cuentan sus amores
Al resplandor de la silente luna.

Así decae, Elvira,
La inspiración que enciendes en el alma,
A grato incienso religiosa pira.
En verte resplandece,
Mas si columbra del amor la palma,
Ya no canta, suspira;
Lánguida sueña, mustia desfallece,
Y al fulgor de tus ojos dulce expira.

¿PORQUÉ NO DECIRLO?

Si tú no te ofendes ¿porqué no decirlo?
Escucha en la vega montuosa del mirlo
Que gime, el reclamo.
Mi voz á tu oído más blanda resuene,
Y el harpa vibrante sus cuerdas estrene
Diciendo ¡te amo!

Te amo, sí, adoro tu augusta hermosura.
En tí no hallo mancha; tu frente es más pura
Que el velo que labras.
En ella reflejan los nobles instintos.
Tus manos colmadas están de jacintos,
De miel tus palabras.

¡Porqué no me es dado decirte: mi vida
Corrió como el agua que mana escondida
Del bósque en el fondo;
Jamás las espinas rasgáronla el manto.
Tú sola formaste su gloria, su encanto,
Mi bello ángel blondo!

Mas ¡ah! desbordando mi loca existencia
Despéñase rauda. La paz, la inocencia,
Perdió delirante:
¡Perfume del alma serena y sencilla!
¡Dulcísimo vino que el vaso de arcilla
Derrama espumante!

Las rosas bermejas que orlaron mi frente
Ya están deshojadas. Nublóse mi oriente
De sombra importuna.
Tú sola fulguras en medio á sus nieblas,
Cual brilla en el ara de un templo en tinieblas
Filtrando la luna.

Ingenua, modesta, más tierna que un niño,
Lo sé, no merezco tu dulce cariño,
Tus castos favores.
La fuente sellada que cerca el granado
Y el mirto no es mía, ni el huerto cerrado,
De místicas flores.

¡Deleite divino bañarse en su aroma!....
Pero huye las sirtes la blanca paloma
Que arrulla en las palmas.
Al menos mis ojos contemplen su vuelo,
Y un día sus alas encumbren al cielo,
Un ángel, dos almas!

CLARITA

Como ayer preguntara por Clarita,
Me contestaron con tristeza: ¡ha muerto!...
Lirio á la aurora apenas entreabierto,
Que el ábrego glacial dobla y marchita.

¡Pobre niña! de angélica pureza,
De mansedumbre, de candor modelo;
Flor en la tierra, espíritu en el cielo;
Recién su vida en el sepulcro empieza!

Me dicen que tranquila se ha dormido
Como un infante, y que expiró sonriendo,
Con júbilo tal vez apercibiendo
De sus ensueños el edén florido.

¡Oh Clarita gentil! vaso de aroma,
¡Cuán pronto desbordando te quebraste!
¡Cuán temprano tu vuelo remontaste
Al firmamento azul, tierna paloma!

¡Y te has partido! ¡Y tu beldad es ida!
¡Ay! si mi acento con dolor te nombra,
Sigue mi alma el rastro de tu sombra,
Aspirando el perfume de tu vida!

MÁRMOL

¿Veis ese mármol palpitante, ¡oh Lydia!
En sus finos contornos tan correcto?
Pues á fuerza de ser noble y perfecto
En vez de admiración causara envidia.

Quién le censura con velada insidia,
Sin poder precisar nunca el defecto;
Quién á las obras del cincel afecto,
De sus mismos primores se fastidia.

"Aquí está", dice, "el genio comprimido
En el molde de un arte cuyo encanto
Brilla cual luz fosforescente y fatua."

¡Oh, dejadle pasar! No ha comprendido
De lo sublime el gran secreto: en tanto,
Augusta en su beldad se alza la estatua

Al margen de una fuente
Bebedero á palomas y zorzales,
En el valle feraz verde-esmeralda
Crece una nívea rosa aisladamente,
Que la aurora en sus fiestas orientales
Prendiera del estío á la guirnalda.

Con su abanico azul el aura leve
La acaricia, y el agua desbordante,
Esparciendo en redor grata frescura,
Dále espejo brillante:
Siempre fuera adulada la hermosura.

¡Flor princesa del seno alabastrino,
Mística flor! Purpúreas y lozanas,
Al rayo matutino
Descogen el capullo sus hermanas.

Coronan luego en el festín la frente
De la ardorosa juventud: fragantes
Las ánforas del vino efervescente
Ornan, y las vibrantes
Ebúrneas liras al amor templadas;
Cayendo deshojadas
En las nectáreas copas espumantes,
Entre risas y besos escanciadas.

¡Y la silvestre rosa! ¿Qué tristeza
Desvaneció en su faz descolorida
El esplendor de vida,
La llama carmesí de su belleza?
¿En límpidos albores,
De los genios del aire preferida,
Pálida aguarda el divinal sahumerio
Que la consagre reina en su pureza?
¡Quién decirlo podrá si en el imperio
Reservado á las flores
Todo es adoración, todo misterio!
Quizá de alguna virgen que en la ausencia
Del ingrato amador, cual frágil vara
De nardo se tronchara
En plena florescencia,
Guarda en el cáliz la exquisita esencia.
Acaso á los dudosos resplandores
Del día que fenece,
O en las noches de luna, apaciguados
Los campestres murmullos, se adormece
Por la brisa arrullada, y palidece
Soñando con los lirios azulados.

. . . . . .

¡Oh tímidas doncellas!
¡Veladas novias, almas elegidas!
Cuando al morir la tarde distraïdas
Vagueis por el jardín, blandas querellas
A solas recordando enternecidas;
Vestales que guardáis el sacro fuego
Del amor que os consume
Como un suave perfume,
Para gozaros en sus triunfos luego, —
Vuestras frentes radiosas,
Bajo el velo ceñid de blancas rosas!...

Á EDDA

Sí, resonante, briosa, apasionada,
Tu voz se derramó como un torrente,
Dejando la memoria eternamente
De tu amor en tus versos consagrada.

Fué así que cantó Safo; sus acentos
De Léucades murmuran todavía
En las rocas, con honda melodía,
Y de la Grecia clásica en los vientos.

¿Qué numen encendió la ardiente llama
Con que tu vida férvida iluminas?
¿Quién te inspiró las trovas peregrinas
En cuyas alas se encumbró tu fama?

Edda inmortal! los genios en la cuna
Sin duda que tu sien acariciaron,
Y sus himnos más tiernos te enseñaron
Al divino fulgor de la alba luna.

El eco de tu lira á mi retiro
Llegó á través del mar y del desierto;
Mi corazón á la esperanza muerto,
Tuvo un recuerdo y exhaló un suspiro.

Y quise mi homenaje entonces darte
De ingenua admiración, como á una hermana
En cuyos labios la elocuencia mana,
Melodiosa vestal, reina del arte.

Mi hermana, sí, en la noble poesía
De las selectas almas alimento;
El tosco metal yo, tú el instrumento —
Yo la nota fugaz, tú la harmonía.

Unión del pensamiento fecundante
Que su eléctrica luz raudo difunde,
Y que un ser á otro ser liga y confunde
En la expansión sublime de un instante.

***

Alguna vez en mis ensueños, bella
Sentí á mi lado una hada misteriosa,
Llevando en la alta frente esplendorosa
Del almo genio y del amor la estrella.

Angel, maga ó visión, en su aurëola
Que en vaga lontananza amo y contemplo,
A encender fuí la lámpara del templo
Donde la vida al idëal se inmola.

Si oía un harpa lejos, si alguna ave
En los bosques, era ella que cantaba;
Ella en la flor que el aura columpiaba,
O de la noche en el fanal süave.

Ella doquier. Como la aurora el cielo,
Mi oriente purpuró, cuando la hermosa
Juventud á la esfera luminosa
Encumbraba mi espíritu en su anhelo.

Aqueste al contemplarla en la ardua cima
De la inmortalidad, con fe la invoca,
Y vibrantes brotaron de mi boca
La estrofa alada y la cadente rima.

Mas si acaso evocaba la presencia
De mi Beatríz celeste, en el momento
Se perdía en las ráfagas del viento,
O entre el blanco cendal de su inocencia.

Y luego al fin, cual pasa por el monte
Vivaz, la dulce y fausta primavera,
Se disipó su imagen hechicera
En el profundo azul del horizonte.

Hoy, empero, revive en luz vestida
De tu voz á la magia Edda gloriosa,
Bella sombra que se alza victoriosa
Sobre el mar turbulento de mi vida.

Oh ardiente granadina! ¡cuánto envidio
Tu amor, que en solo un ser el mundo abarca!
Diera por él las palmas de Petrarca
Y el sagrado laurel del tierno Ovidio!

EN SU CARTERA

En su cartera encontré
Los versos que copio aquí.
Si á otros conmueven, no sé;
Pero yo al leerlos lloré
Como si hablaran de mí:

"Temprano perdí el verdor
De la noble juventud;
Su esperanza murió en flor.
¡Vive Dios, que es lo mejor
No turbarla en su ataúd!

Mis ilusiones pasaron.
Cierto, nunca han de tornar,
Aves que huyendo cantaron
Y con sus alas rozaron
De mi vida el turbio mar.

¡La vida! ¡que enigma extraño!
Frágil templo del dolor.
¡La dicha! fugaz engaño.
¡La esperanza! ¡oh desengaño!
¡La muerte! sombras, horror!

Ved ese atleta; mañana
Un niño le hará rodar.
Ved esa hermosa ¡galana
Estará en su tumba vana!
¿Qué ruina es esa? un altar!....

He acercado á toda fuente
Mis labios; amé el placer,
Amé la gloria: ¡demente!
Hoy contemplo indiferente
Mis ambiciones de ayer.

Un profundo, árido hastío
Me penetra el corazón;
Nada espero, en nada fío,
Siento en torno como el frío
De un marmóreo pantëón.

¿Qué hacer, á qué cueva huir
De la torpe realidad?
¿Por cuál causa combatir,
Si ni me es dado morir
En tu hueste, oh libertad?

Semejo en mi rumbo incierto
Un árabe, que tras él
Ha dejado en el desierto,
Perseguido ó inexperto,
Sus armas y su corcel;

Y que rendido á su pena,
Hosco, sombrío, sin voz,
Se tiende en la ardiente arena,
Cubierta la faz morena,
Con el flotante albornoz."

ELEGÍA (7)

A memoria de José Fraçao Varella

Nunquam ego te, vita frater amabilior
Adspiciam posthæ? at certe semper amabo.

Catulo

¡Será illusâo que os mortos nos escutâo,
Que entre os cyprestes lúgubres da campa
A voz que nasce d'alma rumoreja
Suavemente nos ramos, e remonta
Da ausencia eterna ate a mansâo augusta!
¿Revive a chamma das geladas cinzas?
¿Existe acaso um écho que responda
Aos suspiros da terra lá no céo?...
Mysterios! tetro abysmo onde baqueia
O debil pensamento, que animado
Ao calor das saudades, entre as sombras
Da noite infinda, em fúnebres relámpagos
Do amigo que perdi vai em procura.

¡Oh Varella! ¡que ao menos nâo podesse
Dar-te o último adeus, junto ao teu leito
Sollicito velar, fechar-te os olhos,

Beijar-te a mâo amiga e generosa,
Em segredo dizer-te á despedida
Que no seio do Inmenso me esperasses!
¡Alma fiel que cedo te partiste!

¡Quem quando eu te deixei imaginara
Que no ameno caminho a nos tâo grato,
No meio da harmonia e dos aromas
A perder-se no azul do firmamento,
De nuvens limpo, á rebentar estrellas,
O anjo triste da morte te seguia
Occulto no arvoredo, esvoaçando
Nessas varzeas da vida, que échoavâo
Cançóes festivas, delirantes risos!

Tal vez mais de uma vez fugiu ao verte
Franco, jovial, illuminada a fronte
Do jubilo febril da juventude,
Que rica de seus dons en ti brilhava:
Brilhava, sim; donaire, vigor, graça,
Espíritu vivaz, valor, ternura,
Sentir profundo, férvido enthusiasmo,
Ella te deu em seu albor profusa,
Risonha e bella a engrinaldarte em rosas,
Que no altar dos amores desfolhavas.

¡E que amores os teus! Ainda conservo
Como um perfume as doces confidencias
Que espansivo fizeste ao meu carinho
Nos passeios nocturnos, sobre as praias

Que beija o Guanabara, da saudade
Verde e poetico asylo, n'essas noites
Suaves, transparentes, em que a lua
Soltando o véo diáphano, derrama
Do albo throno as pallidas saphiras,
Banhando a terra em luz harmoniosa,
Trémula e meiga a scintillar nas aguas.
Um olhar da tua amada era bastante
Para seres feliz; teu pensamento
A contemplava em extase, arroubado
Na gloriosa aureola que a cercava:
Amor ideal, ethereo; amor divino
Da propria e casta luz alimentado,
E con ella dourando em brandos sonhos
As azas fugitivas da esperança.
¡Podesses, inmortal, colher-lhe os lirios,
A tua sede saciar na fonte pura
Onde germinâo esparzindo ao lonje
A essencia virginal, o ambar celeste!
¿E como nâo fazer por ti taes votos?
Forte pela virtude, erguida a fronte
Borbulhando em ideias peregrinas,
O coraçâo de affectos trasbordando,
No banquete da vida, appareceste,
E conviva de um dia, entre sorrisos
O espumante licor libaste apenas!

Tua modestia e fé, a resignada
Confiança nas promesas do futuro,
A atmosphera serena em que luziâo
Teus pensamentos placidos e bellos,
Acalmavâo com magica influencia

Os ímpetus que entâo me arremeçavâo
A lançar meu batel em gala ornado
De alegres bandeirolas, de grinaldas,
No pelago fervente dos prazeres.
¡Quantas vezes a dextra me estendeste
Indo cego a arrojar-me ao precipicio!
¡Quantas o teu accento insinuante
Veio acordar minha razâo nublada
Na embriaguez das paixôes tumultuosas!
Tu morreste, porem, e eu vivo ainda!
Nunca mais te verei!... feliz, ¡quem sabe!
De adormeceres na estaçâo benigna
E em plena folhagem, de sumir-te
No oceano do infinito, como um astro
A desmaiar no resplendor da aurora!

Lonje deixando em tanto a umbrosa senda
Que juntos percorremos, vi trocar-se
As arvores frondentes em penhascos,
O raudal murmurante em bravas ondas,
Em ermo o prado e o meu canto em nenias;
E quando vim de novo procurar-te,
Entornar no teu peito as minhas penas,
E por ti perguntei, tinhas partido!.....
Jamais te esqueçerei, ¡oh! nunca, nunca
Ate o fim dos meus dias! A tua imagem
Ficou-me impressa n'alma com os raios
Mais fulgentes do sol da mocidade.
Integra a herança de teu nobre affecto
Conservarei, e so darei-lhe parte
A aquella que me faz a vida amavel,
Que me anima se as forças me fallecem,

Minha jovem esposa, horto fechado,
Nardo a florir do meu destino á sombra.
Ensinarei teu nome a minha filha
Que ainda na infancia aos anjos se parece;
E ja que nâo me é dado ó teu sepulchro
Das flores alastrar que tanto amavas,
Ao menos sagrarei a tua memoria
Estes versos com lagrimas escritos!

MÉXICO (*)

Ya del robusto cuerpo las heridas
"Agotaron su brío y fortaleza;
"Ya busca en su flaqueza
"Por la voz de sus gentes esparcidas,
"El firme apoyo de mi brazo. Aislado,
"Por la guerra y la usura atormentado,
"Fácil México al yugo se presenta:
"Para saldar su cuenta
"Enviaréle un monarca de prestado.
"Si resiste, perezca. Sus vencidas
"Ciudades degradadas de su alteza
"Caerán con fiero estrago, y fulminantes
"Las imperiales águilas triunfantes,
"Desde Anáhuac (**) el vuelo soberano
"Desplegarán por uno y otro oceano."

(*) El nombre de México es de origen indio. En la lengua Azteca significa *"la habitación del Dios de la guerra"* llamado MEXITLI ó HUITZILOPOCHTLI.

(HUMBOLT — Ensayo político sobre la Nueva España)

(**) La palabra *Anáhuac* significa *"cerca del agua"*.

CLAVIJERO.

Dijo el perjuro. Las soberbias haces
Apresta y los navíos, y provoca
Con vil pretexto en su arrogancia loca
A segundarle audaces,
Al bretón recio, al español bizarro
De Cortés descendiente y de Pizarro.
Acuden. Les aguardan los traidores,
Digno cortejo á la feroz empresa.
¡Reyes y emperadores
En estrecha alianza
Con la mesnada ruin!.... Qué! ¿tanto os pesa;
Movidos de ambición y de venganza,
El ver cuan inclinada
Pende de la justicia la balanza
En favor de la América ultrajada?
Ayer no más se alzó; sonriola el mundo;
El hombre fué más libre; ilustres hechos
Levantaron su fama y sus derechos,
De su grandeza manantial fecundo.
¡Libertad! dijo, y los valientes pechos
De sus hijos la amaron, repitiendo
¡Libertad! y profética y tonante
La alta voz resonando
Por dilatadas zonas,
Al grito portentoso y retronante
Que cruzaba veloz por los espacios,
Sentísteis vacilar vuestras coronas
Y tembló el despotismo en sus palacios.
Temblasteis, sí, y á reparar la afrenta
Ora venís— ¿Mas qué buscáis? ¿Qué intenta
Vuestra aleve ambición? ¡Mengua y desdoro!
Lo está diciendo el bronce que retumba
Allá de Puebla en el torreón alzado,

Con furia contrastado:
Queréis que la República sucumba,
Y avaros y rapaces,
Al cavarle la tumba,
De América explotar el gran tesoro,
Sembrar la guerra proclamando paces,
El delito cubrir con manto de oro.
Tarde acudísteis por fortuna, tarde;
Que la amazona airada,
Al intento cobarde,
Se apercibe, se irrita, se estremece,
Y rechaza indignada
Las razones sutiles
Que solo entienden los gobiernos viles,
De no acorrer á do el peligro acrece.
La india de que Europa enamorada
Por su belleza está; la que se sienta
A ver rodar al margen de sus ríos
Oro y piedras preciosas
Con que vuestra codicia se apacienta;
La que alarga las manos generosas
Al extranjero huésped á quien ama
Y luego hermano llama;
Que en la hamaca, tendida, acariciando
Sus nobles esperanzas, el perfume
De las selvas aspira; — al torpe asecho,
Insultada en su fe y en su derecho,
El águila imperial dejará implume,
Brava saltando del flotante lecho.
Siéntelo así el bretón y retrocede,
Y con noble civismo,
Él que á ninguno en el valor le cede,
Renuncia al triunfo y se venció á sí mismo.

También el claro capitán hispano,
Prim magnánimo digo, no queriendo
Mancillar de sus armas la limpieza,
Que la prez del valor no alcanzó en vano,
Ve el robo, y la traición y la mentira, (8)
Y el brioso pecho rebosando en ira,
De México se aleja y lleva á España
Trocada en amistad la ardiente saña.
Así tú repitiendo,
Gran conde, la hazaña
Que ha llenado la historia con su estruendo,
¿Qué importa si el traidor tu acción impreca?
La dulce patria del antiguo azteca
Venció Cortés entrando y tú saliendo.

Quedó solo el francés; mas no sus naves
A incendiar se atrevió, como aquel grande
Y fiero castellano que en un tiempo
Se abrió á Tenochtitlan ancho camino. (9)
Con más prudencia, espera que cargadas
De espléndido botín serán en breve,
O guarida á sus haces destrozadas.
César ordena que acometan ¡César!
Parodia del romano
En quien llegar era vencer. Aqueste
Huelga y triunfa en París, y sus legiones,
Del suelo mexicano,
Mientras él se harta, muerden los terrones.
Pesándole la espada de la Francia, (10)
La trueca por la pluma, y borronea
Del héroe de Farsalia,
De aquel rayo de Italia,

En ocio blando la tremenda historia,
Porque le alumbre en el rincón oscuro
Que tendrá en el panteón de lo futuro,
El sangriento esplendor de su memoria.
Mas no del porvenir las áureas puertas
Al crimen coronado están abiertas:
¡Empínate pigmeo,
Pues por más que te busco no te veo!

Obediente á su voz la hueste avanza.
Vana soltando á su altivez las riendas,
Al triunfo cierto en júbilo rebosa;
"Voy á México, dice, á alzar mis tiendas,
Después de sepultarle en ancha fosa".
¡Crueles! seguid: la vuestra
Ya os aguarda famélica y siniestra.
México está de pie, Lázaro vive;
La libertad tocóle con su vara;
Desde los altos cielos
La bendición recibe,
De Guerrero, de Hidalgo, de Morelos,
Y á defender sus lares se prepara.
Con denuedo el inválido la furia
Del invasor y el ímpetu sujeta.
Del profanado hogar sabrá arrojarle
Vengando airado de su honor la injuria,
A golpes de muleta.

¡Y tú el primero, inclito joven, fuiste,
Zaragoza inmortal, quien contuviste
Su ira embravecida; que á tu nombre

Que despierta un recuerdo sobrehumano
Sintió la sangre helada, y magno y triste!
Gimió en la tumba el tío del tirano!
Como el viento impetuoso
Barre las ondas fieras
Del golfo proceloso,
O esparce las espigas en las eras,
Los contrarios huyeron
A tu terrible empuje, diligentes,
Y el Dios de majestad "quebró los dientes
A los que el freno de su ley mordieron". (11)
¡Zaragoza! ¡oh ilustre y alto mozo, (12)
Segado en flor á la brillante gloria
De tu insigne victoria!
Tú caíste, mas vive entero, ardiente,
Tu espíritu sublime en tus hermanos:
Juárez, Ortega, Comonfort, cien otros
Cuya fama voló de gente en gente,
Blanden la espada que vibró en tus manos;
Y porque al mundo asombre,
Cual presagio feliz, Puebla eminente,
Heredó tus hazañas y tu nombre.

Ya la hueste imperial pávida y rota,
Repuesta del espanto en largo plazo,
Vuelve al combate y vuelve á la derrota.
Del libre en la muralla
La muchedumbre indómita se estrella
Del bando usurpador; rudo la embiste
Y ceja y cía rechazado. En tanto,
La América á sus mártires incensa,
Y de México asiste

Con el alma anhelante á la defensa,
Dando lauro á los unos y á otros llanto.

¿Qué haces tú, mientras, Francia, cuya fama
Fiero el orgullo militar blasona,
Viendo oscilante del valor la llama,
Que tu antiguo poder se desmorona,
Y que rastrero el fraude se encarama
Al solio de San Luis? ¿Cuándo quebrantas
El yugo maldecido,
Y postras á tus plantas
Con tronante estampido
La vil traición del prócer fementido?
¿Por ventura perdiste el ardimiento
De tu intrépida raza? ¿Tu bandera
Es esa que se oculta en el combate?(13)
¿Pudiste en mal momento
Imaginar siquiera
Bajo un cetro gastado é infecundo,
De Puebla contrastada en los escombros,
Fuerzas tener á soportar un mundo
Como al postizo rey que alzaste en hombros?
¡Guarte, vieja leona!
Sardanápalo al circo te condena;
Ya desde el palco te contempla inerte;
Ya en la revuelta arena
El brutal gladiador tu sangre vierte:
La plebe aplaude, el déspota se encona.
¡Ea, pardiez, destroza tu cadena,
Y entiérrale en las sienes la corona!

América te envía
Su consejo de paz. Si en son de guerra

Vienes, entonces se alzará bravía
Y en su pujanza asombrará la tierra.
¡Triunfará Anáhuac! Las dolientes almas
De los que mueven fieros sus trastornos,
Por Mixitlí, Dios fuerte, confundidas,
Del Popocatepetl en las cavernas, (14)
Rebramarán en sus ardientes hornos
Derribadas á angustias sempiternas.
La República al fin verá cumplirse
Sus prósperos destinos. Zaragoza,
De un mundo colosal primer baluarte,
Del derecho elevando el estandarte,
No puede sucumbir, — caerán sus muros,
Y transformada en noble monumento
Que recuerde su gloria y su tormento,
Será eterno baldón á los perjuros.
Cualquiera de sus piedras calcinadas
Servirá á lapidarles, arrojadas
Por manos libres á su frente adusta,
Y la que Puebla fué, de heroísmo ejemplo,
En su tristeza augusta,
Podrá no ser ciudad, mas será templo!

NENIA (*)

LLORA, LLORA ÛRUTAÚ

En idioma guaraní,
Una joven paraguaya
Tiernas endechas ensaya
Cantando en el harpa así,
En idioma guaraní:

¡Llora, llora *ûrutaú* (**)
En las ramas del *yatay*, (***)
Ya no existe el Paraguay
Donde nací como tú —
Llora, llora ûrutaú!

En el dulce Lambaré
Feliz era en mi cabaña;
Vino la guerra y su saña
No ha dejado nada en pie
En el dulce Lambaré!

(*) *Nenia:* canción fúnebre.
(**) *Urutaú:* ave de dulcísimo canto
(***) *Yatay:* palmera.

¡Padre, madre, hermanos! ¡ay!
Todo en el mundo he perdido;
En mi corazón partido
Solo amargas penas hay —
¡Padre, madre, hermanos! ¡ay!

De un verde *ubirapitá*
Mi novio que combatió
Como un héroe en el Timbó,
Al pie sepultado está
De un verde ubirapitá!

Rasgado el blanco *tipoy* (*)
Tengo en señal de mi duelo,
Y en aquel sagrado suelo
De rodillas siempre estoy,
Rasgado el blanco tipoy.

Lo mataron los *cambá* (**)
No pudiéndole rendir;
Él fué el último en salir
De Curuçú y Humaitá —
¡Lo mataron los cambá!

¡Porqué, cielos, no morí
Cuando me estrechó triunfante

(*) *Tipoy* — saya blanca que usan las paraguayas.
(**) *Cambá* — los negros.

Entre sus brazos mi amante
Después de Curupaití!
¡Porqué, cielos, no morí!...

¡Llora, llora, ûrutaú
En las ramas del yatay;
Ya no existe el Paraguay
Donde nací como tú —
Llora, llora ûrutaú!"

AL PASAR

(Francia).

Sola en el campo, en la arruinada ermita,
A la trémula sombra de un almez,
Hermosa como Ruth la moabita,
Recuerdo que la ví la última vez.

Lucía el traje villanesco, saya
Corta, listada, un lindo delantal
Festoneado con cintas, de anafaya,
Y la toca plegada, de percal.

¡En pocos años qué mudanza! apenas
Si pude conocerla ¡cuán gentil!
Más fresca que las níveas azucenas
En las mañanas límpidas de Abril.

Tenía la cintura como un mimbre
Flexible y fina, el rostro angelical;
Su voz, su dulce voz, era de un timbre
Más süave que el canto del turpial.

¡Y sus ojos turquíes! la brillaban
Con tan profundo y blando resplandor,
Que al parecer serenos reflejaban
Del cielo azul el nítido color.

¡Cuántas veces, de niña, las ramillas
Para el fuego juntando la encontré,
Y cuántas en las mieses amarillas
Sus cabellos de oro acaricié!

Al volverse hácia atrás y dar conmigo
No atinó á recordarme, se turbó;
Mas luego que la hablé, mi acento amigo
Sus recuerdos de infancia despertó.

"— Cómo! sois vos? me dijo alborozada,
"¡Vos aquí en la comarca!... ¿La salud
"Sentís de nuevo acaso quebrantada,
"Y en procura volveis de aire y quietud?"

"— No, Blanca, á otro país voy de camino.
"Dichoso fuera en descansar aquí,
"Donde ha tiempo llegara peregrino,
"Disfrutando la calma que perdí.

"Y bien lo siento á fe... ¡Ah, quien me diera
"Habitar otra vez el romeral,
"Perderme entre la viña en la pradera,
"Beber el agua virgen del raudal!"

No era ese el deseo caprichoso
Del que aspira á una efímera merced;
De olvido, de silencio, de reposo,
Sentía el alma la profunda sed.

Pregunté luego á la aldëana bella
Por su padre, que un día me acogió
Bajo su techo hospitalario, y ella
Contestó suspirando — "¡Ya murió!"

—"¡Murió! ¿Cuando murió?"—"Cumplirá un año
Lo que empiecen las uvas á pintar;
Dios alejó al pastor de su rebaño,
¡Ah! si vierais, desierto está el hogar!"

Yo estimaba aquel hombre franco, honrado,
De corazón ingenuo, sin doblez,
Allá en su juventud bravo soldado,
Vaquero y labrador en su vejez.

"¿De qué murió?" la dije. — "Estaba fuerte
"Como el tronco que veis de ese abenuz;
"Un día entre la mies le halló la muerte
"Allí donde se alza aquella cruz!"

— "¿Y os dejó alguna hacienda?" —"Lo bastante
"Para vivir, la casa, y más aquel
"Molino que se vé blanquear distante,
"Los bueyes, el sembrado y el verjel."

— "¡Pobre! ¿Y tu madre?" — Llora el día entero,
"Si quereis verla os llevaré, venid,
"Está allá abajo próxima al otero
"A la sombra tejiendo de la vid."

— "Es tarde ya," la contesté "y aun queda
"Lejos la aldea adonde voy. A más
"Temo afligirla. El cielo la conceda
"El consuelo á sus penas, la dirás."

— "Pero al menos" repuso, los colores
Animándola el rostro, "aceptareis
"Del jardín de mi padre algunas flores
"Plantadas por su mano ¿os negareis?

¡Y cómo resistir su voz tan pura,
Aquel dulce mirar, tanto candor!
Seguíla pues, dejando mi montura
Atada al tronco de un almendro en flor.

***

Al punto en que á estrecharse el valle empieza
Hallábase la casa, al pie el jardín,
Donde entre ásperos brezos y maleza
Se enredaba á los mirtos el jazmín.

Ya en su recinto, Blanca, más ligera
Que una corza, con gracioso afán
A esas flores juntó la enredadera,
La violeta silvestre al arrayán.

Hízome un ramillete; sonrojada
Con infantil sonrisa me le dió;
Luego por una senda sombrëada,
Del arroyo á la margen me llevó.

Sentámonos allí de la corriente
Al grato son; el céfiro fugaz
Murmuraba en los sauces; blandamente
Gemía en la hojarasca la torcaz.

Fué en aquel sitio y bajo de aquel cielo
Que en esa alma limpia pude leer,
La vaga agitación, el tierno anhelo,
Que despierta el amor en la mujer.

Como de miel dorada rebosante
De las vivas abejas el panal,
Derramaba su aroma refrescante
La flor de su inocencia virginal.

— "Quisiera ir adonde vais, quisiera
"Conocer otras tierras," exclamó —
"Vino aquí vez pasada una extranjera
"¡Oh, cuántas maravillas me contó!"

Sombras de sueños vagos, el reflejo
De una esperanza indefinida ví
Sobre su frente, cristalino espejo
De un pensamiento ardiente y baladí.

— "Blanca," la dije al levantarme — "habita
"Aquí la paz; que permanezcas fiel
"Al hogar de tus padres, y bendita
"Corra tu vida y venturosa en él."

— "¿No volvereis?" — "¡Quién sabe! voy muy lejos.
"¡Adiós! cuida á tu madre, que el amor
"De los hijos la savia es de los viejos,
"De la vida que muere último albor."

A tomar mi caballo juntos fuímos....
Lo que por mí pasó decir no sé,
Cuando una y otra vez nos despedimos
Y que en la casta frente la besé.

Alejéme al galope; ya distante
La vista volví atrás..... Estaba allí!
Su vestido de listas ondulante
A través del follaje distinguí.

Aquel fresco recuerdo de otros días,
Su imajen, que jamás podré olvidar,
Se mezclan á esas vagas harmonías
Que la vida acarician al pasar!

¿Veis esas rocas negras, escarpadas,
Que la onda brava rebramando azota?
¿Por qué el nauta al pasar larga la escota,
Y en su esquife, de pie, tristes miradas
Las dirige, y surcando su faz ruda
Una lágrima acaso, las saluda?
Allí el viento las alas espaciosas
De vapores salinos impregnadas
Muge doliente en funeral tristeza;
Estallan con estruendo pavorosas
Las tormentas; la niebla fría y baja,
Velando de las sirtes la aspereza,
Pende á modo de pálida mortaja:
Turba el silencio de las playas solas
El eterno tumulto de las olas.
Invisibles clarines convocando
A oscuras guerras, bárbaras, extrañas,
Suenan del mar los monstruos sublevando,
Y las aves acuáticas, hurañas

Voltejean con ásperos graznidos
Sobre el piélago enorme, ó zahareñas
Cruzan buscando los ocultos nidos
En las grietas musgosas de las peñas.

Vosotros, hombres libres, que sombríos
En vuestra romería dura, austera,
Teneis solo una fe y una bandera —
Ante esos agrios riscos descubríos!
Es *Kidormur*, es Guernesey!.... ¡Bendita
La hospitalaria tierra
De la vieja Inglaterra!
Allí mora un titán, Hugo allí habita;
Hugo, de cuya frente luminosa
Brotan vivas centellas, y que luego
De vencido á traición, no en los combates,
Logró salvar ¡empresa portentosa!
Con su acendrado honor y sus penates,
De la alma libertad el sacro fuego,
Cuando en su ilustre patria perseguida
Tan solo en la conciencia halló guarida.

De la llama inmortal firme custodio,
La espada del arcángel esgrimiera
Más poderosa que el puñal de Harmodio.
Con ella el fallo bíblico escribiera
En caracteres ígneos, consagrados,
Que al opresor condena y á sus huestes;
Mientras sus labios que en mejores días
Supieron entonar himnos celestes
A la inocencia y al amor — tocados

De los carbones rojos de Isaías,
Los oráculos lanzan inspirados
Del porvenir, en graves harmonías.
El águila sintiéndose acosada
Remontó hasta el olimpo, y al Tonante,
Soberbia, fiera, osada,
El rayo arrebató que fulminante,
Con bríos soberanos
A la frente vibró de los tiranos.
Como aquel fabuloso personaje
De la tragedia antigua, Filocteto,
Que de Hércules las flechas poseía,
Y de vencer con ellas el secreto,
De Lemmos confinado en la salvaje,
Agreste soledad, cuando su ultraje
Vengar ansiando de dolor rugía;
Así el grande proscripto de la Francia,
Con sublime arrogancia
A los nuevos Atridas desafía:
Los llama, arconte, á juicio, y humillados
Fueron en medio de su orgullo necio,
De sus triunfos robados,
Por su profundo, abrumador desprecio!
En el tiempo fijando la radiosa
Mente audaz, que su arcano nos alumbra —
En procesión solemne, portentosa,
Pasan ante él los siglos, y la Muerte
Al verle en la ardua cima á que se encumbra,
Cometa inmenso de la inmensa historia,
Que allí no alcanza con asombro advierte,
Y se postra vencida, deslumbrada
Por la aureola sagrada
De su virtud egregia y de su gloria.

Galo de raza, de la heróica tierra
Que defendió Vercingetorix bravo
Contra el poder de César, en la guerra
En que el libre luchó contra el esclavo;
Del destino fatal en la balanza,
Donde de aquel bastardos descendientes,
Ministros de odio, seides de venganza,
Arrojaran la espada, rudo emblema;
Él, revestido de grandeza suma,
Ciñendo de su genio la diadema,
Arrojó en contrapeso la áurea pluma:
A las sagradas musas se propicia;
Prorrumpe en noble canto,
Y su estro se alza tanto
Que es de esta edad oráculo y delicia.
Del hogar de sus padres desterrado,
Como hijo predilecto
El mundo le ha adoptado;
Y en la alta frente del varón provecto
Que es égida á sus dioses, dominante
La estirpe en él al recordar de Atlante,
Del pontífice magno colocara
Sobre el fresco laurel la excelsa tiara.
Honrad ¡pueblos! al ínclito poeta
Que cantara el amor con harpa de oro:
Al augusto profeta
Que enjugó en su pendón su tierno lloro,
Y al tremolarle al viento en sacro rito,
Del idëal señala el horizonte,
Mientras trepando audaz de monte en monte
Nos guía victorioso al infinito!.....
El tiempo raudo pasa
Y cuando el ala fúnebre despliega,

Así la flor doblega
Como las cumbres gélidas arrasa:
A la inmortalidad anticipáos;
Al genio que se cierne en las alturas
Llevad ofrendas puras
A sus aras brillantes acercáos.
Rosas allí enlazad con verde palma,
Y los fuertes, honrados corazones,
Que siempre hallara la Verdad propicios,
Con la esperanza al recobrar la calma,
La ofrezcan abundantes libaciones,
Y nobles y gloriosos sacrificios.

Cuando caiga el coloso, (aleje el cielo
El terrible momento), que su alma,
Desplegando alto el vuelo,
A confundirse en la harmonía vuelva
De la naturaleza, — triste y viuda
De su numen la tierra á quien escuda, —
Bramará el mar, suspirará la selva;
Y como antorchas dignas solamente
De sus grandes exequias, sus volcanes,
En su dolor vehemente,
Y en honor de sus manes,
Por el criador espíritu agitada
Que en sus entrañas vívido fermenta,
Encenderá algún día en sus misterios:
Entonces en entrambos hemisferios,
Ya de sufrir cansada,
Hundirá en sus cenizas los imperios
De su trágica historia torpe afrenta;
Y en su vasta rüina,

De la justicia eterna en luz bañada,
Levantará gloriosa y opulenta,
Navegando la esfera cristalina,
Al hombre libre en la ciudad divina!

A ERNESTO ROSSI (*)

Tierra de bendición que *Apenin parte*,
Sublime *donna*, Italia! ¿Qué grandeza
Rëalza eternamente tu belleza
Que nadie admirar puede sin amarte?

Magna el mundo te vió cuando de Marte
Ceñiste el casco, y en mayor alteza
De tus ruinas haciendo en tu tristeza
Mausoleo á la gloria, templo al arte.

Tu genio por el orbe se derrama
En cascadas de luz, más esplendente
Cuanto más negra noche te envolviera.

Hoy que triunfas, heraldo de tu fama,
Rossi, el supremo actor de vasta mente,
Nuestras almas conquista á tu bandera.

(*) Este soneto inserto anónimamente en "La Tribuna" (1865) fué luego reconocido y contestado por Rossi con el que va en la página siguiente, usando los mismos consonantes. Ambos reprodúcense aquí solo por dejar consignados la admiración del autor del primero por el insigne trágico, y la fineza y el ingenio feliz con que supo éste corresponder de improviso á una espontaneidad amistosa

A CARLOS GUIDO SPANO

Terra cara, ospital, che il Plata — parte,
Giovine ancor, vetusta in tua — grandezza
Colpisci lo stranier di tua — bellezza
Si, ch'è per lui dover primo — l'amarte.

L'elmo, lo scudo non cinger di — Marte,
Non comprare a tal prezzo la tu' — altezza,
Onde bandir dal cor ogni — tristezza.
Grande rendi il tuo popolo coll' — arte.

Santi virtudi ai figli tuoi — dirama
Come raggi di luce — risplendente
Al par d'un dì giocondo in — primavera.

¿Non hai tu pur araldi di tua — fama?
¿Guido il poeta dalla calda — mente
Non porta con onor la tua — bandiera?

ERNESTO ROSSI

"Por fin llegaste, mi caballero!
Te veré al alba" Luisa exclamó;
Con pensamiento tan lisonjero
Se adormeció.

Sueña: contempla muda el arreo,
Las nobles armas del adalid,
Con que triunfante dejó el torneo,
Venció en la lid.

Oh! qué ventura la del regreso
Cuando sus brazos nos tiende Amor!
Bello momento que en embeleso
Trueca el dolor.

Ella le cuenta las amarguras,
Las hondas penas á que él da fín;
Y oye las cuitas, las aventuras
Del paladín.

¡Fugaz delirio, pérfida calma!
Cándido un ángel la da el placer
De aquellas dichas que ¡ay! á su alma
No han de volver!

Sangriento — apenas la luz clarea —
La traen un casco ¡bárbaro afán!
El mismo casco que por presea
Dió á su galán.

"Cuando al castillo próximo estaba,
Traidor le hiere rival crüel:
Cayó; muriendo tierno clamaba
Por tí el doncel."

Luisa entra monja, y en el convento
Si alza á Dios himnos con tierna unción,
Al muerto amante vuela en el viento
Su corazón.

"¿Desde los cielos ¡oh, dí, mi amado,
La vista al mundo sueles tornar?
¿Oyes mi llanto nunca agotado,
Ves mi pesar?

¡Alma süave! llega la hora
Que el mortal velo desgarraré,
Y en que á tu lado la que te adora
Por siempre esté!"

Fué en las riberas que fecunda el Plata,
Peregrina región que cual ninguna
El estro á las estrellas arrebata,
Donde en honrado hogar se alzó mi cuna.

¡Salve al gran rio cuya faz retrata
La argéntea luz de la esplendente luna,
Ora arrastre sereno, ora combata
El esquife en que voy con mi fortuna!

Buenos Aires ¡oh patria! aunque me olvidas,
Mi esperanza en tu olvido sumergiendo,
Tuyo es mi corazón, tuyo es mi brazo.

Cuando ya no den sangre mis heridas,
Al cielo un postrer voto alzar pretendo:
Dormir mi último sueño en tu regazo.

¡ADELANTE!

¡Ea, muchachos, es la aurora! ¡Arriba!
Tomad el hacha y el martillo, y vamos;
Si como ayer tenaces trabajamos,
El monte derribado caërá.
Alcemos con sus troncos nuestras casas
Asilo de la enérgica pobreza:
Donde creció el jaral y la maleza
La viña lujuriante medrará.

Que el muelle cortesano la fortuna
Busque adulando á su señor adusto,
El torpe corazón siempre con susto
De perder de su afán el fruto vil.
Mientras esparce el odio y la zizaña,
Nuestras robustas manos siembren trigo;
Mientras ve en cada hombre un enemigo,
Amémonos con pecho varonil.

El vínculo sagrado que nos une
Se apretará con la honradez probada;
¡Sús, al combate! á la conquista ansiada
Del trabajo fecundo en la legión.

¡Victoria al más intrépido! Bizarro,
Sus pensamientos en la patria fijos,
Ese llegue á tener hermosos hijos,
Hombres libres, de limpio corazón.

La gran naturaleza nos invita
A su festín suntuoso; seamos parcos,
Y al repasar por sus triunfales arcos,
La libertad nos guíe con su luz.
Bajo su influjo bienhechor, la dicha,
La paz y la abundancia nos esperan:
A los valientes que en la lucha mueran,
Un recuerdo, una palma, y una cruz!

No desmayeis conscriptos del progreso,
Rasgue el arado el seno de la tierra;
Guerra á la incuria, á la ignorancia guerra,
Amor á Dios, respeto por la ley.
Diques al mar pongamos, freno al vicio,
Allanemos la ríspida montaña,
Y sea nuestro orgullo y noble hazaña
En cada ciudadano ver un rey.

Así avancemos como un haz; la ruta
Nos la haga menos ardua el dulce canto
Del poeta; las artes con su encanto
Den á nuestra energía el galardón.
Busquemos la gran patria en que los hombres
Se reconozcan prósperos y hermanos,
Invitando á los pueblos soberanos
A seguir de los libres el pendón.

Y dulce será el ver en nuestros lares
De la jornada al fin, todos reunidos,
A los seres amables y queridos
Que ennobleció el trabajo y la virtud, —
Recordando los triunfos del pasado
En las largas veladas del invierno,
O elevando sus preces al Eterno
Que nos da la esperanza y la salud!

Qué podré yo decir en tu alabanza,
Tierra de luz, de paz, de poesía,
En que se abrió la flor de mi esperanza,
Que hoy su perfume al expirar te envía!

Quizá ya nunca, pues el tiempo avanza,
Volveré á ver tu cielo, tu bahía,
Ni á soñar vagabundo en muelle holganza
Perdido entre tus selvas cual solía!

¡Oh princesa del valle florecido
Cuyos pies besa el mar, que la alta cima,
Refleja de tus montes seculares!

Aunque ausente de tí, jamás te olvido,
Pues de mi alma el amoroso clima
Está donde susurran tus palmares!

RECUERDOS

Si se condensa en lágrimas la vida
¡Cuánta noche en el alma! los recuerdos
Pueden solo guiarla en tanta sombra,
Cirios flotantes, pálidos luceros.

Con sus fúnebres alas misterioso
Viene después y los apaga el tiempo:
¡Ay! resta apenas del festín concluído
El vaso roto en que espumó el falerno.

A la ilusión á la esperanza entonces,
Cisnes gimientes, las arrastra el viento,
Y caen marchitas las fragantes flores
Que amor dichoso cultivó en secreto.

Si alguna acaso su frescor no pierde,
Si queda alguna en el altar desierto,
¡Oh, guardadla, su aroma es de la tierra,
Su raíz inmortal está en el cielo!

VOTO

—

Tú que en los días de tristeza y luto
En tu albergue rural me recibiste
Con simpática gracia, y me ofreciste
De tu bondad angélica el tributo;
Recoge el dulce fruto
De tu inocente vida,
Flor en la selva virgen escondida.
Que del mundo falaz á tu oído,
En auras halagüeñas,
No llegue otro rüido,
Sino el de la cascada que en las peñas
Se quiebra, — el suave canto, el aleteo
Del pájaro buscando en el follaje
El nido oculto imán de su deseo;
De los pinares el rumor salvaje;
Al caer la tarde el místico lamento
De la campana en la vetusta ermita
Que al pastor religioso á orar invita,
Y al volver al aprisco á paso lento
Por las verdes laderas,
El rústico balar de tus corderas!

ELVIRA [15]

TRADUCCIÓN DE LAMARTINE

Sí, el Anio de Cintia el dulce nombre
En las rocas de Tibur aun murmura;
Valclusa ha conservado
Con inmortal renombre
El de Laura adorado,
Y allá en la edad futura
Dirá siempre Ferrara el de Eleonora.
¡Feliz la hermosa que el poeta adora!
¡Feliz el nombre amado
Por su harmoniosa lira consagrado!
Tú á quien su alma en secreto está rendida
¡Oh, sí, puedes morir: él en el tiempo
Imprime á cuanto adora eterna vida,
Y el amado y la amante
Unidos, en un vuelo
Suben del genio en alas hasta el cielo.
Ah! si mi barca frágil, zozobrante,
Fuese al puerto impelida
Por más benignas auras; si en mi oriente
Astros más bellos su esplendor me dieran;
Si de un ángel el lloro haciendo amiga

La fortuna inclemente,
De la muerte enemiga.
Disipara las sombras en mi frente!
Quizás.... Oh! si, perdón numen del canto!
Osaría ¿un amante que no osara?
Llevar mi audacia á tanto
Que á igualar alcanzara
La intensa llama cuya luz me inspira;
Y entonces levantara,
Emulando los triunfos de la lira
Al celebrar mi dicha y mi tormento,
De nuestro dulce amor un monumento.
Así el viajero que descansa un punto
Al abrigo del valle solitario,
Antes de continuar la ardua jornada,
Se complace en dejar allí grabada
Su cifra, en algún tronco hospitalario
De que gustó la sombra regalada.

¿No veis cual todo cambia ó muere en torno?
Pierde la madre tierra
Sus frutos, y su adorno
La selva hojosa pierde;
El rio en la honda mar se abisma; queda
A un soplo de los vientos
Marchito el prado verde;
Y el carro del otoño recibiendo
El rudo empuje del invierno, rueda
Del año en la pendiente,
Como un gigante armado y prepotente
Los seres todos al acaso hiriendo.
En su vuelo incansable

El Tiempo con la Muerte al huir renueva
Este universo instable!
Se hunde en perpetuo olvido
Cuanto segando va con fiera mano:
Ve así caër un rápido verano,
De los espigadores en la cesta
Su corona de fiesta;
Y la viña feraz que amarillece,
Ve que el fecundo otoño sus opimos
Y dorados racimos
Del vendimiante al carro los ofrece.
De este modo también caereis vosotras
¡Oh breves flores de la vida! ardiente
Amor, placeres, juventud, belleza;
Belleza fugitiva, almo presente
Que el cielo mismo envidia á los mortales;
Así caereis si el genio en su grandeza
No os levanta en sus palmas inmortales!
Contempla compasiva cual se embriaga
En brazos del placer, rica de encantos,
La vulgar juventud. Cuando agotare
La copa en que su sed ardiente apaga
¿Qué de ella en pos? Apenas un recuerdo;
Su amor al borde del sepulcro expira....
Mas en vano tu lápida mortuoria
Siglos y siglos hollarán. Elvira,
Eterna es tu memoria!

LA NOCHE

Valle de Ingá (Brasil)

La agreste soledad yace en tinieblas.
El labrador descansa; el valle duerme.
Corona de los cielos fulgorosa
Brillan los astros de la Noche —¡Oh, salve,
Madre sublime de los dulces sueños!
¡Bendita cuando vienes de este albergue
Donde huyendo del mundo hallé un refugio,
A cubrir con tu manto las montañas,
A rociar con tus lágrimas las flores!

Solemne, funeral, lóbrega, dime:
¿Llevas acaso el luto de los siglos?
¿Lloras eterna viuda, algún sol muerto
Que te dejó en herencia las estrellas?
¿Sales del caos ó marchas á la nada?
¡Quién podrá penetrar en tus enigmas!.....
Noche mejor que el día ¡cuánto te amo!
Y cuánto el bello resplandor me arroba
De esa lámpara opaca con que alumbras
Tu paso triste en la región del trueno!

Pláceme, sí, tu celestial lumbrera
Aún más que el sol cuando en soberbia pompa
En el espacio vívido refulge,
Naturaleza en júbilo palpita,
Y sonríe entre auroras el olimpo.

Tú con sigilo del amor proteges
Los sagrados misterios; tú del canto
Eres al par la inspiradora augusta.
Julieta está á tu espera en el castillo,
Y en la alta torre el sabio taciturno
Que en los astros horóscopos descifra.
Oye! es la voz del trovador errante
Que al pie del torrëon lanza sus quejas
Al blando son del bandolín. — Se escucha
Rechinar un balcón. Cae á las plantas
Del doncel una flor.— Aplica al muro
Ligera escala de torzal tejida:
Se signa, sube, y el balcón se cierra.....
Luego la calma, la mudez profunda!

Acaso por tu sombra cobijadas
Dejan las almas tiernas sus sepulcros,
Se buscan y se abrazan sollozantes
En las ondas del viento; el aura acaso
Va en sus tenues suspiros impregnada
Cuando riza las aguas de la fuente,
En la selva murmura lamentosa,
O bien columpia el mimbreral marino.
Es la hora! ¡Venid genios del aire
En un girón de niebla plateada!

¡Leves hadas, venid de largos velos
Cubiertas, sobre el lago transparente
A ejercitar vertiginosas rondas
La cabellera rubia suelta en bucles!
¡Abandonad los entreabiertos lirios
¡Oh silfos invisibles! arrastrados
Por raudas y vagantes mariposas
En vuestro carro de cambiante nácar!
¡Espíritus nocturnos, yo os evoco,
Ora que el alma lánguida fluctúa
En el diáfano mar de los recuerdos,
Como en la clara linfa un cisne herido
Que el ala extiende sin volar, y nada
A merced de la límpida corriente!
¡Venid, venid, rozad con vuestro aliento,
Y refrescad mi sien, por que allí brote
La inspiración ha tiempo adormecida,
En blandas, melancólicas endechas!
¡Oh, dejadme soñar, hasta el momento
En que la luna, sol de la memoria,
Despliegue al aire el pabellón de plata,
Con él cubriendo la ignorada tumba
A que el hado fatídico me inclina.
En tanto ¡oh Noche! suelta tus crespones,
Y envuélveme en tu paz y en tu silencio!

CÁNTICO (*)

Caridad que del cielo desciendes
Revestida de gracia y de luz,
En tu amor nuestras almas enciendes
Cuando imploras al pie de la cruz.

¡Oh, qué fuera sin tí, sin tu aliento
La progenie dispersa de Adán!
En tus aguas saciaste al sediento,
En tus trójes el hambre halla el pan.

Bajo el manto al desnudo le abrigas;
Tú del Cristo gemiste á los pies,
De Miriám (**) el tormento mitigas,
En las ondas salvaste á Moisés.

(*) Esta composición fué ofrecida (1876) á la Sociedad de Beneficencia, para un concierto organizado bajo sus auspicios, en favor del Hospital de Niños. El maestro D. Avelino Aguirre la puso en música y dirigió su ejecución.

(**) Miriám: *estrella del mar*. El nombre hebreo de María.

Desde entonces el huérfano alcanza
Los cariños de tu alta piedad:
La niñez es albor y esperanza;
Tú eres llama, salud y bondad.

De Verónica el lienzo estampaste,
En Canaan diste tumba á José,
A Tobías sublime inspiraste
Santas obras que ensalzan tu fe.

Por tí es dulce el raudal de la vida,
Por tí el templo á los tristes se abrió;
Tú das bálsamo suave á la herida
Del guerrero que heroico lidió.

Al cautivo tu esfuerzo redime
Empuñando el celeste broquel;
No toleras que al justo se ultime;
De sus hierros libraste á Israël.

Hoy te llama la infancia doliente.
Amorosa corriste á su voz.
¡Himnos puros del labio inocente,
Grato incienso, subid hasta Dios!

¿Conoceis á la rubia y tierna Amira?
¡Qué belleza, qué flor, qué luz, qué fuego!
Su andar se ajusta al ritmo de la lira,
Hay en su voz la suavidad de un ruego.

El flamenco nadando en la laguna
Entre el verde juncal, no es más gallardo:
Espira un vago resplandor de luna,
Tiene la fresca palidez del nardo.

Hace soñar; la mente se colora
De su candor al virginal destello;
Se sueña con las rosas, con la aurora,
Con las hebras de luz de su cabello.

Parece que un espíritu celeste
Siguiéndola invisible la perfuma,
Y que su blanca y ondulante veste
Por el aire agitada hiciese espuma.

Ayer la ví pasar en lontananza,
E imaginó mi alma entristecida,
Era el ángel de la última esperanza
Que buscaba, el sepulcro de mi vida.

ARMONÍA

h querida! jamás mi labio pudo
Decirte cuanto te amo! en mi pasión
Te he contemplado palpitante y mudo,
De mi noche sin fin cándido sol.

Místico velo mi cariño ha sido
Con que oculté celoso tu beldad;
En mi alma tu amor así ha crecido
Como exquisita flor bajo un fanal.

Nunca se oyó en mis himnos profanado
Tu dulce nombre; altivo desdeñé
Comprar, en tus encantos inspirado,
Para mi frente pálida un laurel.

La gloria está en tu amor; sordo á la fama
Quiero oscuro á tu lado ser feliz;
De mi afecto veraz la interna llama,
Arde solo y alumbra para tí.

¿Qué dá á los hombres la ventura ajena?
¿Irá á cantar en el festín mi voz,
Es una copa de perfumes llena
En que impregnada estás, tu corazón?

Ignore el mundo tu belleza, ignore,
Cuanto hay en tí de suave, de idëal;
Que su contacto impuro no desflore
De tu sien la guirnalda de azahar.

Eterna viva en la memoria Elvira
De los siglos, y Laura y Beatriz,
Dulces astros de amor en que se inspira
La mente audaz, el estro juvenil.

Yo quiero para tí sombra y sigilo,
Y arrojando en los mirtos el laúd,
Vivir, morir amándote, y tranquilo
Ir á aguardarte á la región de luz!

SEMBLANZA

Más süave que el vuelo de la brisa
En el rosal florido es mi adorada;
Grave, modesta, tierna, recatada,
A todos blanda, solo á mí sumisa.

Argentina es su voz, dulce su risa
Del amor por la llama iluminada;
El rayo azul del cielo en su mirada,
Dá de origen la señal precisa.

El cabello ondëante, esbelta y fina,
Recto el perfil, rotundo el níveo seno,
¿Quién vió jamás tan célica hermosura?

Es una estatua griega, una alba ondina
Surgiendo leve del cristal sereno
Al fulgor de la luna en la espesura!

AT HOME

Bella es la vida que á la sombra pasa
Del heredado hogar; el hombre fuerte
Contra el áspero embate de la suerte
Puede allí abroquelarse en su virtud.
Si es duro el tiempo y la fortuna escasa,
Si el aéreo castillo viene abajo,
Queda la noble lucha del trabajo,
La esperanza, el amor, la juventud.

¡Hijos, venid en derredor; acuda
Vuestra madre también ¡fiel compañera!
Y levantad á Dios con fe sincera
Vuestra ferviente, cándida oración.
El es quien nos reune y nos escuda,
Quien puso en vuestros labios la sonrisa,
Dá su aroma á la flor, vuelo á la brisa,
Luz á los astros, paz al corazón.

Después de la fatiga y del naufragio
Ansío rodëarme de cariños;

La serena inocencia de los niños
De la herida mortal calma el dolor.
Es para el porvenir dulce presagio
Que al hombre con el mundo reconcilia,
El ver crecer en torno la familia
Bajo las santas leyes del amor.

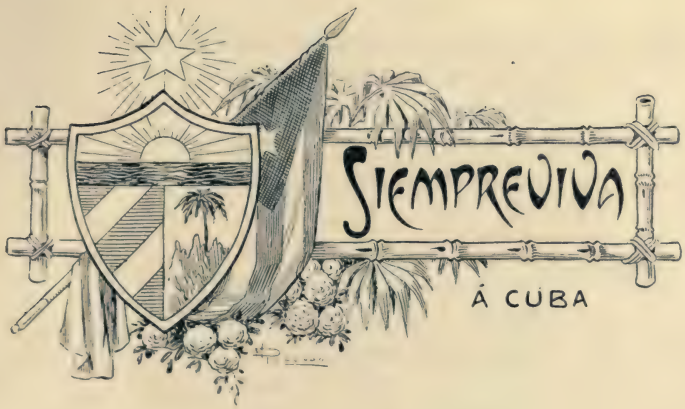
El vano orgullo, la ambición insana,
Aspiren á las pompas de la tierra;
Su nombre ilustre en la sangrienta guerra
Lleno de encono el bárbaro adalid.
Nuestra misión es, hijos, más cristiana:
Amar la caridad, amar la ciencia;
Puras las manos, pura la conciencia,
Dar el licor á quien nos dió la vid.

El sol de cada día nos alumbre
El sendero del bien; nada amedrente
Al varón justo, al ánimo valiente
Que fecundiza el suelo en que nació.
La libertad amemos por costumbre,
Por convicción y por deber. En ella
El despotismo estúpido se estrella:
De la Patria los hierros destrozó.

¡Honra y prez á sus padres denodados!
Entre ellos se encontraba vuestro abuelo;
Hoy descansa su espíritu en el cielo,
Noble atleta vencido por la edad.
Venid en sus recuerdos impregnados,

Y llena el alma de filial ternura,
Su venerada, humilde sepultura,
Con flores y con lágrimas regad.

Tomad ejemplo en él; y cuando un día
Emprenda yo mi viaje sin retorno,
Erigidme una cruz, y de ella en torno,
Sin una mancha en la tranquila sien,
Llenos de amor, de paz, que es la harmonía,
Podais decir de vuestro padre amado:
Latió en su pecho un corazón honrado:
No fué un prócer, fué más, hombre de bien.



De lejos noble cautiva
Asistí á tus funerales!.....
Una humilde siempreviva
Te envío, de una alma altiva
Que lloró por tí á raudales.

Muerta estás, pero tu gloria
Es tan sublime y tan pura,
Que al consignar tu memoria
Vergüenza tendrá la historia
De verte en la sepultura.

Allí tal vez agrupados
Del monte en las nieblas bajas,
Vélante el sueño aun armados
Tus guerreros ya finados,
Envueltos en sus mortajas.

Y diz que en ciertos momentos
De la noche, entre suspiros,
Se oyen flotando en los vientos,
De tus vates los lamentos,
Los ayes de tus *guajiros*.

¿Cómo pugnaste tan sola?
¿Quién á tu brazo dió fuerza
Contra la hueste española,
Que á la conquista se inmola
Y sin cesar se refuerza?

¡Oh de la patria amor santo!
¡Oh libertad, que levantas
Al débil, y le alzas tanto,
Que llega á infundir espanto
A quien le tuvo á sus plantas!

Tú por trozar tus cadenas
¿Qué no hiciste indiana hermosa?
¡Cuánta sangre hubo en tus venas!...
¡Cuánta amargura en las penas
De tu noche borrascosa!

Dulce criolla, has sucumbido
Como paloma en los mares
A quien faltara el volido
Para llegar hasta el nido
Entre los verdes palmares.

Ahogó el atleta en sus manos
A la virgen antillana
¡Han triunfado sus tiranos!....
¡Aplaudid, americanos,
La soberbia castellana!

Presenció tu sacrificio,
Cuba, el siglo indiferente,
Y aun te empujó al precipicio;
Mas lleva hoy de tu suplicio
El gran estigma en la frente.

Desde aquí tu inmensa ruina
Contemplo, y fieros destrozos,
Impertérrita heroina,
Y de tus hijos se afina
Mi harpa triste á los sollozos.

Solo su ofrenda recibe
Ya que el mundo te abandona.
La mente apenas concibe
Como inerte ni percibe
A la postrada amazona.

¡Duerme en paz!... ¡Blanda te alumbre
En tu mansión funeraria,
Que es tumba, y altar y cumbre,
La melancólica lumbre
De tu estrella solitaria!

Vendrá un día..... mas no el velo
Rasgue el bardo á tu destino.
Te custodian desde el cielo,
La Esperanza con su anhelo,
Y Dios con su amor divino.

Año 1878.

LA ESTRELLA DE LA TARDE

Estrella solitaria de la tarde,
De los cielos viajera misteriosa,
Que desde el éter puro fulgurosa
Al alma el fuego irradias en que arde —
Estrella solitaria de la tarde!

¿Qué augusta pena su palor te imprime,
Con que hasta el fondo del recuerdo brillas,
Cuando del mar absorto en las orillas
Mudo contemplo tu beldad sublime?
¿Qué augusta pena su palor te imprime?

De los dulces ensueños blanca aurora,
De la esperanza refulgente faro,
Al infeliz amante eres amparo
Que en tí da cita á la que tierno adora,
De los dulces ensueños blanca aurora!

Cuando al zenit magnífica te encumbras,
Vuelve el pastor del hato á su cabaña,
Se recuerda á la patria en tierra extraña,

En el piélago undoso al nauta alumbras,
Cuando al zenit magnífica te encumbras.

¡Límpida estrella de esplendor celeste,
Estrella del amor! mis pasos guía,
Tus rayos esparciendo y tu harmonía
De mi existencia en el desierto agreste,
Límpida estrella de esplendor celeste!

Al fulgor de tus pálidos zafiros,
Sobre la humilde fosa que me guarde,
A tí mi alma en la tranquila tarde
Suba del aura envuelta en los suspiros,
Al fulgor de tus pálidos zafiros.

Fijando la mirada en tu aurëola,
Si la precedo acaso en la partida,
Mi amiga fiel recuerde enternecida
Que en el valle del llanto amé á ella sola,
Fijando la mirada en tu aurëola.

Preside dulcemente á su destino,
Tú que del monte Oreb (16) en las alturas
Brillaste, y en las bíblicas llanuras
De Senáar (17) con resplandor divino,
Preside dulcemente á su destino.

¡Eterna luce hermosa y rutilante
Lágrima ardiente del Inmenso; inflama
Los castos pensamientos y derrama
La ilusión, la esperanza al pecho amante
¡Eterna luce hermosa y rutilante!

PASÓ...

Semejaba una mística azucena
Puesta sobre un altar de mármol fino;
Una alma de luz llena
Flotando entre las nieblas del destino.
La encontré en mi camino;
Aun la veo pasar sonriente y pura
En la profundidad de mi memoria,
Que su graciosa imagen diviniza.
Sentí que me inundaba en su frescura,
De su virtud en el sencillo encanto:
Amarla fué mi religión, mi gloria....
Aquella alta ventura
Que el recuerdo eterniza,
Pasó como una sombra, como un canto.
La dulce flor se convirtió en ceniza,
Y mi aurora fugaz en noche y llanto!....

BRUMA

Como en un negro manto
Me envolví en el silencio, pues presumo
Que dulce al expirar mi último canto,
Lo que ayer fuera llama hoy solo es humo!

CELAJE

¡Oh pensamiento! un día
Al desplegar tus alas,
Soñaste con la gloria,
Con la fortuna ingrata.
Sueño fugaz! apenas
Hoy lo recuerda el alma,
Buscando en el pasado
Mis huellas, ya borradas.
¡De mis primeros cantos
Enmudecida el harpa!
¡En el altar derruído
Ni incienso, ni plegarias!
¡Marchita, eternamente
Marchita la guirnalda,
Que ornó la frente pura
De la consorte amada!....
Marchemos á la lumbre
De las estrellas pálidas;
La cima está muy lejos,
Y la pendiente es agria;
Marchemos aspirando
Las azucenas blancas,
Que entre las grietas crecen
De la fatal montaña!....

Á MI HIJA MARÍA DEL PILAR

Tengo en el valle de la vida un lirio:
Mi dulce hija: placidez, candor;
Luz en la noche triste del martirio,
Perla del mar en que se hundió mi amor.

Su nombre es harmonía. Todo en ella,
Modestia, gentileza, suavidad:
Destello azul de mi eclipsada estrella,
Que reflejó otro mundo y otra edad.

Color de bronce antiguo es su cabello;
De las espigas en sazón la tez:
El talle de Polimnia, erguido el cuello:
Dátil nuevo de Smyrna en su esbeltez.

Su labio carmesí destila el zumo
De la fresca granada, y es su andar
Gracioso y ligero como el humo
De los perfumes suaves del altar.

Dicen sus grandes ojos: inocencia.
Su frente: inspiración. Es tanto así,
Que de ella emana la divina esencia
Del estro bullidor surgente en mí.

Dina y Raquel llamáranla su hermana:
La clara fuente, ninfa: el campo, flor.
Yo, de mi huerto la primer manzana,
De mi selva sombría el ruiseñor.

Parece que su mente siempre al cielo
Levanta, y se arrobase en contemplar
Las azuladas cumbres del Carmelo,
O la profunda inmensidad del mar.

A su lado el espíritu se eleva,
Y se aspira el olor de la virtud;
Mi vida en ondas mansas se renueva,
Remontando á la noble juventud.

Si envuelta entre sus velos la contemplo,
Me aparecen las vírgenes de Sión
Cruzando con sus lámparas el templo,
Palpitante en los labios la oración.

Y cuando fina á recibirme avanza,
La imagino en su tierna languidez,
El ángel soñador de la esperanza
Que me sonrió en la tierra alguna vez.

De sus caricias el tesoro es mío;
Ella mi lira de marfil templó,
Y con rosas fragantes del estío
Mis nevados cabellos coronó.

¡Si la viese hoy la madre! ¿Quién podría
Su júbilo, su gloria traducir?
¡Oh mi muerta adorada! ¡Oh mi Sofía!....
¡Porqué tan sola te dejé partir!....

La que mimara infante es virgen pura,
Coronada de mirto y azahar;
Mirra escogida, fuente de ternura,
En mi zozobra oriente y luminar....
. . . . . .

Busqué la playa y encontré el desierto;
Las arenas quemáranme los piés;
Marcho al azar de mi destino incierto,
Sin hoy, y sin mañana, y sin después.

Vén, hija, vén que el templo está derruído;
Sus columnas tumbara el vendaval;
Salva el fuego sagrado allí encendido
Por un amor que se sintió inmortal.

Arca viva, tus rumbos en la sombra,
Custodio de tu dicha, seguiré;
La campiña á tu paso es verde alfombra,
Contigo en claras linfas beberé.

El tronco aislado te dará su arrimo.
Aun hay murmullos en la agreste vid;
Yo el pámpano incoloro, tú el racimo;
¡Aves del cielo, céfiros, venid!

El hálito vital de tu alborada
Refresque puro, halagador mi sien.
Tú empiezas, yo termino la jornada;
¡Dios te conduzca al suspirado edén!....

Á MARTÍN DE LA QUINTANA

EN LA MUERTE DE SU HIJO HUGO

Perdiste el hijo amado!....
Quién á tal duelo el bálsamo presume?
Fresco lirio tronchado,
Apenas entreabierto ya agostado,
Exhaló al alba el celestial perfume!

La jaula está vacía,
Del ave tierna que alegró la casa
En dulce y fausto día;
La cuna ayer caliente hoy está fría
Como una tumba en que el amor fracasa!...

Quizás ¡oh! la Inocencia
Que vela ante los ángeles dormidos,
Lamenta allí la ausencia
Del que dejó al partir por toda herencia,
Sonrisas, y juguetes esparcidos.

La Muerte en asechanza
Medita el golpe entre la sombra oculta:
Derribe sin tardanza
Al que lleva perdida la esperanza
Y triste en vida el corazón sepulta.

¡Pero á un precioso niño!....
Misterio atroz, sentencia formidable
Que abomina el cariño.
¡El tigre salva, inmólase el armiño!
¡Oh mundo incomprensible y miserable!

Encierra los despojos
De tu hijo en urna de ónix bien labrada,
Pues fué luz de tus ojos;
Como envuelve el colono en los rastrojos
La yerba campesina en flor segada.

Yo llevaré mi ofrenda
Del niño muerto á la mansión oscura:
Mirra aun tengo en mi tienda,
Y la sabré quemar de afecto en prenda,
Uniendo la blancura á la blancura.

Agosto 1878

LUZ Y TINIEBLA

En la edad juvenil cuando el sol dora
La verde cumbre y el rosal en flor,
Cándida el alma imprégnase de aurora,
La vida es resplandor!
Mas cuando ya la sombra en torno crece,
Marchitos del verjel los albos lirios,
Que del amor la estrella palidece, —
Es un templo en que apáganse los cirios,
Y en cuyas anchas naves aun vibrantes
Del órgano sonoro, y humëantes
De incienso y mirra, místico ha cesado
El cántico sagrado!

NOTAS

(1) El que desee cotejar con el original nuestra versión castellana, hecha á instigación de un amigo, percibirá desde luego que, á falta de otro mérito, hemos observado la más estricta fidelidad al texto, traduciéndole en el mismo número de versos de que consta, usando de los mismos metros ensayados por el ilustre autor, y hasta siguiendo el orden por él adoptado en la colocación de sus rimas.

Hé aquí la nota con que Lamartine acompañó el *Chant d'amour*, en una de las mejores ediciones de sus obras poéticas.

"Esta *Meditación* fué igualmente escrita en el verano de 1820 en Ischia. Es un cantar de los cantares, pero con notas menos penetrantes, y colores menos orientales que el himno nupcial de Salomón. Es un reto á la poesía, que no ha sabido nunca expresar la felicidad, como expresa el dolor, sin duda porque la felicidad es un secreto que Dios ha reservado al cielo, mientras por el contrario el hombre conoce el dolor en toda su acerba intensidad".

(2) *Willis:* como vemos escrito en las poesías inglesas, ó *Wilas:* "hadas servias análogas á las *Rusalkis* eslavas. Habitan en las nubes, en los bosques y en las montañas, y bailan á la sombra de los cerezos. Son jóvenes y hermosas: llevan velos blancos y cabelleras largas y flotantes".

(3) *Reproche.* Este soneto apareció anónimo años atrás en la "Reforma Pacífica", por ocasión de una poesía erótica publicada el día antes en el mismo diario. El malogrado joven literato oriental Heraclio C. Fajardo, con quien nos ligaban relaciones cordiales, encontró el soneto de su gusto, y sin conocer al autor, dedicole algunos versos, inculcando ingeniosamente en sus mismas ideas. Tuvimos entonces el capricho de contradecirle, empezando por la composición siguiente que titulamos "Sensualismo". Fajardo no se dió por vencido, resultando de ahí una especie de certamen en que ambos escribimos sonetos improvisados, en diversos tonos; él con la visera levantada, nosotros encubiertos:

de todo lo cual nuestro estimable contendor hizo en seguida una impresión en hoja suelta. De ella hemos tomado solamente las composiciones citadas.

(4) No nos consta que ni esta, ni las composiciones griegas que la siguen, exceptuando la oda de Safo "A una mujer amada" hayan sido antes de ahora trasladadas al castellano. En tal caso nos tocaría el honor de ser los primeros en traducir á nuestro idioma esas joyas preciosas de la musa antigua. (*).

(5) Transcribimos aquí la nota con que acompañamos esta oda, incluída en el artículo "Las mujeres griegas" que publicamos en la "Revista de Buenos Aires" (tomo XVI, 1868):

"Nada menos que cinco traducciones en verso y prosa tenemos á la vista, de la oda de Safo "A una mujer amada". cuyos autores son Boileau; Cazado, traductor de los "Viajes de Antenor" imitador de Boileau; Deschanel "Les Courtisannes Grecques"; Cesená "Les Belles Pechereses" y nuestro apreciable compatriota el señor Larsen, traductor de Longino; siendo de notarse en tan eruditos escritores, la diversidad de los giros del lenguaje, y aún la divergencia en la interpretación del mismo texto. En tal conflicto, nos ha parecido más acertado y prudente seguir las huellas del autor que traducimos. La versión que él nos da de la famosa oda está hecha en prosa. La hemos puesto en verso castellano con escrupulosa exactitud, sin otra mira que la de amenizar nuestro humilde trabajo, por más que desconfiemos escollar donde tantos otros fracasaron.

Algunos lectores extrañarán acaso que la oda mencionada sea dirigida á una mujer y no al amante de Safo. A este respecto, defendiendo á la apasionada poetisa, dice Cesená lo siguiente: "¿Porque á ejemplo de otros poetas no pudo Safo poner los versos de que acabo de indicar el sentido, en boca de Faón? ¿Y porque valiéndose de una ficción muy frecuente aún siendo ella la autora, no le habría sido dado imaginar que fuese su amante quien se los dirigía?...."

(6) "*La noble sangre de mi heroico abuelo*".

En el "Monitor Araucano" tomo 2°, número 26, fecha viernes 11 de Marzo de 1814, publicado en Santiago de Chile en la imprenta del Estado, por don J. C. Gallardo, se lee la siguiente proclama y decreto del *Supremo* Director del Estado, don Antonio José de Irrisarri, referente á mi abuelo el Coronel don Carlos Spano:

"Ciudadanos! al anunciaros que ha muerto el Coronel don "Carlos Spano, sé que un triste silencio sobrecogerá á cada

(*) Escrito esto en 1871, el literato español Menendez Pelayo, tradujo años después las dos odas de Safo incluídas en la presente colección.

"uno de vosotros, y que penetrados de la desgracia que en esto "ha sufrido la Patria, lloraréis la pérdida del valiente y distin- "guido héroe de Talca. Cuando cada uno de vosotros ha sido "testigo de las virtudes, servicios y amor á la Patria de este "benemérito é incomparable oficial, yo solamente os haré pre- "sente los últimos sucesos de su vida, para rendir de este modo "el homenaje debido á la memoria del primer europeo ciudada- "no de Chile.

"Invadido Talca por una respetable división enemiga en circuns- "tancias que se hallaba sin guarnición alguna, el heróico Spano, "sostuvo la plaza, haciendo una vigorosa defensa sin otro auxilio "que veinte fusiles, tres cañones con setenta artilleros y treinta "lanceros. Contestó al invasor que solo después de su muerte "ocuparía la ciudad que estaba encargada á su cuidado; y cuando "ya el enemigo era dueño de todas las calles de la ciudad y de las "cuatro entradas de la Plaza Mayor: cuando el valiente Gamero, "único oficial que sostenía el fuego contra el enemigo, quedó "muerto al pie de su cañón, otro de los oficiales dijo á nuestro "héroe: "Ya hemos hecho cuanto pide el honor, huyamos ahora; "aun hay una calle descubierta. Mas este hombre digno por todos "títulos de nuestra admiración y gratitud, respondió: "Aún no "es bastante. Yo no debo sobrevivir á las desgracias de la Patria". "Y observando entonces que los enemigos acometían á quitar "la bandera tricolor que se elevaba en el centro de la misma plaza, "corrió presuroso por entre el tropel de los tiranos, y abrazán- "dose de ella cubierto de heridas, su voz balbuciente pronunció "por últimas palabras: "Muero por mi Patria, por el país que "me adoptó entre sus hijos".

En seguida recuerda la proclama á los chilenos, los servicios de Spano. "No os le presento", dice, "vencedor de Chillán "el 3 de Agosto y ocupando casi toda aquella ciudad: tampoco "casi abrasado en el incendio del mismo día 3, por defender una "de nuestras baterías. No le miréis organizando é instruyendo "la fuerza que ha salvado la Patria, ni le consideréis como uno "de los mejores oficiales que han existido en América, y que tal "vez no conocía otro superior en su línea. Os lo presento solamen- "te en los últimos instantes de su vida defendiendo á Talca, "infundiendo valor al pequeño número de sus defensores, y res- "peto á los tiranos, y sé que vuestra gratitud hácia las respetables "cenizas de este ilustre ciudadano no tendrá límites, y que recor- "daréis su memoria con el más tierno agradecimiento mientras "exista el nombre sagrado de la Patria.

"En fuerza de estas consideraciones he venido en decretar "lo siguiente:

"1° — Luego que se reconquiste Talca, se levantará en medio "de la Plaza Mayor de aquella ciudad una pirámide con esta "inscripción: LA PATRIA AGRADECIDA AL HÉROE DE TALCA. "SPANO.

"2° — Se grabará también su nombre en la pirámide de la "Fama, con la distinción de que sea inscripto en letras de oro.

"3° — En todos los Cabildos del Estado se registrará este "decreto.

"4° — Luego que se concluya la guerra, el Estado hará dona- "ción á su apreciable familia de un fundo cuyos productos sean "suficientes para que se sostenga, y entretanto, se asignará á "su viuda una pensión de cien pesos mensuales.

"5° — Se celebrarán en esta capital á costa del Estado exéquias "fúnebres por su alma, con asistencia mía y de todos los cuerpos "públicos, y con la mayor pompa y solemnidad."

. . . . . .

Santiago, 11 de Marzo de 1814.

Antonio José de Irrisarri.
Mariano de Egaña.
Secretario.

(7) Elegía. — De las poesías que he escrito en portugués, solo esta elegía ha escapado á la destrucción á que fueron sus compañeras por mí inexorablemente condenadas. El nombre que lleva al frente la ha salvado. Doy aquí su traducción literal, para aquellos que no conociendo el idioma en que fuera concebida deseen al hojear este libro de un homenaje dedicado á la más tierna amistad.

Elegía

A la memoria de José Fraçao Varella.

"Será acaso ilusión" el que los muertos nos escuchan, — que entre el ramaje de los lúgubres cipreses del sepulcro, murmura suavemente la voz que arranca de nuestra alma, y se remonta hasta la mansión augusta de la eterna ausencia?

¿Revive la llama en las heladas cenizas?

¿Existe acaso allá en el cielo un eco que responda á los suspiros de la tierra?... Misterio! Lóbrego abismo en donde se derrumba el débil pensamiento que animado al calor de las dulces memorias, va entre las sombras de la noche infinita, arrojando fúnebres relámpagos, en busca del amigo. que perdí!

"¡Oh Varela! que no pudiese darte el último adiós, velar solícito al lado de tu lecho, cerrarte los ojos, besarte la mano amiga y generosa, decirte en secreto á la despedida, que me esperases en el seno de la inmensidad!

"¡Alma fiel cuán temprano partiste! ¿Quién imaginara cuando yo te dejé, que en el camino ameno y apacible, en medio de la harmonía y los perfumes perdiéndose en el azul del firmamento, limpio de nubes, brotando resplandecientes estrellas, — te seguía

oculto en la arboleda el ángel de la muerte, revolando en esos frescos valles de la vida en que resonaban las canciones festivas, la risa delirante!

"Quizá más de una vez huyó de tí al verte franco, jovial, la frente iluminada con el júbilo febril de la juventud, que en tí brillaba con toda la riqueza de sus dones. Brillaba, sí; ella en su albor te dió profusa gentileza, vigor, gracia, ingenio vivaz, valor, ternura, sensibilidad profunda, férvido entusiasmo, al coronarte bella y risueña con sus guirnaldas de rosas, que tu deshojabas ante el altar de tus amores.

"¡Y qué amores los tuyos! Aún conservo como un perfume las gratas confidencias que me hicistes en los paseos nocturnos por las playas que besa el Guanabara, verde y poético asilo de los tiernos y melancólicos recuerdos, — en esas noches suaves, transparentes, en que la luna desprendiéndose el diáfano velo, derrama desde el alto trono sus pálidos zafiros, bañando la tierra en luz harmoniosa, trémula centellando en las aguas.

"Una mirada de la que amabas bastaba para hacerte dichoso. Amor ideal, etéreo; amor divino que se alimentaba á sí mismo de su casta luz, dorando con ella en deliciosos ensueños las alas de la esperanza fugitiva.

"¡Qué puedas, espíritu inmortal, recoger sus lirios, saciar tu sed en la fuente pura en que germinan, esparciendo á lo lejos su esencia virginal, su ámbar celeste!

"¿Y cómo no elevar estos votos por tí? Fuerte por la virtud, la frente erguida hirviendo en peregrinas ideas, el corazón desbordando de afectos, apareciste en el banquete de la vida, y convidado de un día, libaste apenas entre sonrisas el licor espumante.

"Tu modestia, tu fe, la resignada confianza en las promesas del porvenir, la atmósfera serena en que lucían tus plácidos y bellos pensamientos, calmaban con mágica influencia los ímpetus que me impelían entonces á lanzar mi batel, engalanado de alegres banderolas y guirnaldas, en el ardiente piélago de los placeres.

"¡Cuántas veces me tendiste la mano al punto en que me arrojaba ciego al precipicio! ¡Cuántas tu acento insinuante vino á despertar mi razón anublada en la embriaguez de las pasiones tumultuosas! Y sin embargo, tú has muerto, y yo vivo todavía... Ya nunca te veré!... Dichoso tú ¡quién sabe! que te has adormido en la estación benigna y en pleno follaje, desapareciendo en el océano del infinito, como un astro que desmaya al resplandor de la aurora!

"Dejando lejos, entretanto, la senda umbrosa que recorrimos juntos, ví transformarse los árboles frondosos en ásperos peñascos, en bravas ondas el raudal sollozante, el prado en un erial, mis himnos en melancólicas endechas.

"Y cuando vine de nuevo á buscarte, á entornar en tu pecho mis penas, que pregunté por tí, ya habías partido!

"Jamás te olvidaré. Oh! nunca, nunca, hasta el fin de mis días! Tu imagen quedóme impresa en el alma con los rayos más fulgentes del sol de la juventud. Conservaré íntegra la herencia de tu noble afecto, dándole solo parte á aquella por quien me es amable la vida, que me anima cuando mis fuerzas desfallecen, mi joven esposa, huerto cerrado, nardo que florece á la sombra de mi destino. Enseñaré tu nombre á mi hija que todavía en la infancia se parece á los ángeles; y ya que no me es posible derramar sobre tu sepulcro las flores que amabas tanto, al menos consagraré á tu memoria estos versos escritos con mis lágrimas."

(8) México. "*Ve el robo y la traición y la mentira.*"

La Oda á México escrita en circunstancias en que la heroica Puebla de Zaragoza sostenía el sitio contra los franceses, se halla inserta en la "Revista de Buenos Aires", acompañada con notas justificativas de los graves cargos formulados en ella contra el Imperio francés. Véanse allí los trozos que por demasiado extensos no reproducimos aquí, de los discursos pronunciados por Mr. Julio Favre en el Cuerpo Legislativo de Francia á 6 de Febrero de 1863, y por el General Prim en el Senado español á 9 y 11 de Diciembre de 1862.

(9) "*Se abrió á Tenochtitlan ancho camino*"

La palabra Tenochtitlan significa *tunal sobre una piedra* (Mendoza, antigüedades de México).

"Después de una serie de emigraciones y aventuras (dice Prescott refiriéndose á los primitivos mexicanos), que puede compararse con las más extrañas leyendas de los tiempos heróicos del mundo antiguo, hicieron por fin alto á la margen sudoeste del lago principal en el año de 1325. Allí es donde vieron posada en las ramas de un nopal que se erguía del hueco de una roca bañada por las aguas del lago, una águila real de un tamaño y belleza extraordinarios. Esta águila asía una serpiente con sus garras, — sus grandes alas desplegadas hácia el sol naciente. Los mexicanos saludaron este feliz augurio, que según un oráculo indicaba el asiento de la nueva ciudad, de la que lanzaron los cimientos sobre unas isletas bajas que unieron al fin por medio de diques y cegando los aguazales. Sobre aquellos cimientos fabricaron sus frágiles habitaciones hechas de cañas y de juncos, y alimentaron su precaria existencia con la pesca, la caza de pájaros silvestres que revolaban en el lago, y el cultivo de algunas legumbres que se criaban en sus jardines flotantes. La nueva ciudad llamada Tenochtitlan en prueba de su origen milagroso, no es conocida por los europeos sino bajo su otro nombre de México, derivado del dios de la guerra, llamado entre aquellos pueblos Mexitli. La leyenda de su fundación consérvase todavía en nuestros días en la empresa de la águila y del *cactus*, que figuran en las armas de la moderna República de México."

(10). — "*Pesándole la espada de la Francia*
La trueca por la pluma, y borronea
Del héroe de Farsalia,
De aquel rayo de Italia,
En ocio blando la tremenda historia, etc."

A la sazón en que apareció esta oda en la "Revista de Buenos Aires", ocupábase Luis Napoleón en escribir la historia de César (publicada uno ó dos años después), á cuyo efecto mandó hacer excavaciones en Roma, ocupando en buscarle y suministrarle materiales, á arqueólogos, artistas y anticuarios.

(11). — "*Y el Dios de majestad quebró los dientes*
A los que el freno de su ley mordieron".
(David, salmo III, traducción de González Carvajal).

(12) — *¡Zaragoza!* "*¡oh ilustre y alto mozo!*"

Así llamó Fray Luis de León al príncipe D. Carlos en la célebre canción que hizo á su muerte.

(13). — "*.....¿Tu bandera*
Es esa que se oculta en el combate?"

"Cuando toda la fuerza que entró á Santa Inés estaba muerta y prisionera, nuestros oficiales y soldados buscaban con avidez la bandera del batallón zuavo; pero supieron en el acto que la referida bandera no había concurrido al combate y que se hallaba en el Cerro de San Juan. Este hecho me ha explicado porqué las fuerzas francesas no pierden sus banderas".
(Parte del General Ortega datado en Zaragoza á 29 de Abril de 1863)

(14). —"*.... Del Popocatepetl en las cavernas, etc.*"

"Popocatepetl, *montaña humeante*, la más alta del continente norte-americano, y la otra el Ixtlacihualt, *ó la mujer blanca*; las dos eran deificadas por la ignorancia de los indios, y creían que la diosa blanca dormía profundamente, mientras que vigilaba su amante enrojecido por los celos. Otra más terrible tradición los obligaba á creer que en el interior de la montaña existía el lugar donde eran atormentados los tiranos y perversos, que los gritos de desesperación eran los ruídos subterráneos que se escuchaban, y convulsiones de agonía sus estremecimientos repetidos. La mente supersticiosa de los naturales estaba herida de pavor con estas creencias; y así es que no se atrevían á hollar sus faldas sino antes bien huían de sus contornos, sobre todo desde el anochecer". (Arroniz, "Historia y cronología de México").

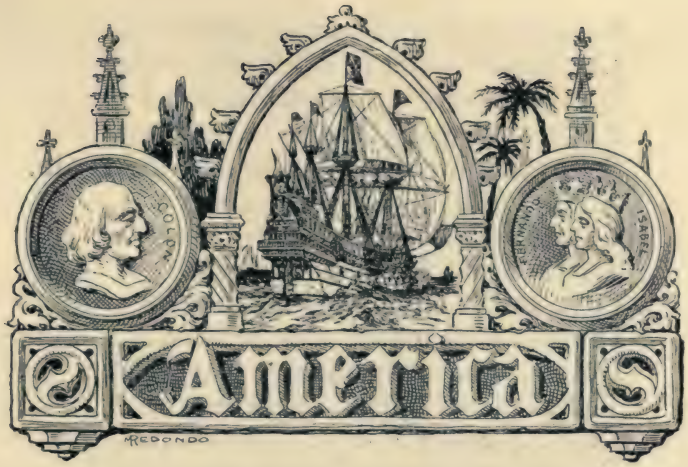
(15) Elvira. Con no poca vacilación nos hemos determinado al fin á incluir en este libro la más tierna de las elegías de Mr. de

Lamartine, traduciéndola á nuestro bello idioma. ¡Cómo imitar la gracia, la pureza, la dulcísima armonía de ese poema incomparable, impregnado de melancolía y de amor! Hay flores tan delicadas que no pueden trasplantarse fuera del clima en que nacieran sin los más exquisitos cuidados. ¡Ojalá no se haya marchitado del todo en nuestras manos la por nosotros escogida del Parnaso francés!

(16) Oreb. Fué en la cumbre del Oreb montaña de la Arabia antigua, donde Moisés vió á Dios en el arbusto ardiente, y donde con su vara hizo brotar milagrosamente el agua de la roca.

(17) Senaar: nombre dado por los hebreos á la Babilonia ó parte de aquel país más próximo á la confluencia del Tigris y del Eúfrates. Fué allí, se ha dicho, donde moraron los hijos de Noé hasta la construcción de la Torre de Babel.

Ecos Lejanos



En el IV centenario del descubrimiento de América.(*)

La tierra estaba envuelta en densa bruma.
A estrechos lindes circunscrita, duerme,
Coronada Cibeles, de los bosques
En el agreste, misterioso asilo,
Donde la vida original fermenta.
Duerme; sueña. Suspensa en el espacio,
De sí misma ignorante, ciega gira
Obediente á la ley que le da impulso.
Barrera formidable, el mar la ciñe.
Aislado el hombre, en la escabrosa playa
Contempla con pavor su inmensa furia.
¿Quién osará arrostrarla, entre huracanes

(*) Notas. — Véanse al final del tomo, en orden de numeración.

La soledad terrífica invadiendo?
¿Al océano quién en noche horrenda
Irá á encender el faro del destino?
El primero que al ponto se aventura
Sobre el tronco de un árbol, ese ahuyenta,
Animoso, las sombras del abismo.
Le seguirá el salvaje en su canoa,
Y más tarde, la gente marinera
Cuyo coraje en el peligro acrece.
Dominado el temor, rota la valla
Del piélago, hasta entonce inaccesible;
Ved al piloto egipcio cual recorre,
De caña y junco en su bajel liviano,
De la Mar Eritrea el vasto seno,
Y el litoral del Asia en occidente.
Ved el barco fenicio, que despliega
Purpúreas velas, descubriendo á Chipre,
Rodas, Creta, las Cícladas famosas,
La pintoresca, la feraz Sicilia,
Y cual la costa intrépido circunda
Del Africa abrasada. Hannón, Himílcon,
Parten osadamente de Cartago:
Con el oro de Ofir cargan sus naves,
Que aguarda Tiro y que Sidón festeja.
Ya de Hélade el trirreme zarpa en Colcos,
Cruzando de Tesalia al Ponto Euxino;
Ya las columnas de Hércules traspasa,
Y llega á visitar la gentil Gades.
¡Pues qué decir del *drake* escandinavo,
Aguila audaz del septentrión! Las olas
A su vista sublévanse iracundas;
Mas los hijos de Thor logran domarlas,
Y hácia los climas de la luz navegan.

El tiempo andando, emprende Marco Polo
Sus viajes romancescos. Lusitania
A Neptuno arrebátale el tridente.
Servida de audacísimos marinos,
Les envía á explorar remotos mares,
"Antes nunca surcados", que dijera
Camoens inmortal, cantando á Gama.
Pero faltaba el navegante ilustre,
La prez de Italia, el héroe de Liguria,
Para ensanchar los límites del globo.
Hoy se le ensalza en clásico certamen,
Y de Colón el nombre hasta el empíreo
Se eleva en alas de flamantes odas.
Ellas dirán las penas, las angustias,
De que apuró el acíbar, cuando oscuro,
Cual alta nube en que se esconde el rayo,
De corte en corte procurara en balde
Apoyo á sus designios; dirán cómo,
Fallida la esperanza, opresa el alma,
España le acogió, dándole aliento
Con el aliento del valor antiguo.
Y tú también ¡oh lira! que en mis manos
Humildemente suenas, tus acordes
Dedica á enaltecer nobles hazañas.
Del Nuevo Mundo el padre inspire el canto
Consagrado á su obra, aunque enmudezca,
Luego, ya roto, el débil instrumento
Que por honrarle disputé al olvido.

De una á otra edad debe inculcarse, ejemplo
Y severa lección; mísero, errante,
Sin ceder al rigor de la fortuna,

El que ha de ser asombro á las naciones,
Crée hallar la paz donde la paz habita:
En tus macizos, venerables muros,
Antiquísima Rábida, que ofreces
Blanda hospitalidad á quien la implora.
Pero su vida es el afán; se cumple
El fallo en él del síno inexorable
Que al genio lleva á combatir. Proceden
Naturaleza y arte lentamente.
Piden magnos trabajos, magno esfuerzo.
No sin vivo tesón forjara un numen
Las fuertes armas y el broquel de Aquiles;
Ni creciera en un día el pino enhiesto
Que dió á Jasón el mástil de su nave.
La emulación, la envidia, la ignorancia
So la púrpura ufana, al peregrino
En busca de amplitud, el paso estorban.
Nada en tanto le arredra, en Dios confía,
Cunde su inspiración, encuentra amigos,
Del regio alcázar el cancel golpea,
Y de constancia varonil, modelo,
Insta, discute, aclara, insiste, vence.

Repetirlo es honor, lauro, justicia:
Adivínanle un sabio y una reina;
Aquel, representando las virtudes
Que á la sombra florecen del santuario,
Iluminadas de fulgor celeste;
La reina, el temple de su clara estirpe,
La magnanimidad puesta en el solio.
¡Juan Perez! ¡Isabel! Vosotros fuisteis,
Y tú, Fernando, vencedor del moro,

Al sublime argonauta firme amparo,
Y alentadores de su empresa ¡Oh gloria!

Hélo ya sobre el mar; en su navío
Flamea el estandarte de Castilla,
Que también enarbolan los Pinzones,
A la inmortalidad poniendo el rumbo.
Embárcanse con ellos cien valientes
Españoles, la flor de la marina,
Hombres de hierro, atletas de la sombra,
De quienes fué nodriza la borrasca.
Cuando el ancla levaron, que la costa
Dejan atrás, benditos de mil voces,
La proa hácia poniente, suelto el lino,
Rugió ensoberbecido el león ibero,
Las barras de Aragón se iluminaron.

¿Quién ignora la espléndida odisea?
Al polo el ecuador la preconiza,
Y cuéntanla de paso á la tormenta
Las olas del Atlántico espumantes.
Consígnese también en áureos versos,
Dignos del estro, si se alcanza á tanto,
Con que el bardo de Smyrna cantó á Ulises.

Triunfa Colón. El huésped refugiado
En un convento humilde ha descubierto
América! que si otro la dió el nombre,
La fama ella le da, y el orbe aplaude.
¡Oh ensueño realizado! ¡Oh fausto día!

Las ibéricas naves encontraron
Un mundo, estrecho á su ambición ¡hosanna!
Allí está, sí, magnífica, opulenta,
La codiciada tierra: nuevos astros
Dan esplendor á su beldad salvaje.
Las fuentes de la vida en ella fluyen
Con murmullos de amor, frescas y puras.
¡Qué mente imaginó tal maravilla!
Es la creación primera aun inviolada:
Lujo, abundancia, plenitud: el campo
Del porvenir, á la esperanza abierto
De la oprimida humanidad. Sorprende
Cuanto los ojos ven: el hombre, el bruto,
La planta, el ave, la floresta, el río.
Medran como en Tadmor verdes palmeras
De elegancia oriental. Todo en contorno
Luz, colores, perfumes, armonía.
Ni describirse puede el delicioso
País, ni la sin par naturaleza,
Opima en frutos, virginal en gracia.
¡Suelo bendito del edén trasunto!
Templados aires, saludables aguas,
La esfera azul, las noches transparentes,
Con explosiones de carmín la aurora,
Y de gloriosa pompa el sol vestido.

. . . . . .

¡Porque no se ocultó, dejando á oscuras
El horror que á su lumbre afrenta fuera!
Al júbilo, á la paz, sucedió el llanto.
Vino la guerra infanda, la conquista,
La vil superstición, la muerte vino.
Las islas, las ubérrimas comarcas

Apenas descubiertas, ya embestidas,
Del invasor extraño bajo el yugo,
A los vencidos son cárcel y tumba.
La invasión se dilata, enciende el odio,
Truena la tempestad, el rayo estalla:
Fatal y doloroso alumbramiento
De un siglo de combate, en que la fuerza
Devasta y crea á un tiempo, lo caduco
Sin cesar renovando prodigiosa,
Con el derecho en pertinaz conflicto.
De Motezuma el trono al polvo rueda,
Y unos pueblos perecen, mientras otros
En la opresión y el vilipendio gimen.
¿Qué de la herencia fué de Huayna-Cápac,
El peruviano emperador divino?
¿Qué de Atahualpa?... El humo de la hoguera
A su martirio pérfido encendida,
Ennegrece las cumbres de la historia.
¡Y esta ha de ver trofeos inmortales,
De honra á la vez y de crespón cubiertos!
Tended la vista: fusco el horizonte.
Campos de soledad, hondo silencio,
En donde fueron reinos florecientes.
¡Singular confusión! ¡Unida al brío
La fiereza! ¿Quién freno á las pasiones
Pondrá, si hierven en viriles pechos?
Son ellas como el mar; tranquilo, —el cielo
En su cristal refleja, — mas si el bóreas
Con ímpetu sañudo le embravece;
Brama, se encrespa, se desborda en ira,
La playa azota, la campiña inunda,
Y cuanto más avanza, más destruye.
En medio á tanto estrago hasta Dios llega

Tu voz, virtuoso Casas. Al oírla
Los ángeles sonríen, y las sombras
De los viejos caciques se levantan
Entre el osario de las tribus muertas,
Piedad para sus indios implorando.
¡Ah! si el grande ligur previsto hubiera
La esclavitud impuesta al Nuevo Mundo,
Y el triste fin que le guardó la suerte;
Prefiriera estrellar antes su barco
Contra el primer escollo, á abrir las puertas
Por donde en pos del triunfo entrara el crimen,
De sabias leyes burlador impune.

A duro imperio fulminante espada...
Sin quitarse el arnés, altiva siempre,
Iberia expía, abriéndose las venas,
Su heroicidad terrible; queda exangüe,
Y ya ni embraza el diamantino escudo,
Ni el cetro de oro al universo impone.
Empero, del pasado entre las nieblas
La verdad resplandece. Si sus armas,
Por adalides épicos regidas,
La América, lidiando, sojuzgaron,
Diérala en cambio cuanto darla pudo:
Su fe, su lengua, su valor, su genio.
Lo atestiguan los pueblos esparcidos
Del mar Caribe al anchuroso Plata,
Que el primero Solís surcó esforzado.
La conquista arrogante eso responde
A la posteridad si la interroga.
Dice además: "la que formé, cautiva,
Ora de vastas zonas soberana

Sobre el pavés alzada de los siglos,
Se redimió con sangre de mi sangre."
Y en sus fastos ostenta honrosos timbres.
Robustecida en el materno seno,
Tras larga pugna y lamentable ruina,
Con los escombros levantó ciudades,
De la riqueza colonial, emporio.
Mares, ríos, desiertos, cordilleras
¿Qué paraje recóndito, qué yermo,
Dejó por explorar? ¿En cuál altura
No clavó su pendón, doquier las huellas
Fijando de sus pasos de gigante?
El suelo que sembrara la discordia
Con dientes de dragón, brotó guerreros;
Luchó tenaz é indómito: fué libre.
Cumpliéronse felices vaticinios.
La amazona en sus selvas sorprendida,
Por siempre á ínclita raza vinculada,
Del Progreso triunfante es hoy la esposa.
Mirarla puede Europa sin recelo,
Pues que la tiende los robustos brazos,
Y la invita á sentarse en el banquete
De la fraternidad. "Yo soy", exclama,
"Predilecta del sol: brilla en mi frente
La luz del porvenir: llevo en mi seno
Las esperanzas del linaje humano.
Venid á mí, soy joven, soy hermosa.
Refrescad vuestra sangre en mis torrentes."
Y el mundo acude, y de la madre España
Palpita el corazón bajo el acero
De la vieja armadura, al ver sus hijos
Perpetuando en el tiempo su grandeza.

(1816)

La tierra estaba yerma, opaco el cielo,
La derrota doquier. Nuestros campeones
Que en la tremenda lid fueron leones,
Ven ya frustrado su arrogante anhelo.

América contempla en torvo duelo
La bandera de Mayo hecha girones.
El enemigo avanza: sus legiones
Cantan victoria estremeciendo el suelo.

Pero la Patria irguiéndose entre ruinas
¡Atrás! prorrumpe: libre se proclama:
Rompe el vil yugo con potente brazo;
Y triunfantes las armas argentinas
Llevan la libertad, su honor, su fama,
Desde el soberbio Plata al Chimborazo.

PATAGONIA (*)

Dios nos ha dado una tierra
Grande, fecunda y hermosa,
En cuyo seno reposa
Tanto adalid que en la guerra
Conquistó palma gloriosa.

¡Guerra sublime! Los tronos
De Europa asombrara. Hermanos
Los libres americanos,
Detestando ser colonos,
Juraron ser ciudadanos.

¡Cuánto esfuerzo! ¡Cuánta hazaña!
¡Qué júbilo! ¡Qué victoria!
En bronce grabó la historia,
La heroica pugna de España,
Los timbres de nuestra gloria.

(*) Cuando se publicaron estos versos de resonancia en la República, nuestra grave cuestión de límites con Chile que acababa de invadir la Patagonia, había llegado á su período más crítico, excitada la opinión á punto de presentirse un fatal rompimiento. Luego por medio de procedimientos conciliatorios todo se apaciguó entre las partes disidentes, restableciéndose la antigua concordia que deberá por siempre unirlas. — Nov. 1876. — *N. del E.*

En los llanos, en los montes
Fué aquello un fiero lidiar;
Mayo su sol vió brillar
En lejanos horizontes:
No nos contuvo ni el mar.

En tu suelo ¡oh patria! sí,
Aquel rayo se forjó
Que la frente fulminó
Del conquistador. A tí
Su altiva cerviz rindió.

De nuestros guerreros, grandes
En sus empresas, pues ellas
Les alzan á las estrellas,
En la cumbre de los Andes
Aun están frescas las huellas.

Su corazón y su brazo
De una gran causa al servicio,
De Dios apelando al juicio,
Fuéronse hasta el Chimborazo
A ofrecerse en sacrificio.

Chacabuco, Maipú, Lima
¡Qué jornada! La bandera
Celeste y blanca doquiera,
Ya en el valle, ya en la cima,
En el fuego es la primera.

Lleva en sus pliegues envuelto
De cien pueblos el destino:
Del honor marca el camino
De que nunca atrás ha vuelto
Ningún soldado argentino.

"¡Libertad! ¡Truene el cañón,
Y que rompa nuestra espada
De la vil cadena odiada
Hasta el último eslabón
En la tierra emancipada!"

Los tribunos así hablaron:
Los segundan los guerreros:
Desenvainan los aceros,
Y los déspotas tumbaron
A sus golpes justicieros.

Libre fué América. Fijos
Tu independencia y tus lindes
¡Oh patria! ¿Porqué hoy prescindes
De la herencia de tus hijos?
¿De ella qué cuenta les rindes?

Invadido está tu suelo,
Tu pabellón ultrajado;
Te vulneran, te han robado,
Y tú inerte ¡vive el cielo!
Has la injuria soportado!

Es que un pleito, no una guerra,
Te trajeron. De esta vez
Con extraña avilantez
El difunto al vivo entierra,
El culpable acusa al juez.

¡Bello galardón en pago
Argentinos alcanzais
De las glorias que ostentais!
Se usa la fe de Cartago
Mientras con Roma soñais.

Chile... ¡Silencio!... no vamos
En nuestro orgullo ofendido
A enrostrarle un negro olvido:
Sangre de héroes no cobramos
Al hermano redimido.

Pidámosle, sí, respete
Del derecho la grandeza,
De su escudo la limpieza,
Y al límite se sujete
Que le dió naturaleza.

¿Su ley no ha marcado ya
Los términos de su herencia?
¿No le grita la conciencia:
La ambición tropezará
Con la historia y con la ciencia?

¡Venga un árbitro! Un concilio
Fuera mejor, aunque es raro;
Quizá cueste menos caro
La teja de don Basilio (*)
Que la vincha de Lautaro.

¡Sombras augustas de Infante,
De O'Higgins, de Freire animoso,
De tanto varón virtuoso,
¡Campo! que os pase delante
Cualquier dómine verboso.

Vosotros, nó, no supierais
Abogar por la codicia;
Vuestro lema fué justicia,
Honor, patria. ¿Qué dijerais
De artes que armó la malicia?

¿Quiérese el vuelo ensanchar
Del cóndor chileno? Y bien,
Contentaos con lo que os den
Los que os pueden regalar
Pedazos de un vasto edén.

Hermanos somos; el sol
Que nuestra bandera ostenta
Es astro de paz que alienta:

(*) Del Barbero de Sevilla.

Venid y en su alto crisol
Conjuremos la tormenta.

Mas si alguna ambición fatua
De conquista ó de botín
Triunfa en vosotros al fín,
Derribad antes la estatua
De José de San Martín.

PATAGONIA [2]

AL BARDO ARGENTINO CARLOS GUIDO SPANO

(Del *Ferro-Carril* de Santiago de Chile)

Carlos, no te moleste la llaneza
Con que un bardo, de tí desconocido,
Estos tercetos á escribirte empieza;

Que aunque del ruiseñor que el tierno nido
Edifica en las márgenes del Plata,
No haya jamás la inspiración sentido,

El reino de las aves se dilata
Por todo el orbe, y es del bardo hermano
El bardo humilde que su voz desata,

Para cruzar cantando el oceano,
Para amar, y sentir en su alma tierna
Todas las penas del linaje humano.

Llegó hasta mí tu poesía eterna...
¿Porqué el canto del vate generoso
Va á tomar su perfume en la caserna?

¿Porqué el autor amante, delicioso,
De la tierna y llorosa paraguaya,
A un pueblo hermano lanza desdeñoso

Dardo que el alma á destrozarle vaya?
¿Porqué la mente que te dió el destino
Así en lo injusto sin prudencia raya?

Tú escribiste *Al pasar*, vate argentino,
Encarnación de un dulce sentimiento
Que brota entre las yerbas del camino.

Y hoy... con airado y belicoso acento,
Empapada la pluma en sangre hirviente,
Ira y rencor respira el pensamiento:

Chile es el blanco, y en tu verso ardiente
Que no inspiró ni el bien, ni la justicia,
De la batalla el vocëar se siente.

Reproche tras reproche la malicia,
Sin que lo sepas tú, negra amontona,
Y tus estrofas con su aliento vicia.

Ella, y no tú, de protector blasona,
Y le recuerda á Chile un gran servicio,
Que Chile no negó, que antes pregona,

Grato á tan generoso sacrificio,
Su gratitud en bronce eternizando
Y anticipando de la historia el juicio.

Chile lo reconoce; pero dando
A aquel servicio su valor entero,
¿A qué andar el servicio publicando?

Chile en decirlo al mundo fué el primero;
Mucho habeis el servicio encarecido,
¿Por qué lo encareceis si fué sincero?

¿Y es el vate de Apolo tan querido
El que hoy pulsa frenético su lira,
Teniendo entre sus manos encendido

El lanza-fuego que inventó la ira?
Ya estás bien castigado de tu falta,
Contempla lo que has hecho, piensa, mira,

¿En donde está la inspiración que esmalta
Toda tu poesía? Desdichado!
En vano tu alma finge que se exalta,

Ninguna musa inspiración te ha dado;
Hoy las ninfas amantes y sencillas
De tí se apartan, te han abandonado.

Tu propio numen imprudente humillas,
Y falto de verdad, poco severo,
Tratas de diplomacia en seguidillas.

No es esta tu misión, otro sendero
Guarda para tu numen el destino;
Sienta mal en tus manos el acero.

No has estado feliz, te faltó el tino,
Y al querer expresar el sentimiento
Del noble y del leal pueblo argentino,

Las alas te faltaron y el aliento,
Y en reproche pueril, tu fantasía
Muestra no la razón, el descontento.

¿Cómo pudo tu noble poesía
Hablar, Carlos, de ultrajes y ladrones?
Y luego, lo que nadie creería,

Al proponer un juez, que las razones
Pese de las dos partes, burla amarga
En tu tintero y en tu pluma pones.

No pide un juez aquel á quien la carga
De grave falta la conciencia abruma;
La presencia de un juez su voz embarga.

Pero basta, no quiero que mi pluma
Ni tu blanca camisa á manchar vaya
De la amarga ironía con la espuma.

El cantor de la joven paraguaya
Es un bardo del suelo americano,
Que hoy de Tirteo su papel ensaya;

Pero es, antes que todo, un bardo hermano
Que ama el bien, la virtud y la belleza,
Como expresiones del progreso humano.

Retiremos los ojos con tristeza
De esas desavenencias fraternales
Que mira con dolor naturaleza,

Y en lugar de aumentar tamaños males,
De tu lira se exhale paz bendita
En calorosas trovas inmortales.

Jamás te ví; mas sé que tu arpa imita
El susurrar del céfiro amoroso
Que la corola del jazmin agita.

Que en las noches tu acento melodioso,
Entona melancólicos cantares,
Y que el bosque te escucha silencioso;

Que alza tu mente á la verdad altares,
Que hay en tu genio lírico un pedazo
De la grandeza de los anchos mares.

Huyamos, Carlos, el odioso lazo
Que el mal nos arma, y en lugar de heridas,
Recibe de tu hermano un tierno abrazo,

Que yo sé que detrás de las temidas
Piezas de tu armadura, existe el vate
De las canciones tiernas y sentidas,

Y un corazón que bondadoso late;
Mas si quieres luchar, sea en buena hora,
Pronto á luchar estoy, listo al combate:

Luchemos por el bien, y por la aurora
De la naciente libertad, luchemos
Para ensalzar á la virtud que llora.

Pero, Carlos, por Dios! no nos manchemos
Empuñando la espada fratricida;
No á nuestros hijos tal ejemplo demos,

Y el bardo nunca, la razón perdida,
Haga servir sus bélicas canciones
Para romper un vínculo de vida,

Para apartar hermanos corazones,
Para rendir á la pasión tributo,
Y convertir la pólvora en razones.

Así todo se arregla en un minuto,
Mas ¿quién ha de triunfar cuando el vencido
Lega á su vencedor eterno luto?

¿Cuándo el hermano que venció, al herido
Besa en la frente y al cerrar sus ojos,
Lejos arroja el hierro maldecido

Regando con su llanto sus despojos?
Poeta, estas estrofas que te escribo,
Recíbalas tu pecho sin enojos,

Que, en amor fraternal, yo no concibo,
Que por hallarte á tan inmensa altura
De ellas no me anunciaras el recibo.

Sí, me contestarás, sin amargura,
Porque eres noble y generoso y bueno,
Y me dirás que has hecho una locura,

Que hoy, que tienes el ánimo sereno,
Te desciñes del cinto la ancha espada,
De justicia y amor el pecho lleno.

¿Qué disputamos? el desierto, nada,
Una tierra que pueblan tristes rocas,
Jamás en las batallas conquistada,

Nunca poblada por empresas locas.
Solo conquista el páramo el progreso
¿Porqué el progreso en tu cantar no invocas?...

Tierra nos sobra hasta tener exceso;
Cabe en nuestro país la Inglaterra;
Mas nos falta ser grandes, y para eso

No es el mejor camino el de la guerra:
Tengamos libertad, tengamos sabios,
Tengamos la labor que el mal destierra,

Y libres de ignorancia y de resabios,
Grandes seremos, y al desierto mudo,
Dominaremos con mover los labios.

Amemos, Carlos, el trabajo rudo,
Y cantemos el bien, la luz, la ciencia;
Triunfa del mal el pueblo más sesudo,
Y es reina universal la inteligencia.

A. VALDERRAMA.

AL DOCTOR VALDERRAMA

(POETA Y ACADÉMICO CHILENO)

"Si abrazo á mi rival es para ahogarle", (*)
El trágico francés dijo elocuente:
Valderrama, ¿pretendes imitarle?

En extraño romance, en verso afluente,
Los míos ora ensalzas ó deprimes,
Marchito hallando el mirto de mi frente.

¿Qué sucedió si en números sublimes
Antes canté, para que en solo un punto
Con severo compás les desestimes?

¿Del numen tan indigno era mi asunto?
¿O en vista de nefandos procederes
Darse debió cobarde por difunto?

Argentino nací; de mí no esperes
Silencio vil ni complacencia infame,
Que á la expresión de mi lealtad prefieres.

(*) *"J'embrasse mon rival mais c'est pour l'etouffer"*.
CORNEILLE: "Britanicus"

¿Querrías que la paz necio proclame,
Cuando la usurpación se alza orgullosa,
Y que al intruso con aplauso aclame?

Si mi lira á cantar no es poderosa,
Hoy en la soledad la prefiriera
De algún indio la *quena* lamentosa.

Con ella en la eminente cordillera,
Despertaría el eco adormecido,
Y á los muertos acaso estremeciera.

¡Cuánto bravo soldado allí tendido
Por libertar tu patria, que se ofende
Si se menciona el hecho esclarecido!

La vida de los héroes no se vende,
Y pedir gratitud es pedir poco
A quien ama la gloria y la comprende.

Ni de esto hablé siquiera, y aquí invoco
Tu rectitud; clamé por el derecho,
Y tú tan cuerdo me juzgaste loco.

Supones que bullendo en ira el pecho,
Insultador de un pueblo altivo, pudo
Mi musa sofocar febril despecho;

Y poniéndole al cuello un fuerte nudo
Como á quien propinó letal ponzoña,
Quieres deponga el yelmo y el escudo.

Laurel que se marchita no retoña,
Y en vano, gentil bardo, me condenas
A humilde gaita y pastoril zampoña.

Liba su miel la abeja en las amenas
Praderías, que esmaltan los floridos
Citisos y las blancas azucenas;

Empero si la hostigan atrevidos,
Su panal codiciando los rapaces,
De su dardo sutil saldrán heridos.

¡Gracias! por los elogios que me haces
Al sumergir mi fama en tu tintero,
Y por tu empeño en predicar las paces.

"Sienta mal en mis manos el acero",
Dices, y yo por el contrario opino
Que va bien una espada á un caballero.

Mientras otro pendón que el argentino
Tremole de mi tierra en el sagrado,
Me vistiera de hierro y no de lino.

¿Mas qué palabra hostil he pronunciado
Que tenga del insulto la aspereza,
Tan solo en la justicia abroquelado?

¿Invocar vuestra ley, vuestra grandeza
Contra vosotros mismos, es delito?
¿Quereis que dobleguemos la cabeza

Ante la iniquidad, cual si proscrito
Fuese el pueblo de Mayo, que en cien lides
Dejó su nombre con su sangre escrito?

Él, Valderrama, es bueno no lo olvides,
En su cuna mecida por los vientos
Supo ahogar las serpientes como Alcides.

Desafiar los contrarios elementos
De su temprana edad fué el ejercicio,
Del abismo arrancando sus cimientos.

En medio de su afán ó su desquicio,
Entre el turbión de su tremenda historia,
Se arrojó denodado al sacrificio;

Pugna tenaz, domina la victoria,
Asombra al mundo, á América electriza:
Algo se sabe en Chile de esa gloria.

Si allí el bronce sus timbres eterniza,
Fuera mejor no convertir la llama
Del mutuo afecto en humo y en ceniza.

No simulacros nuestro honor reclama
A quien pretende en el cercado ajeno
Coger el fruto y destrozar la rama.

En copa de primor cabe el veneno,
Preferible es el rústico banquete
Y que bajo el laurel se evite el trueno.

Para allanar los Andes, el ariete
Es de cierto el progreso. ¿Porqué, dime,
Tal empresa á la fuerza se comete?

¡Y extrañas que mi espíritu se anime,
No como pintas, mas alzando el vuelo
De la verdad á la región sublime!

¡Qué quieres! sangre ardiente de mi abuelo
Corre en mis venas, del heróico Spano
Que murió defendiendo vuestro suelo.

A más, no engendra el águila al milano,
Hijo soy, aunque humilde, á nadie daña
Decirlo, de aquel noble americano,

(Quizá le oíste nombrar) que en la montaña
Señaló un rumbo al adalid famoso
Por quien al bello Chile aun llora España. (3)

¡Si imaginára el padre generoso
Que al mar lanzó el primero vuestras naves,
Viniese un día, para siempre odioso,

En que asaltasen como hambrientas aves
Del rudo patagón la costa brava,
Por presea trayendo falsas llaves!

¿Qué nos valió que la fortuna esclava
Fuese de nuestras ínclitas banderas,
Si hoy nuestro propio aliado es quien socava

Las bases del derecho, y en arteras
Discusiones, pretende con desplante
De un golpe suprimir las cordilleras?

Que pide juez! el acto es implicante,
Pues ya juzgado por sus propias leyes,
El reo se convierte en litigante.

No la demanda insólita aplebeyes
Diciendo: "disputamos un desierto",
Le deslindaron ya los viejos reyes.

Lo que aquí se disputa, y es lo cierto,
Es la alta dignidad de un pueblo amigo,
Que con torpe baldón habeis cubierto.

Si en este trance á combatir conmigo
Te alzas en pró de la verdad augusta;
Leal corazón, te abrazo y te bendigo.

Eso hice yo cuando mi patria injusta
En su ímpetu marcial de sí olvidada,
Al hermano infeliz se mostró adusta.

Mas á entender que aun deba estar velada
La estatua del honor, á ruin pretexto,
Puedes solo seguir en tu jornada.

Empero no será; tu ingenio, atesto,
En claras fuentes de virtud se inspira,
Y ya te miro ante el poder enhiesto.

¿Qué á tí el ardid, la argucia, la mentira,
Auxiliares oscuros del expolio
Que la sórdida mano al fraude estira?

¿Es tu bíblia, pardiez, el portafolio
De algún ministro enredador, que funda
Nuevos derechos en cualquier escolio?

Chile su frente de laurel circunda.
De alto valor y de honradez antigua
Su historia en hechos clásicos abunda.

Si hoy asalta al vecino y se santigua,
Tú su ambición lamenta inexorable,
Que grande un tiempo se tornára exigua.

Pide que el pueblo por sus labios hable,
Y le verás, armado á la asechanza,
Tender los brazos y envainar el sable.

Demos al menos campo á la esperanza
De ver restablecido el lazo roto
De nuestra honrosa y memorable alianza.

Con tal fin, presintiendo el terremoto,
Te invito, Valderrama, *sin malicia*,
A que formemos juntos este voto:

Fraternidad basada en la justicia,
Columnas en su templo de cien codos,
Noble largueza, abnegación patricia,
Cada cual en su tierra y Dios con todos.

CARLOS GUIDO Y SPANO.

LA POESÍA Y LA CARIDAD

LA POESÍA

— ¿Quién al alcázar de mis sueños llama,
Y así interrumpe mi celeste canto?

LA CARIDAD

— Te suplico, perdóname; reclama
La humanidad me escuches ¡sufre tanto!

LA POESÍA

— Tu voz tiene eco angelical: te he visto
Alguna vez, recuerdo, arrodillada
Ante el ara sagrada
Contemplando con lágrimas el Cristo.

LA CARIDAD

—¿No me conoces?

LA POESÍA

— En tu frente el sello
Llevas de un alto origen. ¿Dí, quién eres?
Si callarlo prefieres
¡Oh dulce peregrina! no por ello
Dejaré de acogerte hospitalaria,
Atendiendo á tu afán y á tu plegaria.

LA CARIDAD

—Yo soy la Caridad. Es mi destino
Por mandato divino,
Amar, piadosa amar, consuelo al mundo,
Madre al dolor, amparo á la desgracia.
En el suelo fecundo
Díctamo y panacea
A mi paso germinan, y la acacia
Florece, y el quemado incienso humea.
De la vida en el golfo soy remanso:
Me esperan el doliente, el moribundo;
A ellos voy sin descanso:
Ni puedo abandonar los pobres niños
Que en su orfandad aguardan mis cariños.

LA POESÍA

— ¿Qué, pues, quieres de mí?

LA CARIDAD

— Limosna imploro
Del genio que lo grande en sí resume,
Y de virtud en su esplendor blasona.

LA POESÍA

— Toma mi lira de oro,
Y elige á tu albedrío en mi corona
Que de fresca presume,
La flor más pura de inmortal perfume. (*)

(*) Estos versos fueron escritos para una fiesta de caridad, habiéndose solicitado el concurso del autor.

Un siglo más! Un grado más de altura
Don Pedro, de tu fama al monumento;
Que si tuvo en Castilla hondo cimiento,
Gala y pompa del arte es su hermosura.

Con romántica lira, la pintura
De otra edad perpetuaste en noble acento;
Fué espejo al corazón tu pensamiento,
Cultor de rica mies siempre madura.

A ella vamos, buscando aquel del alma
Sabroso pasto, en campos ideales
Fecundado á la luz que irradia el genio.

Y es maravilla el ver ¡sublime palma!
Cual ilustran tus obras inmortales
De la gente latina el gran proscenio.

Mayo 25 de 1881

Á LOLA

(EN SU ALBUM)

El primero en estampar
Aquí mi nombre modesto,
Me parece haberle puesto
En el mármol de un altar.

Verdes hojas de laurel,
O algún himno á tu belleza,
Darte intentó la fineza
De mi amistad noble y fiel.

¡Vano alarde! Huyó veloz
La juventud! Solo ella
Rayos gloriosos destella
Y alza armoniosa la voz.

Arbol quebrado no da,
Lola, ni sombra ni fruto;
Harpa cubierta de luto
Mejor en silencio está.

Otros en grata oblación
Canten tu olímpica gracia,
Ramo elegante de acacia
Velado en fino crespón.

Mudo yo te admiraré....
¡ Y cómo no, si orgullosas
Brotan simbólicas rosas
Donde deslizas el pie!

Mi verso humilde el rumor
Imita del vago viento
Entre ruinas, y un lamento
Solo es ofrenda al dolor.

Feliz el estro genial
¿ Quién de poseerle ¡ ay! presume!
Que fijara aquí el perfume
De alguna flor inmortal!

---

(41)

Faltaba esa reliquia á nuestra tierra,
Este homenaje á nuestro honor faltaba;
La memoria del héroe reclamaba
En la patria el sepulcro que hoy se cierra.

Ante él se inclina el genio de la guerra,
Cuya luz su alta mente iluminaba
Cuando el libre pendón triunfante alzaba,
Del mundo asombro, en la gigante sierra.

Fué su gloria sin mancha y sin ocaso:
De Mayo el verde lauro la eternice,
Y antes de hollarle América sucumba.

Rompió el alma inmortal su frágil vaso:
"Yace aquí San Martín" el mármol dice;
Pero á tal hombre es pórtico la tumba.

Mayo 1880

EN SU CENTENARIO (5)

¿Dónde el cincel que modelar pudiera
Del Tirteo español la alta figura?
¿Quién contempló su olímpica estatura
Que en entusiasmo y en amor no ardiera?

Rota de Iberia la imperial bandera,
O vengarla ó morir sublime jura,
Y el eco grande de su trompa aun dura,
Que al temerario corso espanto fuera.

Luz de la historia, canta los trofeos
Del genio y el valor, y la limpieza
De la virtud y á *América inocente;*

Irguiéronse á su voz los Pirineos,
Llevó incienso al altar de la belleza,
Y proclama su gloria el mar rugiente.

Año 1882

FALLECIDO EL 2 DE JUNIO DE 1882

No débil llanto, no clamor de duelo
Turben la paz de tu gigante sombra,
Que hoy tiene las estrellas por alfombra
Y por áureo dosel de Italia el cielo.

El ensueño inmortal de Maquiavelo
Realizaste en tu patria, á quien asombra
La ínclita hazaña, y con amor te nombra
¡Hijo! al ceñirse el funerario velo.

Apóstol, cid, cultor, fué tu destino
Amar la libertad, lidiar por ella,
Ser de virtud, de fortaleza ejemplo.

¡Oh, claro espejo del valor latino!
Dejaste al mundo tu imborrable huella,
Y en cada pecho generoso un templo.

EN EL CENTENARIO DE

BOLÍVAR

(6)

Nos exæquat victoria cælo. (*)

(LUCRECIO)

¡Oh patria, *excelsior*! De Bolívar grande
Sella hoy la fama el esplendor de un siglo;
Orna en fresco laurel tu frente augusta,
Brille tu escudo.

En el certamen consagrado al héroe
Lleva ante el ara de tu amor la ofrenda,
Y al trofeo inmortal de cien victorias
Une tus armas.

Al padre de Colombia ellas un tiempo
Fueron égida fuerte en los combates.
El sol del Ecuador templó su acero:
Sábelo el Inca.

(*) Nos iguala á los dioses la victoria.

Y desde el fondo de su inmensa tumba
Del fiero ultraje al vengador bendice.
¡Bolívar! ¡San Martín! clama, y los Andes
Su mole inclinan.

Allí las altas sombras se congregan
De los varones que en tremenda pugna
A la América esclava redimieron:
Mudas se abrazan!

¡Clara progenie su renombre ensalce!
¡Que en sacras piras rutilante y pura
Arda la llama, al redentor de pueblos
Justo homenaje!

¿Oís? en ondas por el viento cunde
Alto rumor de júbilo solemne:
Es del Plata el saludo al Orinoco,
¡Magna apoteosis!

Ya las verdes coronas se entretejen;
Suena el clarín que oyera el Chimborazo.
¡Argentinos! Bolívar os contempla.
¡Salve, Colombia!

No humilde numen en cadente rima
Cante su gloria que al cenit se encumbra.
La voz de un mundo entonará el *hosanna;*
¡Suba al Olimpo!

Julio 24 de 1883

ADELFA (*)

Cesen tus dulces acordes,
De luto cúbrete ¡oh lira!
Que no es posible cantar
Cuando llora Andalucía!

(*) Para la hoja artística especial "Bética" publicada en Buenos Aires en beneficio de las víctimas del terremoto que asoló parte de la Andalucía en 1885.

Á RUBÉN DARÍO

Á SU LLEGADA Á BUENOS AIRES

Él es! Rubén, el trovador galano
De los juegos olímpicos florales.
Nació de Nicaragua en los cocales,
Como estos rico de verdor lozano.

Pone, creciendo, el rumbo al mar lejano
Hasta abordar las playas orientales.
Evoca allí recuerdos inmortales;
Escucha el eco del cantor tebano. (*)

¡Oh juventud! le atrae radioso el Pindo.
La ruta emprende cuando el alba asoma.
Al rosado esplendor ¿quién no lo admira?
Del Rajá en la galera surca el Indo;
Canta de Grecia, se enguirnalda en Roma,
Y con *maitén* de Arauco orna su lira.

(*) Píndaro.

AMARANTO

Es dolor del mundo todo
El dolor que aflige á Italia
Viendo la dulce Parténope
Sumergida en mar de lágrimas.
¡Ay! su corona de reina
Es hoy fúnebre guirnalda!
¡Que á sus adelfas se mezcle
Modesta flor de la pampa!
Cubre humilde trovador
De negro crespón el harpa,
Y une á sus preces sublimes
Tu silenciosa plegaria.

Año 1887.

Colaboración al número único del periódico álbum "Parténope" publicado en Buenos Aires á beneficio de los sobrevivientes del terremoto que destruyó á Casamicciola y la isla de Ischia en la bahía de Nápoles. — El siguiente soneto fué escrito en la misma ocasión.

ISCHIA

Cuando la Italia sufre el mundo llora.
Del sol y de la gloria hija triunfante,
En cada pueblo tiene, encantadora,
Un émulo entusiasta, un noble amante.

Envuelta vive en resplandor de aurora
Mas si el dolor anubla su semblante
¿Qué pecho no se agita palpitante
Y con ella á los númenes no implora?

Hoy ve caër de su guirnalda, triste,
Del terrible volcán al fiero estrago,
La flor gentil de Nápoles orgullo.

Ischia, la ninfa del amor, no existe!
Despareció cual niebla en terso lago:
Dénla fúnebres cantos dulce arrullo!

Año 1887.

"ROMA INTANGIBILE"

(AÑO 1887)

Roma antigua ó moderna
Es siempre Roma eterna.
Cúmplanse en las edades sus destinos,
Y resplandezca con perpetua gloria
En las excelsas cumbres de la historia
El lábaro inmortal de los latinos!

LÁGRIMA

Á DANIEL

Como en urna sellada
Tu memoria en mi pecho está guardada
¡Oh mi Daniel!... ¡Mi hijo!
¡Mi corderito blanco idolatrado!...
Aguárdame, allá voy: el plazo es fijo.
Más que nunca amoroso,
Pronto, ya casi el viaje terminado,
En la mansión del eternal reposo
Me tendrás á tu lado.

LIBRO EN BLANCO

A la Srta. Gregoria Lapuente.

¡De tus recuerdos el libro
Aun se encuentra en blanco ¡oh niña!
¡Ni una nube en tu alborada!
Ni una esperanza marchita!
Es la estación armoniosa
De los nidos y las lilas,
Cuyo perfume se lleva
Entre sus alas la brisa;
La estación de los ensueños,
En que el valle de la vida
Al azar graciosas cruzan
Las palomas y las ninfas....
¡Corza que vas anhelante
A la fuente de aguas vivas,
Que para tí siempre sea
Murmurante y fresca y límpida!
Guarda en el virgíneo seno
Como en urna cristalina
De tu virtud la alma esencia
Que trasciende á rosa mística;

Y cuando al correr el tiempo
Hácia atrás vuelvas la vista
Por contemplar del pasado
Las románticas rüinas,
Recuerda fuí yo el primero
En poner aquí mi firma,
De tu beldad aspirando
El favor de una sonrisa.

EDUARDO GUIDO Y LAVALLE

Heu miserande puer!

VIRGILIO

¡Cayó, palma tronchada en vigor pleno!...
Mi pobre rubio, mi gentil sobrino!...
¡Qué joven noble y bueno!
¡Qué gallardo argentino
Nos arrebata el fallo del destino!

Recién, feliz, entraba al mundo; entraba
Con paso firme, á pecho descubierto.
Su juventud radiaba:
En su lozano huerto
Ya la flor prometía el fruto cierto.

Yo le he visto crecer, de la familia
A un tiempo orgullo y esperanza y gala.
¡Amigos! *date lilia*;
El cisne tendió el ala,
Y en el límpido azul su voz exhala.

¡Almas tiernas, plañid! Con más extremo
Abrazad vuestros hijos, temerosas
Ante un dolor supremo.
De esas vidas preciosas
Un soplo basta á marchitar las rosas.

Así de Eduardo la guirnalda verde
Agosta el cierzo y en su albor expira.
Al ya extinto ¡ay! recuerde
Melancólica lira:
Enciéndase en su honor fúnebre pira.

Modelo fué de la filial ternura.
Como la abeja en prado floreciente
Recogía miel pura
Y aromas en su oriente:
Formaba su corona ocultamente.

Amó la patria que ínclitos abuelos
Supieron libertar con gloria tanta
Y sublimes anhelos:
Retoño de tal planta
Imitarlos quisiera, estudia y canta.

De las musas alumno verdadero
Templó la sed en su raudal sonoro,
Mientras del caballero,
Guardián de su decoro,
Se adivinaba en él la espuela de oro.

Sí, ni una sombra en la espaciosa frente
Que aspiraba al laurel; ni un desvarío
De la sangre bullente:
Siempre en limpio navío
Con velas blancas navegando el río.

La copa antigua del placer impuro
Se hubiera roto en su inocente mano:
Del deber hizo un muro,
Y allí desde temprano
Su insignia enarboló fuerte y ufano.

¡En vez de ella un crespón! En vez del canto
Que modulara en su risueña aurora
¡Silencio, dolor, llanto!
La antorcha brilladora
Se extinguió en la borrasca de una hora.

¡Veinte años y morir! ¡Ah, dan temblores
Estas crueles ausencias matutinas!...
Él llevóse las flores:
Guardamos las espinas,
Vagando taciturnos entre ruinas.

En blanco de su vida el libro queda.
¡Todo acabó con él! Humo de incienso,
Rumor de la arboleda,
Himno de amor intenso,
Su espíritu elevóse hácia el Inmenso.

¡Oh, si el que da del tiempo la medida
Se la hubiera acrecido! ¡Qué promesas!
¡Cuánta savia perdida
Y soñadas empresas!
¡Donde la llama ardió, tristes pavesas!

Mudo guarda el dolor la humilde fosa...
¡Bendito sea su recuerdo amado!
Y avive en la angustiosa
Noche, que aun no ha pasado,
El fuego de su hogar casi apagado.

Año 1887.

DISCULPA

¡Que aun hago versos! Favores
De las hermanas divinas.
¡Cómo! ¿De pálidas flores
No se adornan las rüinas?

Dulce es soñar en la tarde
Descendiendo el verde monte,
Cuando en áureas luces arde
Y desmaya el horizonte.

Dulce al crepúsculo, errando
Por las cañadas estrechas,
Dar al viento, recordando,
Melancólicas endechas.

Ya vendrá la noche, entonce
Ni más canto, ni más ruido;
Graves las cuerdas de bronce
Dirán al romperse ¡olvido!

Año 1887.

Á LA REPÚBLICA FRANCESA [7]

¡Llegó por fin el día! ya el fallo del destino
Se cumple. Dios es grande. Su ley, la ley de amor.
Él guía en las tinieblas al hombre peregrino;
De la esperanza enciende la luz, fanal divino,
Y al universo esparce su fúlgido esplendor.

Alzad ferviente un himno de júbilo ¡oh hermanos!
La Francia se levanta, triunfó la Libertad!
Salúdanla gozosos los pueblos soberanos:
Del polvo ha recogido la enseña que en sus manos
Es símbolo de glorias y de fraternidad.

Cayó en tierra el soberbio; su imperio se derrumba;
Despavorido el César, cubierto de baldón,
Envuelto de las lides en la infernal balumba,
No atina á hallar siquiera las sombras de la tumba,
La mente oscurecida, marchito el corazón.

Quizá torvos espectros le acosan; quizá en vano
Buscó su banda entonces á falta de un dogal,
Y alguna voz doliente que estremeció al tirano,
Tenaz á su conciencia gritó ¡¡Maximiliano!!
Cundiendo entre los muertos el eco sepulcral.

Acaso en sus visiones terríficas, extrañas,
Temió que ya cadáver al pie de su corcel,
Las águilas de Méjico dejando sus montañas,
Vinieran á roerle voraces las entrañas,
Llevándose en las garras su manto de oropel.

Él perjuró á su patria, su patria le abandona.
Ya se alza entre tormentas la sombra de Dantón.
La Francia á la República se abraza, y su corona
Son hoy las llamaradas del campo de Belona,
Es Metz, es Strasburgo, las ruinas de Laón!

Ante ellas han jurado morir los defensores
Del templo de las artes que llámase París.
¡Salud á esos valientes! ¡Abajo los traidores!
¡Atrás los pretorianos! ¡Atrás los invasores!
¡Al viento el oriflama! *Mont-joie et Saint Denis!*

¿Qué quieren? piden oro, y solo encuentran hierro;
Se tasa la justicia, se tasa hasta el valor!
Pregúntase: ¿qué cuesta de un déspota el entierro?
Venid á nuestra tierra y os llevareis un cerro
De plata, si os conviene, por semejante honor.

Pero antes que perezca la Francia redimida,
Horribles cataclismos en ella estallarán:
La libertad la cubre con su brillante egida,
Y heroica en los combates, si llega á ser vencida,
Los mismos que la hieren su azar lamentarán.

Mas nó, la gran tribuna de Europa, vasta hoguera
De ciencia, madre ilustre de tanto paladín,
Continuará irradiando cual astro que en la esfera
Sufrir eclipses puede, sin mengua en su carrera;
¡Oh generosa Francia, has de triunfar al fin!

Empero, si te niegan los hados la victoria,
Aun más hemos de amarte cuando de luto estés;
Consuélete el recuerdo de tu inmortal historia,
Que cuenta que á cien reyes en medio de tu gloria,
Has visto suplicantes y humildes á tus piés.

¿Quién vencerá á tu genio cuando feliz le expandes
En la región sublime del pensamiento, quién?
Fué en él que se inspiraron aquellos hombres grandes,
Que pedestal hicieron de los supernos Andes,
Orlando de laureles de América la sien!

Por eso es que te amamos. Los bellos resplandores
Nos llegan de tu nombre, magnífico blasón.
Tú sabes de la vida con peregrinas flores
Sembrar la ruda senda; tus nobles trovadores,
Tus artes, tus virtudes, del mundo orgullo son.

Al verte amenazada, contempla cual vacila
Sobre sus ejes de oro. Tuya es tan alta prez!
La espada de tus padres sobre la piedra afila
De tus murallas rotas; las huéstes que armó Atila,
Tus campos, tus ciudades, devastan otra vez.

Acude! ya sus hordas asaltan el santuario
De tus sagradas leyes; ó triunfa ó muere allí!
¿Sonó acaso la hora fatal de tu calvario?
Primero se convierta París en un osario,
Que el vándalo le humille con torpe frenesí!

A no mediar los mares, quizás tú lo adivinas,
No sola correría tu sangre, ¡oh Francia, nó!
En medio de las balas, al reventar las minas,
Brillar hubieras visto las lanzas argentinas:
¡República ó la muerte! la América juró.

Contigo están los votos ardientes de los buenos,
Contigo está el derecho que honró la humanidad;
Si ha de perderse todo, tu honor se salve al menos:
Fué siempre al estampido de fulminantes truenos,
Que tormentosa y fiera surgió la Libertad!

En ella te confía; su espíritu bizarro
Te llama hoy por la patria sin tregua á combatir!
Y pues despedazaste tus ídolos de barro,
Enlaza á los laureles que adornarán tu carro,
La oliva á cuya sombra sonríe el porvenir.

14 de Julio de 1888

SUB-UMBRA(*)

No es el desdén del lauro prometido
Al ingenio feliz, lo que me inclina
A este silencio en que me ves sumido.
¡Oh! la gloria es divina,
Y aquel mortal ligero
Sordo á su voz que al ánimo engrandece,
Ni la alta prez del trovador merece,
Ni la banda ceñir del caballero.
Si callo es por que crece
La sombra en mi verjel; la noche avanza,
Y que es ya tiempo con pesar advierto,
Mientras envuelta en nubes mi esperanza
Melancólica expira,
De replegar las velas en el puerto.
Atributo es la lira
De la triunfante juventud: la abeja
Su miel no liba en el rosal marchito,
Y el agua cristalina que se aleja

(*) El autor escribió estos versos á un amigo, manifestándole porqué no concurrió á los juegos florales á que fué invitado. — Año 1888.

De su fuente, se enturbia. ¡Ah! de infinito
Mi inspiración sedienta, hoy se asemeja
A aquellas aves de difícil vuelo,
De alas enormes y rëal plumaje,
Que no pudiendo remontarse al cielo
Como el cóndor salvaje,
Describen al azar círculos vagos
En los climas ardientes
Sobre el espejo de los anchos lagos,
Posando luego allí desfallecientes.
Sí, llega sin rumor la triste hora
En que el numen ya al éter no se encumbra;
Pero un rayo aun me alumbra
De la celeste aurora,
Y en copa de zafir mi incienso humea,
Y mi viejo pendón gallardo ondea
Al ver pasar la hueste vencedora.

HAPPY NEW YEAR

Feliz año: que un siglo de grandeza
Cúmplase en él para la hermosa patria:
Que todo corazón realice ufano,
Tras cada noble esfuerzo, su esperanza.

Brille el fruto en el árbol de la ciencia,
Y acaricien benéficas las auras,
La flor que sobre el velo de las vírgenes
Lucirá un día en la nupcial guirnalda.

No falte lumbre en el hogar, ni falten
A los muertos queridos nuestras lágrimas,
Rocío á melancólicos recuerdos
De la noche tristísima del alma.

Madure el sol en el trigal la espiga,
Cunda la vid en la desierta pampa,
Crezca el ganado en la llanura inmensa
Que el valor argentino conquistara.

La libertad se afirme; la justicia
Augusta ejerza su misión sagrada:
Que sea al extranjero nuestra tierra
Dulcemente gentil y hospitalaria.

Cruce el mar sin zozobra el navegante,
Y al abordar la costa americana,
Brisas de paz agiten su bandera
Erguida al tope de la nao bizarra.

Elevemos en tanto un himno sacro
Que oigan los cielos, en acción de gracias
Por los inmensos bienes recibidos,
Y los que acaso el porvenir nos guarda.

Con nobles pensamientos emprendamos
En el año que empieza nuestra marcha.
Dios está con nosotros ¡adelante!
Es el progreso el campo de batalla.

¿Quién será el más valiente? ¿Quién más alto
Alzará su pendón en la demanda?
Depongamos los lauros del combate
Ante el altar de la virtud sin mancha.

Y refugiados luego en la familia,
Cuando las fuerzas por la edad decaigan,
Podremos descansar tranquilamente
En la cumbre ó al pie de la montaña.

Enero de 1889

BAJO RELIEVE

Se están bañando entrada ya la noche
Esplendorosa y cálida, en el golfo
Que blando arrulla á la sin par Corynto.
Parecen hijas de la luna envueltas
En cendales de luz. La linfa clara
De placer se estremece, acariciando
En su seno azulino aquellos cuerpos
De limpia perfección. Las actitudes
De las esbeltas vírgenes desnudas
Son armoniosas como un himno... ¡Urania! (*
Del sereno cristal el dios, acaso,
Furtivo entre los juncos las atisba
Codicioso de amarlas ¡Divo Scopas!
¡Oh Phydias! á inspiraros venid luego
En la contemplación arrobadora
De formas que en el mármol se eternicen.
Yo aspirando á gozar celeste dicha,

(*) Venus Urania, llamada también Venus celestial, nombre dado por los griegos y los romanos, ora al cielo, ora á una Venus superior é ideal que no puede inspirar deseos voluptuosos. — BOUILLET.

A una de esas doncellas de ojos garzos
Y cabellera rubia, ante las aras
Llevaré de Hymeneo al alba pura,
Y si me son los númenes propicios,
Hijos tendré cual Endymión hermosos,
Dignos del triunfo en la brillante Olympia.

Año 1889

RETRIBUCIÓN

Leyendo el elogio de un poeta
á los versos del autor.

Quien puede á otros honrar se honra á sí mismo.
A través de un abismo,
Bordeándole en mi carro altivo y mudo,
Yo también ví crecidos tus laureles,
Y se irguieron de gozo mis corceles,
Y con lampos de luz brilló mi escudo.

EN EL ÁLBUM

DE LA

SRTA. ELISA DE ALVEAR

Que el primero aquí mi nombre
Consigne yo me has pedido,
En homenaje al recuerdo
De tu padre amorosísimo.
Él fué, no lo has olvidado,
Desde la infancia mi amigo,
Siempre de cerca ó de lejos
Guardando el mutuo cariño.
Lo que demandas es honra
A quién te escucha: si un himno
Mi labio, hoy mudo, entonase,
Le afinara á tus suspiros.
Pero no solo mi firma
Ha de llevar este libro,
(Que mejor fuera ofrecerte
Verde guirnalda de mirto).
Estampar también deseo,
Cual en terso mármol fino

Breve inscripción lapidaria,
En él mi voto más íntimo:
Que de tu estrella jamás
Palidezca el dulce brillo,
Elisa, del patrio suelo
Perfumado y fresco lirio!.....

VICTOR HUGO [8]

El tiempo que derriba al cedro añoso
En la santa montaña hirió su frente.
Augur del porvenir, luz del presente,
Creció á la sombra del laurel frondoso.

¿Quién más gentil, más tierno, más brioso,
De la existencia en el combate ardiente?
Pintó con los celajes del Oriente
Lo formidable uniendo á lo armonioso.

¡Oh divino cantor! Sus versos fueron
Gloria al arte, delicia á los humanos;
El jardín que plantó siempre florece.

Ante él las sombras del error huyeron
Y la tierra exultó!.... Silencio! hermanos:
Ya el astro en otros mundos resplandece!

He nacido en Buenos Aires
¡Qué me importan los desaires
Con que me trate la suerte!
Argentino hasta la muerte
He nacido en Buenos Aires.

Tierra no hay como la mía;
Ni Dios otra inventaría
Que más bella y noble fuera!
¡Viva el sol de mi bandera!
Tierra no hay como la mía.

Hasta el aire aquí es sabroso;
Nace el hombre alegre, brioso,
Y las mujeres son lindas
Como en el árbol las guindas:
Hasta el aire aquí es sabroso.

¡Oh Buenos Aires, mi cuna!
¡De mi noche amparo y luna!
Aunque en placeres desbordes,
Oye estos dulces acordes
¡Oh Buenos Aires, mi cuna!

Fanal de amor encendido,
Borda el cielo tu vestido
De rosas y rayos de oro:
Eres del mundo tesoro,
Fanal de amor encendido.

¿Quién al verte no te admira
Y al dejarte no suspira
Por retornar á tus playas?
Deidad de las fiestas Mayas
¿Quién al verte no te admira?

De tus glorias que otros canten,
Y á las nubes te levanten
Entre palmas y trofeos.
Yo no asisto á esos torneos:
De tus glorias que otros canten.

Tu esplendor diré tan solo,
Si no del ya viejo Apolo
Con la lira acorde y fina,
En mi guitarra argentina
Tu esplendor diré tan solo.

Voluptuosa te perfumas
De junquillos y arirumas;
Cuando te adornas y encintas,
En las auras de tus quintas
Voluptuosa te perfumas.

Goza del Plata al arrullo
Llena de garbo y orgullo,
Criolla sin par, blasonante
De tu destino brillante,
Goza del Plata al arrullo.

Triunfa, baila, canta, ríe;
La fortuna te sonríe,
Eres libre, eres hermosa;
Entre sueños color rosa,
Triunfa, baila, canta, ríe.

¡Cuántos medran á tu sombra!
Tu campiña es verde alfombra,
Tus astros vivos topacios;
Habitando tus palacios
¡Cuántos medran á tu sombra!

Bajo de un humilde techo
Vivo en tanto satisfecho
Bendiciendo tu hermosura,
Que bien cabe la ventura
Bajo de un humilde techo.

La riqueza no es la dicha;
Si perdí la última ficha
Al azar de la existencia,
Saqué en limpio esta sentencia:
La riqueza no es la dicha.

He nacido en Buenos Aires
¡Qué me importan los desaires
Con que me trate la suerte!
Argentino hasta la muerte
He nacido en Buenos Aires.

———

(Agosto de 1890)

Bien cargada está la mina
Y es fuerza al fin que reviente:
Asfixia al pueblo el ambiente
De corrupción que le arruina.
La República Argentina
Es un país, no una feria:
"Basta de oprobio y miseria!...
Y el suelo legiones brota,
Como sangre que borbota
Cuando se rompe una arteria.

Buenos Aires en quien fijos
Tiene la patria sus ojos,
Ve con ira los despojos
De la herencia de sus hijos.
Entre zambra y regocijos
Se le esquilma, se le engaña.

Sublevarse, fuera hazaña
Digna de ánimos viriles!...
— "Ya hay cañones, ya hay fusiles.
¡A las armas! y en campaña!..."

Arde la noble ciudad
En frenético entusiasmo;
Se pelea que es un pasmo
Con igual temeridad.
De un lado la autoridad
Y sus soldados de acero;
Enfrente el pueblo altanero
Que á cañonazos protesta
Contra un poder que detesta,
Más por torpe que por fiero.

¿De quién la palma ha de ser
En la lucha que se enciende,
Si uno el derecho defiende
Y á otro le empuja el deber?
En familia, aun sin querer,
El triunfo á todos alcanza.
Siga al turbión la bonanza,
El alba á la noche aquella:
Donde se apague una estrella,
Fulgure un sol de esperanza.

Penetre esta en el hogar
De todo buen argentino,
Como el rayo matutino
Que nos llame á trabajar.

Si la existencia es un mar,
Surcarle es obligación
Firme y limpio el corazón,
Según ayer lo enseñaron
Los valientes que pugnaron
Cada cual con su razón.

¡Honor á los que han caído
Sin encono combatiendo!
Nos han dejado, muriendo,
Un ejemplo y un gemido.
A tal prez ¡oh! no hay olvido.
Justa fama ya les nombra
Ensalzándoles, y asombra
Al mostrarles, pregonera,
Tremolando la bandera
Que á sus restos hoy da sombra.

Duerman en paz los hermanos
En la tierra bendecida
Por quien rindieron la vida,
De servirla siempre ufanos.
Estrechémonos las manos
Para honrar su desventura,
Y que la ofrenda más pura
Al Dios de misericordia,
Sea un voto de concordia
En su humilde sepultura.

SOLEDAD

¡Oh soledad! ¡Oh murmurante río,
A cuya margen espontáneos crecen
Los árboles frondosos, que el otoño
Despoja ya de su hojarasca verde!

Huésped errante de la *selva oscura*
Di en estas limpias aguas. ¡Cuántas veces
Me vió la tarde, absorto en mis recuerdos,
Contemplando su plácida corriente!

La gran naturaleza, de mis penas
Oyó el lamento que hácia Dios asciende:
En su templo inmortal á quien la invoca
Seguro asilo y bálsamos ofrece.

Al dejar sin retorno estos lugares
Tan dulces á mi afán, llevo indeleble
Una impresión de gracia, de frescura,
Y hasta el sahumerio del paisaje agreste.

Como esas aves de amoroso instinto
Que en busca de calor el aire hienden,
Así mis pensamientos al amparo
De los afectos íntimos se vuelven.

¿Pero en cuál mejor sitio hallar la calma,
Y este silencio arrobador, solemne,
Que al fatigado espíritu conforta
Mientras las horas se deslizan breves?

Es aquí donde exhausto peregrino
Quisiera alzar mi solitario albergue,
Y arrullado del aura y de las ondas
Vivir lejos del mundo, para siempre!...

Mayo de 1890

PEDRO GOYENA

¡Alto homenaje á la virtud rendido!
¡Verde palma inmortal! Un pueblo entero
Al varón justo por el genio ungido,
Llora y ensalza y honra justiciero.

¡Oh, Pedro amado! Labrador caido
En plena mies madura al sol de Enero
Sin haber la cosecha aún recogido:
¡De la ciencia sublime jornalero!

Pero es rica tu herencia, pues nos dejas
De tu ejemplo y tus obras el tesoro,
Por la patria que amaste bien guardado.

De ella ¡ay dolor! hácia la luz te alejas,
Mientras en torno se levanta el coro
A tu memoria ilustre consagrado.

Año 1892

. . . . . .

. . . . . .

Diéronle España el aliento,
Cuna y sol Valladolid,
Numen los genios del viento,
El Romancero su acento,
Y pluma el crestón del Cid.

De belleza y virtud dulce modelo
La amistad enmudece al contemplaros,
Embelesada en el placer de amaros
Como á una flor que perfumara el cielo.

Mas ya que os vais, camino del oriente,
Este voto aceptad, gentil señora:
A vuestra vida resplandor de aurora,
Frescos lirios de Arauco á vuestra frente.

Á PÁNFILO [9]

¿Te vas Pánfilo, dime? ¡Qué, no es chanza!
¿Resuelves como Ulises embarcarte?....
Sople el viento propicio y mar bonanza.

Pues es tu voluntad, cúmplase: parte,
Llevándote... lo mismo que has traido:
Riqueza de amistad, triunfos del arte.

Mas preguntar me ocurre á que has venido
Dejando cual la alondra en la montaña
En el viejo Madrid tu dulce nido.

¿Qué! ¿así, sin más ni más se deja á España?
¡Cruzar el mar! Muy bien, si se concilia
Con el provecho el lujo de esa hazaña.

¡Pero tú condenado á la vigilia
Del numen soñador!... Yá, lo adivino,
A visitar viniste la familia.

¿Qué tal los chicos, eh? Van en camino;
Valiente raza, bullanguera, noble:
Lo español incrustado en lo argentino.

Si escuchamos el toque de un redoble
Hierve la sangre y ¡á la lid muchachos!
Sin que nada nos rinda ni nos doble.

¡Ya se ve! somos hijos (y fortachos)
De los hijos del Cid, que en mil batallas
Lucieron su arrogancia y sus mostachos.

¡Gobierne usted y enrede hoy en las mallas
Que un tiempo urdieron pérfidos mandones,
A gente liberal de esas agallas!

De un soplo apagó un día los tizones
Del Santo Oficio, y rotas las cadenas,
Abriéronse al amor los corazones.

Justo es; las historias están llenas
De vuestra fama ilustre. ¿No supísteis
A Roma contener? ¿Las agarenas

Huestes, su brava armada no rendísteis
Poniendo espanto al piélago profundo?
Cuando el francés os invadió ¿qué hicísteis?

Vuestro fué el descubrir, domar un mundo,
En que dejásteis entre sombras grandes
Del genio y del valor germen fecundo.

¿Cómo entonces (perdona, aunque me mandes
Al infierno) tenerse á maravilla
El grito aquel que estremeció los Andes?

Cundió en el Nuevo Mundo la semilla
Que arrojó en Villalar la heroica mano
Del justiciado é inmortal Padilla.

Su espíritu, su aliento soberano,
Renació aquí en el pecho de los libres,
Y el colono se alzó republicano.

Ora estos hechos peses y equilibres
Con serena razón, ora ferviente
De tu ingenio vivaz el rayo vibres,

Saluda al maturrango el insurgente:
Venga pues esa mano: paz, ventura.
No quita lo cortés á lo valiente.

Que refresque tu labio en la sed dura
Del vivir, aspirando á ignotos climas,
El agua del raudal en la espesura,

Y fijando la mente allá en las cimas
Donde al empíreo se levanta el genio,
Alto resuenen tus preciadas rimas,
En el Pindo, en la patria, en el proscenio!

Soneto (*)

(Traducción de Alfredo de Musset)

Leyendo yo á Petrarca aun siendo infante,
Sentí ansiedad de gloria en mi desvelo.
Él solo habló el idioma que habla el cielo:
Amó como poeta y cantó amante.

Del corazón sensible, palpitante,
La fugaz emoción, el tierno anhelo,
Único fué en grabar, alzando el vuelo,
Con áureo estilo en fúlgido diamante.

¡Oh tú gentil y misteriosa dama,
De quién ¡ay! he de ser pronto olvidado,
Ten compasión de esta alma agradecida.

Si Petrarca no soy, ardo en su llama;
¿Búscanme? pues acudo, y prosternado
A quien me da su amor le doy mi vida.

(*) Este y el siguiente soneto encuéntranse intercalados en el texto de la novela "El hijo del Ticiano", de Alfredo de Musset, que tradujo Guido y Spano al español. — *N. del E.*

SONETO

(*Alfredo de Musset*)

Beatriz Donato el nombre fué de aquella
Beldad divina, en cuyo ebúrneo seno
Palpitó un corazón constante y bueno,
El cuerpo inmaculado, el alma bella.

Del hijo del Ticiano blanca estrella,
Pintóla este retrato en su amor lleno;
Dejó luego el pincel, que al mundo ajeno,
Tan solo quiso eternizarla á ella.

Caminante, si amar sabes, liviano
No me censures, mírala. ¿Equivale
Tu querida á mi luz que envidió el cielo?

La gloria de este mundo es humo vano,
Pues del arte á pesar, créeme, no vale
La copia un beso del gentil modelo.

INCIENSO

Á EULOGIA

¿Quién es esa que se levanta
y va creciendo en luz como el alba?

"Palabras de los Cantares"

¿Dónde está el genio que llene
Esta página perdida,
Del libro de sus recuerdos
Por capricho desprendida?

¿La conocisteis? ¡Dichosos!
¡Qué atractivos! ¡Qué dulzura!
Hasta el corazón penetra
El fulgor de su hermosura.

¿Y habré de ser yo ¡destino!
Quien aquí deba decir
Lo que cumple á egregia lira,
Cuando solo sé sentir?

Lirio á la aurora entreabierto
Allá en los valles de Chile,
No hay luz, celeste armonía,
Que á su ser no se asimile.

Cíñela, joven esposa,
Nimbo ideal que enciende el alma;
Tiene su talle gentil
Blandos cimbreos de palma.

Como Rebeca, prudente,
Y más graciosa que Esthér,
En ella el ángel soñado
Se trasunta en la mujer.

¡Oh, qué huerto de delicias!
¡Oh fresca fuente sellada!
¡En qué aroma de virtud
Toda ella está impregnada!

Con el espíritu, eleva,
Con los ojos, electriza;
A los extraños arroba,
A los íntimos hechiza.

De la distancia á través
Se la admira, se la siente,
En la oscuridad profunda
Blanca estrella del oriente.

Vuela pensamiento mío,
Y dila al par de incensarla,
Que quien una vez la vió
No podrá nunca olvidarla.

SALMO

Lo dice el libro santo,
Dios de mis padres: tu poder es tanto,
Que sobre el viento imperas; de la tierra
Alzas los lindes, y del mar que brama
En perdurable guerra,
Las aguas recogiste como un manto.
Arde eterna la llama
Del sacrificio que ofreciera Elías:
En ella el orbe ante tu altar se inflama.
Con hondas, inefables armonías,
Las esferas tu gloria alto pregonan,
Y en legiones sombrías
Los siglos á adorarte se amontonan.
Los astros se coronan
De luz, cuando desciendes
Vestido en majestad de las alturas,
Y en el santuario de las almas puras
De tu divino amor el fuego enciendes.
A todos nos atiendes
En la triste orfandad en que vivimos,
Al grande y al pequeño;
Que en el valle risueño

¡Oh buen pastor! donde tu grey se apiña,
Apenas invisible te sentimos,
De tu lozana y lujuriante viña
A todos nos alcazan los racimos!

IGNACIO DE LOYOLA [10]

Digitus Dei est hic

PAULO III.

Venérese tu nombre ¡oh gran Loyola!
Por la cristiana grey, al contemplarte
De la fe tremolando el estandarte
Que en las sagradas cumbres se enarbola.

¿Quién pudo contener la inmensa ola
De tu inmensa piedad? ¿Quién igualarte?
Ordenas, y tu hueste ínclita parte:
Defendiendo la cruz triunfa ó se inmola.

Estrecho el mundo á la misión divina
Que le encargas cumplir, va austeramente
Convirtiéndole á Dios, y en Él se absorbe.

¡Sacro adalid! eterna es tu doctrina,
Y al difundirse como el sol, fulgente,
En amor de Jesús se abrasa el orbe.

1894

HIMNO

Á LA VIRGEN DE ITATÍ (1)

¡Señora de las selvas
Y pueblos guaraníes,
Que dulce nos sonríes,
Divina aparición!
Escucha aqueste himno
De férvida alabanza,
Con vuelos de esperanza
Nacida en la oración.

Mira á los fieles, madre,
Que de su amor en prenda
Dedícante la ofrenda
Más grata á su humildad.
Tus siervos te saludan
Del orbe soberana,
Lucero en la mañana,
Luna en la obscuridad.

Pues en el cielo reinas
Y en nuestros corazones,
Queremos tus blasones
Sin mancha hoy acrecer,
Al coronar tu imagen
Con la imperial diadema,
Que es en la tierra emblema
De gloria y de poder.

El homenaje acepta
De antigua fe sencilla.
Proteje al que se humilla
Delante de tu altar.
Sé blanda á nuestras preces,
Enjuga nuestro llanto,
Y da á besar tu manto
A quien te sabe amar.

Al blanco, al negro, al indio
Que acampa entre jaguares,
En su infortunio ampares
¡Oh Virgen de Itatí!
Y bendecida seas
Por siempre, lirio y palma, (*)
Mientras contrita el alma
Del mundo asciende á tí!

(*) Lirio y palma: símbolo el lirio de fuerza, la palma de virginidad y de victoria.

EN EL "ALBUM LITERARIO" (Año 1898)

DE LA

SOCIEDAD DE BENEFICENCIA DE LA PLATA

Quede aquí mi nombre inscripto,
Como en el tronco de un árbol
El de algún viajero errante
Que atraviesa el descampado.

¿Porqué afecto á la harmonía
Mis impresiones no canto?
Descordado está el laúd
Y el trovador casi exhausto.

Larga ha sido la jornada;
Breve en la tarde el descanso,
Ya en el cielo se dibujan
Los celajes del ocaso.

Cuando la noche despliegue
Su negro, fúnebre manto,
Dormiremos de la tierra
Nuestra madre en el regazo.

Y el despertar será dulce,
Leve sombra entre los astros,
Si aspiramos el perfume
De las flores que plantamos.

ODA

Con ocasión de la visita á Buenos Aires del Exmo. Presidente del Brasil Sr. Manuel Ferraz de Campo Salles

———

Tiene Dios en su mano
De naciones y reinos el destino.
Si antes rival, ufano
Se abraza á un noble hermano,
Crecen las palmas en el buen camino.

De Augustos á Tiberios
Caducan fatalmente ó se suplantan
En ambos hemisferios
Poderosos imperios:
De sus ruinas los pueblos se levantan.

Es solo perdurable
La Libertad. A veces conmovida
O derribada á sable,
Del polvo miserable
Se yergue en luz y magestad vestida.

Vedla irradiar fulgente
Sobre la multitud, que jubilosa
Festeja excelsamente
De un patricio eminente
La presencia simpática y gloriosa.

Del gran país procede
Cuyo radiante emblema es el Crucero,
Y que á ninguno cede
En esplendor, ni puede
Compararse otro edén al brasilero.

¡Ahí está! ¡Bienvenido
El Presidente del Brasil! ¡Oh, viva
Campos Salles! Cumplido
República, seguido
De selecta brillante comitiva.

¡Cuánto caudal en ella
De civismo, de ciencia, de talento!
Luce más de una estrella.
¡Que ocasión grata y bella
A cordial, extremoso acogimiento!

¡Honra á quien la merece!
Ayer no más la hicieron á porfía
Al que noble hoy la ofrece, (*)
Y ese laurel florece
Del Plata á orillas en triunfante día.

(*) El General Roca, Presidente de la República.

¡Truene el cañón de fiesta!
Nuestra bandera unida á la auri-verde
Tremole en alto enhiesta,
Y en cantares de gesta
La lira el acto consular recuerde.

Señale al estadista
Representante fiel de un pueblo amigo.
Sin armas nos conquista:
Do quier tienda la vista
Del gozo popular será testigo.

Presiéntese la alianza
De intereses fecundos, encendida
Con fervor la esperanza
De perpetua bonanza
Por fraternal concordia sostenida.

¡Tal es el grande anhelo
Que en nuestro ilustre huésped se trasciende.
Sofoque al anapelo
Próspera oliva. ¡El cielo
Dé gloria y paz á quien la paz defiende!

PRINGLES

Terrible fué la desigual demanda.
Corto grupo de torvos granaderos,
Del número acosados, cargan fieros
La ibérica legión: Pringles los manda.

Testigo el ponto de la lid infanda
Brama iracundo. ¡Guay! de los primeros.
Ya sucumben, perínclitos guerreros,
Cuya épica figura el tiempo agranda.

Bañado en sangre, en su corcel de guerra,
Con los que aun restan á la mar se azota
El paladín puntano embravecido.

"¡Vivid, héroes!" les grita desde tierra
Noble el jefe español, y en la derrota
Por su acción inmortal triunfa el vencido.

EDUARDO PIMENTEL [13]

¿Quién al saber su deplorable suerte
No ha sentido ¡ay! opreso el corazón?
La sombra de Romeo sollozara,
Y el viento entre los sauces suspiró.

Extinta apenas su Matilde pura,
La gentil novia ayer, el ángel hoy,
Arrebatado del pesar inmenso,
Parte á buscarla en la inmortal región.

Ella sin duda le aguardó anhelante,
Y en dulce abrazo unidos ya los dos,
Cruzan el éter, almas peregrinas,
Hácia la blanca estrella del amor.

La misma tumba sus reliquias guarda,
Y diz que allí cuando se oculta el sol
Se oyen acordes de harpas invisibles,
De castos besos celestial rumor.

Los que risueños apurais la dicha
En copa de oro que el placer colmó,
No culpeis al amante sin ventura
Sumergido en el mar de su ilusión.

La muerte le llamara compasiva
Y en sus brazos el triste se arrojó;
Lo que sintiera esa alma acongojada,
Tan solo puede comprenderlo Dios.

No serás olvidado ¡oh pobre joven!
En el sepulcro que te asila, nó.
Que bien mereces amador sublime
Un recuerdo, una lágrima, una flor!...

LEON XIII [14]

Con ocasión del Vigésimo Quinto Aniversario de su Pontificado

Febrero 20 de 1902.

Senex, sed bonus.

La Leyenda de Oro

Triunfa hoy la Iglesia en su esplendor sagrado.
¡Gloria in excelsis Deo! y en la tierra
Gloria al Sumo Pontífice León XIII,
De Pedro apóstol sucesor insigne.
El orbe le saluda, ya vencida,
De la cristiana hueste real caudillo,
Con ejemplar tesón larga jornada,
Llevando entre tormentas siempre enhiesto
El estandarte de la Cruz. Opimo
Fruto alcanzara al recoger las mieses
Que del Señor acumuló en las trojes.
Maduro, grave el juicio, y empapado
En inefable suavidad, piadoso
Vela encendido en el amor de Cristo.
De la verdad halló las aguas vivas,
Y de ella asiduo pregonero, blando
A beber nos las dá como de fuente

En sus consejos próvido, seguro,
Con gran primor de espíritu y alteza
De santidad, á todos nos domina
Su fortaleza unida á la templanza,
La lumbre pura de su claro ingenio.
El harpa de David vibra en sus manos,
Y cual Gregorio Nacianceno, exhala
Del tierno corazón fervientes himnos.
Su ancianidad, crepúsculo de un día
De intensos resplandores, nos anuncia
Que las estrellas ornarán su cielo
Cuando llegue la noche majestuosa.

¡Santo Pastor amado! ¡alma sublime!
¡Cuán grato es esparcir ante tu imagen
Flores sencillas que sahumó la gracia!
Bendícenos ¡oh padre! y que se encienda
Más viva llama en el hogar tranquilo.

MELANCOLÍA

Grave y dulce es recordar
En el crepúsculo triste
De la vida, que es un mar,
Lo que ha sido y ya no existe!

Revista que el alma pasa
De sus triunfos y reveses,
Desde el huerto de la casa
A los fúnebres cipreses.

Avanzando en mi odisea,
Vuelve atrás el pensamiento
Cual la llama de una tea
Que es llevada contra el viento.

¡Cuántas memorias no alumbra,
Y qué abismos de tristeza!
Entonces á Dios se encumbra:
Poder, misterio, grandeza!

De nuevo en amor se enciende
Ante aquel amor sublime,
Y sus anchas alas tiende
Como una ave negra, y gime.

Pues no hay consuelo mayor
Del hombre al fiero quebranto,
Que sumergir su dolor
En el mar del propio llanto.

Cuanto nace á morir, llora;
De nubes cúbrese el cielo,
Vierte lágrimas la aurora,
Se viste el templo de duelo!....

Arda en nuestra ara, encendida,
Envuelta en finos crespones,
La lámpara bendecida
De ya extintas ilusiones.

A su fulgor vacilante,
Yérguense frescos los lirios
En la fuente sollozante
De los pasados martirios.

¡Flores tristes de la tumba!
Mi talismán sois vosotras;
Hasta el día en que sucumba
No orlaré mi cruz con otras.

¡Ah! jamás apartar quiero
De mis penas el sentido:
Sé, dolor, mi compañero,
Ya que al fin no me has vencido.

Templado en tu ardiente fragua,
Tras cada golpe me calmo.
¿Se hunde el barco? ¡Pecho al agua!
La vida es lucha y es salmo.

Si el cansancio nos doblega,
A la orilla del camino
Sentados, en tanto llega
La sentencia del destino,

Grave y dulce es recordar
En el crepúsculo triste
De la vida, que es un mar,
Lo que ha sido y ya no existe!

GRATITUD

(Enero 19 de 1904)

Non omnis moriar.

Horacio.

"No moriré del todo", en este instante
Podría repetir, al verme ufano
Tan generosamente enaltecido.
¡Sorprendente ovación inesperada!
¡Cómo sensible el corazón desborda
De gozo al recibirla! ¡Honor inmenso!
Aquí la patria está: lustre, alto ingenio,
Clara virtud, belleza imponderable,
Con vívido esplendor la representan.
Distínguense á la vez gentiles hijos
De otros climas, venidos con la nuestra
A vincular su suerte. Nos rodean,
Heraldos del progreso. Un haz compacto
Forman con la nación, en cuyo idioma
La palabra "extranjero" está proscrita.
¡Oh, cuántos entusiastas, presurosos
Al reclamo del arte han acudido!
Mi blasón literario preconizan:
Brotó el elogio en labios elocuentes:
Laureado estoy con honra no soñada!...

***

Dignas matronas; cándidas doncellas
Llenas de encanto y gracia y luz; ancianos,
Columnas fuertes que el cariño abraza;
Lumbreras del saber; nobles poetas;
Gallarda juventud, pujante en bríos
Doquier nuestro pendón libre tremole;
Y hasta los niños, del hogar delicia,
A quienes van mis besos, ¡salve á todos!
Profunda gratitud, mirtos y rosas!
Ni he de olvidar, ingrato, á los ausentes,
Que en amadas ciudades argentinas
En mí honraran las letras. A ellos vuela
Jubiloso el espíritu, y esparce
Flores del corazón, nunca agostadas.
Suprime la distancia el sentimiento.
Lo pequeño á lo grande hoy se asimila:
Alumbran la luciérnaga y los astros.

***

El hecho realizado, no es la fiesta
Consagrada á un mortal: importa el triunfo
De la armoniosa poesía. Solo
Su esencia en lo creado se difunde,
Penetrando las cosas y las almas
Desde la flor silvestre á las esferas,
De que escuchó Pitágoras el ritmo.
Y yo también un tiempo ardí en su llama.
Del espumante zumo de la uva
Vendimiada en sazón colmé la copa,
Yendo á libarla al pórtico marmóreo

Donde el grupo divino de las Gracias
Danza al compás de la heptacorde lira.
¿Devaneos clímpicos? La Musa
Vivirá mientras suene el verso de oro,
Y zumben las abejas de Lucrecio
En los cármenes frescos de Virgilio.

***

Vario es el modo en que ensayé mis cantos.
Si magnífica prez alcanzar pude,
Por otros merecida, la depongo
Humilde, respetuoso, conmovido,
Del numen sacro ante el altar sublime.
Invocárale yo, tarde lo hiciera.
Allá se fué la mocedad. La aurora
No da al ocaso su fulgor purpúreo,
Ni manan del raudal las limpias aguas
Que heló el invierno en escarpada roca.
¿Dónde la eterna inspiración? Su fuente,
Naturaleza, Dios. El hombre, un punto
Luminoso en la noche de lo inmenso,
Chispa fugaz de la celeste hoguera.
Pero la gloria es resplandor; sus rayos
Mi flaqueza retemplan, y ya siento
Vibrar en su mudez el harpa antigua.....
Quédese ahí velada y silenciosa:
A renovados triunfos, nuevos himnos.

***

¿Cómo explicar, en tanto, este homenaje,
Honor de quienes le tributan, cómo?

¿Será que á lo alto suben por livianas
Las nubes, de los vientos impelidas?
¿Qué timbres me abonaron? ¿De cuál genio
Fuí protegido al avanzar la sombra
De mi existencia sobre el campo estéril?
Yo soy el ave que cantando pasa
Perdiéndose á lo lejos, mientras queda
De la selva en la fronda el coro alado.
Soy el grano de incienso que en el templo
Arde ante el ara, humea y se disipa.
¿A qué azar venturoso debo entonces,
Me alcéis de oscuro valle á esta eminencia,
Desde la cual se ensancha mi horizonte?
Pedestal es á veces la montaña
Al peregrino errante que á ella asciende,
Sin conciencia quizás del vano esfuerzo
Para trepar á inaccesible cumbre.
Y pues llegué á esta altura, prosternado
Quiero elevar al cielo ardientes votos:
Por la grandeza de la dulce patria,
Que los Andes y el vasto mar limitan;
Libre y triunfal, ejemplo de civismo,
La admire el mundo, y junte á los trofeos
En memorables lides conquistados,
De sus cantores el laurel glorioso.

***

Cúmpleme ahora descender al llano,
La popular falange nuevamente
Me contará en sus filas. Más modesto
Si más enriquecido á ellas retorno.
Llegado al fin de la jornada; luego

De recoger, feliz, frutos preciosos
En nuestra amplia heredad; dejando abiertos
Leves surcos á nuevos sembradores,
Es hora ya de desatar del carro
Mis corceles humeantes, que dijera
Después de recorrer campos floridos,
De Mantua el cisne deleitando á Roma.

Torné á ver la vieja ermita.
Se halla todo en su lugar:
La lámpara moribunda,
La flor mustia en el altar.

Doquier quedan las señales
De la dulce, antigua fe:
Allí está la Dolorosa,
Allí el Cristo que adoré.

¡Cuántas veces, siendo niño, —
El santuario á media luz, —
Me llevó mi tierna madre
A besar juntos la cruz!

¡Tiempos idos! Pero aun guardo
Su memoria, y la impresión
De recuerdos inocentes
Me penetra el corazón.

Hoy después de largo viaje,
Tras de recia tempestad,
En el sagrado recinto
Calma busco y soledad.....

¿Quién me llama? ¡Oh voz sentida
Que hace el pecho conmover
Con rumores de plegaria,
Con ternuras de mujer!

"Vén, me dice, al infortunio
Da un himno. Lo pide así
La Caridad, luz del cielo".....
El laúd á pulsar fuí.

¡Ay! el rítmico instrumento
Para siempre enmudeció!
Al querer forzar las cuerdas
En mis manos se rompió.

Pues haré de blancas rosas,
Pensara, el don fraternal.
Cayó la helada en mi huerto,
Agostado hallé el rosal.

De un melancólico sauce
Colgué entonces el laúd;
Y volví á la vieja ermita,
Y lloré mi juventud.

EN MARCHA

— ¿Dónde vas ¡oh peregrino!
Por tan fragosa montaña?
— A perderme entre las nubes
Que coronan las cúspides más altas.

— ¿Libaste en el mundo acaso
Del dolor la copa amarga?
— Llevo conmigo marchita
La flor azul de la última esperanza.

— ¡Quizá fuiste un poderoso!
— Soy una sombra que pasa.
— ¿Algún bardo?
— No interrogues
A quien ya solo con los muertos habla.

— Dios te ayude en tu ascensión
Hácia las cumbres sagradas.
— Amén".
Y siguió adelante
Al són lejano de invisibles harpas.

CENTENARIO DE MAYO 1910

En un álbum conmemorativo

Centenario de Mayo!... Oh! quién tuviera
Sublime inspiración para elevarse
Hasta la cumbre de la excelsa gloria
Donde alzáronle un templo nuestros padres!...
Mas nada igualar puede al himno patrio....
Lo canta el pueblo, América le aplaude,
Yo á retaguardia formaré en sus filas,
Entonando á gran voz el "¡Oid mortales!".

RAYOS DE LUNA

¡Oh blanca reina del alto cielo
Que en carro ebúrneo triste paseas!
Tú á quien preceden vívidas teas,
Mi selva oscura viste de luz.
Y allí apacible, dulce y sin velo,
De sus misterios reveladora,
Sé de mis sueños cándida aurora,
Nimbo süave de aislada cruz.

Alumbra el fondo de aquel paisaje,
Donde entre zarzas vense esparcidas
Ruinas humildes, tumbas queridas,
Que sollozando guarda el amor.
Ellas señalan el largo viaje
De que he vencido rudas jornadas:
Marché por sendas no frecuentadas,
Fiado en mi estrella y en mi valor.

¡Cuántos azares! De suerte escaso
Mantuve siempre la frente altiva;
Si la fortuna se mostró esquiva,
Jamás ante ella me prosterné.

Tenues celajes que ya al ocaso
Llego, me anuncian de mi existencia;
Suene la hora, pronto á la ausencia,
Sin un lamento me alejaré.

¿Quién ¡ay! entonces de mi destino
Traerá á la mente la vaga historia?
Sombra que pasas, humo es la gloria,
Tu edén soñado, quimera al fin.
Luna que esparce fulgor divino,
La dicha dura solo un momento:
Ninguna antorcha resiste al viento;
Rotas las copas cesa el festín.

Yo luché un día... Quedé tendido
Del casco de oro la sien desnuda;
Débiles ecos del harpa hoy muda,
Por esos campos muriendo ván.
¿Mas dónde el numen fortalecido
Con el aliento de la esperanza?
Plegó sus alas; la noche avanza
¡Luna amorosa templa mi afán!

De tu diadema de nácar, dame
Porque me inspire, blandos reflejos;
Vibre armonioso mi canto lejos,
Al arte, al mundo, postrer adiós.
Que en él en limpias ondas derrame
Su savia toda, contrita el alma:
A otros del triunfo la verde palma;
A mí el silencio, las sombras, Dios!

NOTAS

(1) AMÉRICA. La Real Academia de la Lengua (de la que el autor tiene la honra de ser miembro correspondiente) promovió en Madrid un certamen ofreciendo premiar con veinte mil pesetas la mejor composición escrita en verso que se presentase, al festejarse el último centenario de Colón, cantando el gran suceso del descubrimiento de América. Ninguna de las sesenta poesías remitidas á la comisión que debía juzgarlas, fué considerada digna del tema histórico por aquella propuesto.

Percances literarios

(2) PATAGONIA. "La Nación" publicó las siguientes composiciones poéticas (Enero 18 de 1877) precedidas de las líneas que van aquí transcriptas:

"La cuestión chileno-argentina se ha trasladado del terreno de la diplomacia al de la poesía.

"Cuando los gobiernos callan, y el silencio se hace en torno de las cuestiones internacionales, los vates toman la palabra con el derecho que les da la inspiración.

"Con motivo de una composición del poeta argentino D. Carlos Guido Spano, titulada PATAGONIA, el Sr. D. A. Valderrama poeta chileno, contestó con una epístola, que ha sido publicada en los diarios de Chile.

"El Sr. Guido Spano replica á su vez con otra epístola.

"Lo hizo inmediatamente y en el mismo número de tercetos que los empleados en censurarlo por su distinguido replicante.

"La última palabra de ambos poetas, es FRATERNIDAD, haciendo cada uno de ellos sus reservas diplomáticas... en verso.

"El poeta chileno convida al argentino "á envainar el sable, á amar el trabajo, cantar el bien, la luz, la ciencia, porque el pueblo más sesudo triunfa del mal, y la inteligencia es la reina del mundo".

El poeta argentino, conforme en "tender los brazos y envainar el sable" renovando la antigua y memorable alianza, "acepta la fraternidad basada en la justicia, que son las altas columnas de su templo; pero con largueza y abnegación, y sobre la base de cada cual en su tierra y Dios con todos".

N. del E.

(3) *.....Que en la montaña*
Señaló un rumbo al adalid famoso...

Alusión á la Memoria en que se trazaba el plan de la expedición sobre Chile á través de los Andes, presentada (1816) por D. Tomás Guido provisoriamente encargado del Ministerio de la Guerra, al General Balcarce, Delegado en Buenos Aires del Director Supremo de las Provincias Unidas, General Pueyrredón. Remitido por expreso dicho documento histórico al primer magistrado, quién se encontraba en Tucumán, aprobóle elogiosamente en todas sus partes, mandando luego ejecutar lo aconsejado en él.

(4) Ante los restos del General San Martín.
Este soneto, oportunamente publicado en Buenos Aires, fué remitido con la siguiente nota á la Comisión especial á que en ella se alude:

Buenos Aires, Mayo 27 de 1880.

"Los deudos de los próceres de la Independencia, reunidos en la Capitanía General del Puerto, saludan y ofrecen á los señores de la Comisión encargada de recibir los restos del General San Martín, la adjunta poesía, para ser publicada como homenaje y expresión de sus sentimientos en la apoteosis del héroe americano".

Carlos Guido y Spano, Angel J. Carranza, E. Díaz Velez, Silvestre Alvarado, J. M. Belgrano, Alejo Eguía, Julio C. Sánchez, Francisco Molina Viamonte, Nicanor C. Carbonell, Federico Melián, Félix L. Olazábal, Manuel Z. de Olazábal, Juan Angel de Beruti, Gustavo Martínez, Pedro R. Seguí, Luis Silveira, Juan Cruz Ocampo, Enrique Sorondo, Julio Sánchez Viamonte, Mariano E. Aguirre, Angel D. Salvadores, Mariano Escalada, Antonio Espinosa, Orestes de Olazábal, León M. Weigel, José Olavarría, Nicolás C. Suárez, Torcuato Villanueva, Inocencio Torino, Aubri Casanova, Eduardo Durao Rodríguez, Domingo Espinosa, Luis Z. Briones, José Tomás Guido, Carlos Carrega, Tomás A. Guido, Matías Pinedo, Bernabé J. Núñez, Isaac Melián y Belgrano, Luis Vega, Julián Montaña, Eugenio Garzón, Ataliva Roca, Antonio Díaz, José J. Aldao, Pío Aldao, Anselmo Rojas, Joaquín Rivadavia, Joaquín Belgrano, Bernardino Rivadavia, Florentino Uriburu, Antonio P. Díaz, Fausto Díaz, Angel Carranza, Cándido Galván. —(Siguen las firmas).

(5) A Quintana. El soneto *A Quintana* fué escrito en Octubre de 1884 para ser presentado en la gran fiesta de los Juegos Florales, dada en esa fecha en Buenos Aires bajo los auspicios del "Centro Gallego". Llevaba por lema: *Sapiens uno minor est Jove* (á Jove solo es inferior el sabio). Enviado el soneto al jurado que debía juzgar las composiciones de los concurrentes al certamen, fué luego retirado por su autor, mediando para ello

motivos de delicadeza que no es del caso referir. Al publicarlo "El Diario" bajo la dirección del eximio periodista D. Manuel Láinez, con singular elogio, decía entre otros conceptos: "para los que no están al cabo de las finezas literarias que encierra el soneto de Guido y Spano, lo comentaremos brevemente. Eligió sin duda ese género de composición por el carácter clásico que se le atribuye, y á ejemplo de insignes poetas cuando han querido glorificar la memoria de personajes ilustres".

"¿Quién contempló su olímpica estatura" etc.

"Saint Beuve refiriéndose á Tucidides como historiador, pondera *son imposante stature*.

"Rota de Iberia la imperial bandera
O vengarla ó morir sublime jura."

"Quintana en su oda "A España" exclama:

"No ha sido en el gran día
El altar de la patria hollado en vano,
Por vuestra mano fuerte;
Juradlo, ella os lo manda: ¡Antes la muerte
Que consentir jamás ningún tirano!
Sí, yo lo juro, venerables sombras;
Yo lo juro también, y en este instante
Ya me siento mayor. Dadme una lanza,
Ceñidme el casco fiero y refulgente;
Volemos al combate, á la venganza,
Y el que niegue su pecho á la esperanza
Hunda en el polvo la cobarde frente."

"Y el eco grande de su trompa aun dura" etc.

"Ya se acerca zumbando
El eco grande del clamor guerrero".

(QUINTANA).

Tratándose de elogiar á Quintana no podían olvidarse sus méritos de historiador excelente. "Luz de la historia" fué en efecto el autor de "Vida de españoles célebres".

".... Canta los trofeos
Del genio y el valor, y la limpieza
De la virtud y á América inocente."

"Alúdese á las odas — "A Juan de Padilla"; "Guzmán el Bueno", "Trafalgar", "A la expedición española para propagar la vacuna", "A la invención de la imprenta", "A Jovellanos", "A Meléndez", "A Cienfuegos", "A D. Ramón Moreno", y también á aquella famosa invocación que empieza:

"Virgen del mundo, América inocente" etc.

"No pequeña parte de sus investigaciones," escribía Don Antonio Ferrer del Río, ha dirigido el señor Quintana á la historia de América, por cuya suerte se interesa de una manera verdaderamente amorosa. ¡Qué americano no se honraría en tributar homenaje á tan esclarecido varón!

"Irguiéronse á su vez los Pirineos"

"Los montes efectivamente, parecieron levantarse á las ardientes evocaciones del vate, como un formidable antemural opuesto por la naturaleza á la invasión extranjera".

"Llevó incienso al altar de la belleza"

"El fogoso patricio, el historiador, el cantor épico de las glorias de España, rindió también alto homenaje á la hermosura, á quién dedicara la composición que comienza con los siguientes versos:"

"Cuando en la flor de mis risueños días
Mi vista hirió tu luz dulce hermosura
¡Oh cómo palpité! ¡Cómo mi pecho
Te amó, te idolatró! Tú numen fuiste
Que desplegar hiciste
El vuelo de mi voz; tú presidías
De mi cítara al son, que entonces era
Más bien el eco de las ansias mías
Que el eco de tu gloria; exento ahora
De temor, de deseo y de esperanza,
Que aceptes pido con afable agrado
El tributo que rindo á tu alabanza."

"Y proclama su gloria el mar rugiente"

"La más poderosa voz de la naturaleza. Todos recuerdan la oda "Al mar" del insigne poeta:"

"Calma un momento tus soberbias ondas
Océano inmortal, y no á mi acento
Con eco turbulento
Desde tu seno líquido respondas;
Cálmate, y sufre que la vista mía
Por tu inquieta llanura
Se tienda á su placer. Sonó en mi mente
Tu inmenso poderío,
Y á las playas remotas de occidente
Corrí desde el humilde Manzanares
Por contemplar tu gloria,
Y adorarte también, Dios de los mares".

"Dice el Salmo XVIII de David. *Cœli enarrant gloriam Dei.*"

(6) El Centenario de Bolívar. Esta poesía, á pedido de numerosos ciudadanos presentes en la gran manifestación pública hecha al Libertador colombiano, fué recitada ante el retrato del héroe, colocado en la pirámide de Mayo.

(7) La República Francesa. Leyéronse estos versos ante la gran concurrencia de ciudadanos, la mayor parte franceses, que acudieron al Teatro Argentino para festejar el advenimiento en Francia de la nueva república. Fácil es imaginar el efecto que producirían en auditorio entusiasta. El autor recibió poco después la carta del Sr. Saint Chaffray, Ministro de Francia y cuya copia en su propio idioma reproducimos á continuación:

RÉPUBLIQUE FRANÇAIS
LÉGATION DE FRANCE
MONTEVIDEO

Montevideo le 31 Décembre 1888

Monsieur:

"La Colonie Française de San José a envoyé le 14 Juillet dernier à Mr. Carnot une adresse à laquelle était joint la pièce de vers que vous avez bien voulu composer à l'occasion du Centénaire de la Révolution.

Le Président de la République m'a prié de transmettre aux signataires de l'adresse ainsi qu'à vous, Monsieur, l'expression de ses vifs et sincères remercîments.

En me félicitant d'être chargé de ce soin, je suis heureux de saisir cette occasion de vous offrir, Monsieur, les assurances de ma considération la plus distinguée."

Le Ministre de la République Française
SAINT CHAFFRAY.

N. del E.

(8) Víctor Hugo. El soneto á Víctor Hugo fué recitado por su autor en el acto de la apoteosis, que después del fallecimiento del gran poeta se le hizo en Buenos Aires, promovido por los residentes franceses. Refiriéndose á la solemne manifestación, un diario de la época, luego de describir la ceremonia magnífica que durante el día efectuóse en el Jardín Florida, agrega lo siguiente: "Por la noche todas las localidades de la Opera estaban ocupadas, siendo por consiguiente numerosa la concurrencia que asistió á la segunda parte de la fiesta organizada por el Comité. Al levantarse el telón, después de oir los circunstantes de pie el Himno Nacional y la Marsellesa, apareció en el centro del escenario el mismo catafalco que por la tarde se había alzado en el Jardín Florida, notándose al rededor de la base las obras del poeta encuadernadas y algunas coronas. Las partes laterales del proscenio estaban tapizadas de merino negro. En doble fila de sillas se hallaban los miembros del Comité y otras personas, y un poco más abajo del monumento una mesa enlutada para los oradores.

"El señor Alejo Peyret, á quien según el orden del programa tocó el uso de la palabra, leyó un extenso discurso en que reseñó la vida de Víctor Hugo, haciendo resaltar sus virtudes en el destierro, siguiéndolo paso á paso en los progresos de su brillante carrera literaria, examinándolo bajo el aspecto del escritor y del político, y excusándolo al terminar de los pequeños defectos que pudieran achacársele con los grandes méritos que se le deben reconocer. Los señores Groussac y Ebelot, siguieron al señor Peyret enalteciendo la fama del escritor francés, demostrando la influencia por él ejercida en la literatura y la política, y lamentando en sentidas frases la inmensa pérdida que ha llenado de luto la Francia. Los tres oradores fueron repetidamente aplaudidos, especialmente el señor Ebelot, que habiendo aprendido su discurso casi de memoria, lo dijo con muchísima expresión.

"Saludada con aplauso la presencia de Carlos Guido y Spano, pronunció con voz clara y vibrante las palabras cuya brevedad, nos permite reproducirlas íntegras:

"Me ha tocado la honra de ser de los escogidos para contribuir con mi palabra á este acto literario que es en realidad una apoteosis. Mi gratitud á los caballeros franceses que lo han iniciado y lo presiden, difícilmente podría igualar la distinción recibida. ¿Cómo corresponderla? "Hablad" se me ha dicho, "vos argentino al gran pueblo francés". Imaginad que confusión la mía, que prez inestimable! Impulsado de mi propio deseo por tan obligatoria y expresiva insinuación, he escrito algunos versos: débil nota que agregar al coro magnífico de alabanzas que de todas partes se levanta y que aquí mismo acabamos de escuchar conmovidos, en elocuentes oraciones. Mañana se disipará ese incienso (el orador señala á los que le precedieron en la palabra), pero quedarán los vasos de oro. En más límpida atmósfera se alzará en el tiempo aun más augusta la imagen del vate soberano.

"Lamentando su pérdida, se ha repetido que con él se enterraba la poesía. Nó, no hay en la tierra espacio suficiente para sepultar á esa hija armoniosa de los cielos. Ella existirá mientras el hombre pueda levantar los ojos al firmamento, y sienta en su pecho las palpitaciones de un corazón amante y generoso. Lo estamos viendo: el salmo de glorificación universal que á Víctor Hugo se consagra, significa asimismo la protesta del siglo contra los que le suponen, con injuria, apartándose huraño, materialista, escéptico, de las vías sagradas, de las sendas floridas de la imaginación, para vivir solo abrazado al árbol de la ciencia.

"El anciano sublime cuya lira acaba de romperse, le representó, como nadie, en sus ideales románticos, en sus aspiraciones más altas: unas veces lo embelesó, allá en la juventud, con sus endechas, con sus creaciones dramáticas; otras en medio de terribles conflictos, lo asombró haciendo resonar el arpa de los profetas y la trompeta de oro del arcángel.... Fué su oráculo inspirado, su aureola refulgente. Con sus rayos nos ha alumbrado, nos ha hechizado á todos. Así se explica por qué los contemporáneos

ÍNDICE

ÍNDICE

"HOJAS AL VIENTO"

	Página
La hora del triunfo (Joaquín V. González)	V
Introducción	XV
Patri caríssimo	1
Hojas al viento	3
Á Manuel C. Gouvea	5
La Esperanza	9
La Inocencia	11
Marmórea	15
Á Italia	19
Chant d'Amour (Lamartine)	20
Canto de Amor	21
Flor de la vida	41
La Aurora	43
Myrta en el baño	47
¡Quince años!	51
Las Horas	55
Símil	57
En los guindos	59
Soñaba	61
Melancólica	63
¡Muerta!	65
Inmortalitas	67
Reproche	73
Sensualismo	75
Corina	77
En el monte	79
La flor de la esperanza	81
Á una joven rusa	83
Celada	87
En el lago	89
Celos	91
Ruego	93

Página

¡Le amabas! 95
Reconciliación 97
¡Nunca! 99
A Nydia 103
Contestación á un amigo helenista 107
Constancia 109
Luisa 111
Poesías griegas 115
Pablo el silenciario 118
Rufino 119
Posidipo 120
Asclepiades 121
Posidipo 122
Rufino 123
Meleagro 124
Antipater 126
Meleagro 127
Agáthias 128
Filodemo 129
Marcus Argentarius 130
Meleagro 131
Pablo el silenciario 132
Meleagro 133
Meleagro 134
Antipater de Tesalia 135
Damócaris 137
Oda de Safo á Venus 138
Oda de Safo á una mujer amada 140
Safo 141
Cameleón de Heraclea 142
Anytes 143
A mi madre 145
Cuento de flores 151
¿Porqué no decirlo? 155
Clarita 157
Mármol 159
Rosa blanca 161
Á Edda 165
En su cartera 169
Elegía á la memoria de José Fraçáo Varella 173
México 179
Nenia 187
Al pasar 191
Víctor Hugo 197
Á Ernesto Rossi 203
Á Carlos Guido Spano — Soneto de Ernesto Rossi 205
Traducción del italiano (César Cantú) 207
Buenos Aires 211

PÁGINA

¡Adelante! 213
Río Janeiro 217
Recuerdos 219
Voto 221
Elvira 223
La noche 227
Cántico 231
Amira 233
Armonía 235
Semblanza 237
At Home 239
Siempreviva: á Cuba 243
La estrella de la tarde 247
Pasó! 249
Bruma 251
Celaje 253
Á mi hija María del Pilar 255
Á Martín de la Quintana 259
Luz y tiniebla 261

— NOTAS —

ÍNDICE "ECOS LEJANOS

América 275
La Independencia 285
Patagonia 287
Patagonia 293
Al Doctor Valderrama 301
La Poesía y la Caridad 309
En el centenario de Calderón de la Barca 313
Á Lola 315
Ante los restos del General San Martín 317
Á Quintana 319
Á Garibaldi 321
En el centenario de Bolívar 323
Adelfa 325
Á Rubén Darío 327
Amaranto 329
Ischia 331
Lampo 333
Lágrima 335
Libro en blanco 337
Eduardo Guido y Lavalle 339
Disculpa 343
Á la República francesa 345
Sub Umbra 349
Happy New Year 351

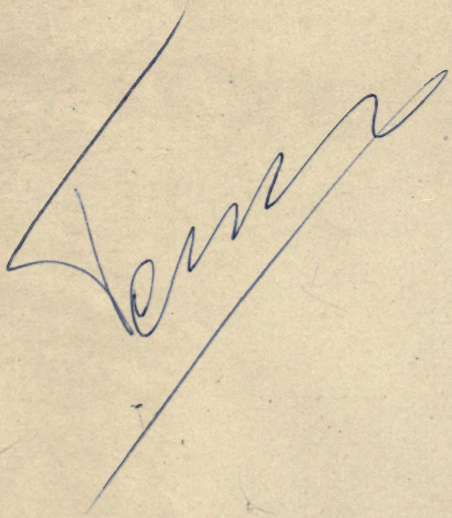
PÁGINA

Bajo relieve 353
Retribución 355
En el álbum de la Srta. Elisa de Alvear 357
Víctor Hugo 359
Trova 361
Lauro y Yedra 365
Soledad 369
Pedro Goyena 371
Zorrilla 373
En el álbum de la señora L. M. de Mont 375
Á Pánfilo 377
Soneto (De Musset) 381
Soneto (De Musset) 383
Incienso 385
Salmo 389
Ignacio de Loyola 391
Himno á la Virgen de Itatí 393
En el álbum de la Sociedad de Beneficencia de La Plata .. 395
Oda á la venida del Presidente del Brasil Sr. Campo Salles 397
A Pringles 401
Eduardo Pimentel 403
León XIII 405
Melancolía 407
Gratitud 411
Musgo 417
En marcha 419
Centenario de Mayo 421
Rayos de luna 423

— NOTAS —

LIBRARY
FEB
23
1979
UNIVERSITY OF TORONTO

Talleres Gráficos de la Compañía General de Fósforos



PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY